

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her green eyes and the right side of her face. The lighting is soft and natural, highlighting the texture of her skin and the intensity of her gaze. The background is blurred, showing what appears to be a white garment.

La teoría de Marie

J. R. Valk

D.J.57

J. R. Valk

La teoría de Marie

Instagram: jrvalk

Fotografía: Evija Reke
Instagram: e.reke

Este libro está dedicado, a todos aquellos que como fantasmas,

*cuidan a los ángeles que abundan en el olvido.
Sin ser vistos, sin ser premiados, más que por el aleteo de un ave, o el
ronroneo de la esperanza que vuelve a nacer.
Como el mecer de un árbol que recibió agua, cuando ya había
perdido toda la esperanza en los humanos.
Como un te quiero lo hace a un devastado corazón, que había
colocado una soga en sus cansados sueños.
Este libro está dedicado a todos aquellos artistas, que crean el arte
más hermoso de todos.
El arte del verdadero amor.*

1943.

*Es 1 de diciembre.
Las bombas caen haciendo latir la ciudad.
Una habitación se estremece.
La luz se ha ido.
La esperanza también.
Deja que te señale una pequeña anécdota...*

Los humanos son capaces de adaptarse a sus entornos más rápido que cualquier otra especie.

*La luz se ha ido.
La esperanza también.
Deja que tres pequeñas pistas te cuenten la historia de un experimento.
Empecemos...*

No tienes libre albedrío.

Puedes llamar al miedo temor si quieres.

Un padre y una madre abrazan a su hijo con todas sus fuerzas.

¿Aun no lo descubres?
Bien, tan solo recuerda estos datos.

- 1- *Natasha Sereda - Nacionalidad Rusa*
- 2- *Neils Evenson - Nacionalidad Canadiense*

La teoría de Marie

1

1 de diciembre, 1966

Un mediodía en que el sol se escondía entre las nubes y la ventisca me saludaba, ellos parecían guiarme a través de las calles, diciendo:

—¡Vamos a un paseo, Mark, largo tiempo no hemos recorrido la ciudad juntos!

Aquel mismo día, en que sucedía ello, una historia que leí en mi niñez vino a mi mente. Aquella relataba sobre el ascenso a un infierno, del cual nadie querría en su cordura llegar, pero misteriosamente era el lugar donde la verdadera felicidad comenzaba a formar parte del alma. Ante ello, quise escribir una historia, quizás mi propia historia, por lo que comencé a escribir este diario, pero ¿serviría de algo presentarme, si yo sería el único que lo leyese?

Omití ese pensamiento, y al escuchar el viento y el cielo, salí de mi hogar rozando el árbol que se encontraba en las afueras de éste.

Noté algo empapadas las desoladas y frías calles de *Samara*. Debido a ello, me acomodé mi largo abrigo, que era como los ojos de un tigre en la estela de la noche. Y también lo hice con mi boina, que era verde como el musgo. ¿Todos estos arreglos para qué? Quizás, iría a ver a algún amigo o ¿a una chica en una cita? Quien lo sabe...

Pero no te mentiré, la base de esta escritura es la confianza, por lo que debo confesar que no hay amigo alguno en mi vida y tampoco una chica que me espere mientras su taza de café se enfría entre el espesor fresco de las calles que entra a las cafeterías.

No te preocupes por mi dulce amigo, ¿Quién necesita de ello, cuando se tiene el clamor de la vida surgiendo entre el pavimento y hojas olvidadas?.

Debo confesar, además, que nunca me pareció muy atractiva la idea de tener alguna relación. Mas, al ser alguien que cambia de idea al desear algo en el momento o a los minutos después de que ya lo tenía en su presencia.

O puede ser que las mujeres que haya conocido en mi vida no me hayan hecho desearlo. Pero de igual forma, jamás ha habido cariño en mi vida, más que el de mis vecinos, aunque también hay de otro tipo, como el que proviene del viento, de la lluvia o del sol, y por qué no decir de cada animal callejero que me acompaña en una buena caminata. Algunos de cuatro patas, otros con alas... Pero había otro en especial y era el de un gato que solía colocarse en el balcón de mi vecino a mirar despreciativamente a todo ser que pasara cerca de él.

Sí, a ti te escribo malvado *Mofletes*, ¿pero de verdad eres malvado, o es solo una coraza que te protege de quienes te intentan dañar pequeño?.

Al comenzar a caminar, me alejé de mi hogar, mi ropa se sentía reconfortante y también mi marcha. De pronto, vi a una chica acomodando su largo y liso pelo castaño, luego a un anciano con palomas a su alrededor, que me hizo verle y pensar en cómo él entendía que aquellos animales olvidados por todos pudieran tener tanto amor y cariño como el mismo lo tiene en su corazón.

Al ver las casas y las personas en las calles, éstas comenzaron a perder todo interés e importancia para mí. ¿Pero para los demás habría sido así?

Mis pensamientos se acurrucaron dentro de mí, por lo que imaginé personas dentro de sus hogares contando secretos o rompiendo todo lazo que los había unido durante todas sus vidas o, simplemente, actuando de manera inversa a su rutinario proceder en sociedad.

Aquello es algo que te contaré de mí porque, precisamente, era uno de los pensamientos que a diario me agobiaban en mi día a día. ¿Lo ves?

¿Lo puedes ver en tus pensamientos?

¿Habría sido la chica que vi hace algunos minutos una buena persona? O, quizás, ¿habría cometido un asesinato minutos antes?, ¿pero es una mala acción si ella lo hizo para defender a quien amaba?, o cometió algún adulterio, Espero que no... sino me equivoco, ella estaba embarazada, aunque ese pensamiento sea, quizás, algo prejuicioso para emitirlo.

Pero ya es pasado, el reloj sigue adelante.

Al caminar un largo tiempo, limpié un poco mi boina de las débiles gotas que

caían de los cielos nublados. En eso, decidí comprar un jugo de naranja en la esquina de una calle, donde se ubicaba una pequeña y llamativa tienda de comida. Pero al percatarme de que no podía detener mis pensamientos, cerré mis ojos y me dije a mi mismo, ¡vuelve a la realidad! Y al hacerlo, ya había comprado el jugo que reposaba sobre la madera donde el dueño dejaba los productos.

Al tomar el vaso, vi como toda la sustancia se movía de un lugar a otro, como si el sol se hubiese derretido en él, (espero que mi estómago no termine con quemaduras).

Al decidir partir de aquel lugar, con sorpresa escuché al dueño diciendo a mi espalda:

— ¡Hey, extraño!

Lo miré sorprendido, fue algo alegre de escuchar que alguien se dirigiera a mí por decisión propia y, además, con una exclamación tan misteriosa. ¿Qué podrían traer consigo aquellas palabras?, ¿alguna recompensa o, quizás me he ganado una golpiza?

— ¿Irás al teatro hoy, chico? —Apoyó sus manos en la tabla de madera, donde dejaba los jugos.

—No lo he pensado... —le respondí—. ¡Puede que sí!

— ¡Oh la la! Si vuelves, espero que me cuentes con exactitud los detalles, ya que me la perderé. ¡En todo caso, bonita boina, amigo! —exclamó, no pudiendo evitar que yo riera, al igual que un jarrón cubierto de polvo, pero que con una lágrima de felicidad que se derrama sobre él, hace que reluzca como jamás se hubiese pensado que lo haría.

—¡Gracias, señor! —le respondí, bajando levemente mi boina y despidiéndome con una sonrisa, como también lo hizo él conmigo.

Caminé con precaución hacia el teatro y vi como un gato blanco con pequeños matices naranjos me observaba con una sonrisa desde un balcón, entre las plantas de menta que tenía su dueña o, quizás, su dueño. También le propicié una mirada y una sonrisa, pero creo que jamás notó mi presencia.

Un jugo de naranja, seis monedas y una entrada

2

Al llegar a las afueras del teatro, vi a mi alrededor el gris que reflejaban las nubes en la ciudad y la poca, pero recurrente alegría que presentía en aquel día.

Caminé y decidí comprar el boleto en ese momento.

Una joven apareció en frente de mí de manera tan inesperada, que no tuve tiempo de reaccionar apropiadamente. ¿O fui yo el que apareció de improviso frente a ella?

Su cabello liso era como el bermellón y el cobre.

Sus ojos eran algo azules y dorados.

Me desplacé sosteniendo el jugo en mi mano, mientras la hermosa chica que vestía un largo abrigo de lana oscuro, y no tan ajustados pantalones, como una hoja a la cual le hace falta gran parte de luz, me miró como se mira una piedra en el río...

De inmediato, sentí el frío del vaso en mis dedos, hice tintinear mis monedas, y con cada sonido mi corazón resonó como suenan los dados que son arrojados en una apuesta. Hasta que con mi mano derecha las saqué y pude contarlas. Eran seis, seis monedas.

— ¿Me da un billete, por favor? —le pregunté a la hermosa joven.

Ella, con su inmutable rostro, no pareció haberme oído, mientras lentamente sacaba un boleto de su abrigo y me lo entregaba, rozando mis dedos, cuando yo aún buscaba las seis monedas que, tras exactos seis segundos, logré entregárselas.

Otro joven, quizás, más avezado, estaría pensando en poemas para relatarle, pero yo sí, yo solo me dedicaría a pasear a su alrededor como el cobarde que era.

En el momento en que me dio el boleto terminó nuestra función, aquella obra triste y sin misericordia que rompía mi corazón, deshojándolo pétalo a pétalo.

¡Pero por las barbas de Jesús!, ¡qué horrible historia! De todas formas, la chica no era tan linda, pero cuanto misterio había en ella...

Me senté destrozado en la banca de cemento, alejado ya de la joven, y vi parejas, sí, parejas de tórtolas, de humanos, hasta una pareja de gatos; aunque parezca

salido de una función humorística del teatro, pero ¿la vida no es siempre una función mal actuada, donde tenemos al peor actor como protagonista principal? Si hubiera sido de mi elección, jamás habría postulado para el papel de mi vida, porque tal vez yo estaba destinado a estar solo para vivir mis noches sin pasión, sin desmesura, y solo en agonía, melancólicamente.

El título de cada episodio de mi vida, y de quien me he interesado, como sucede en un poema o en una canción que intenta repetir la misma frase en cada una de sus estrofas, escondiéndola entre rimas. ¿Pero sabes qué? Te he descubierto, no es necesario repetirme esto una y otra vez. No, no lo es.

De pronto, sentí algo en el hombro. Una vez escuché que una araña se había caído de un gran edificio sobre el hombro de un hombre y luego de ello, entró a su cerebro, comiéndoselo noche tras noche. ¿No es algo aterrador?

Quizás piensen que lo es, y si es así es porque aún no has visto mi rostro.

Ni siquiera un violín mal construido y desafinado, tocado por un borracho, podría igualársele.

Después de reflexionar sobre aquello, decidí mirar hacia mi costado, a pesar de que deseaba que una araña acabara con mi miseria de vida.

Lo que vi no era una hermosa modelo, ni a *Jesús*, o un gato caminando en dos patas, y mucho menos a una bendita araña, sino que vi su rostro. Su mirada era como un juego de ajedrez. Debía tener las piezas en orden y comenzar con cautela.

Había pasado exactamente una hora y tres minutos en la cual no miré ni siquiera un segundo a la joven, ni ella me vio a mí, o eso creí que había sucedido.

Ella movió la primera pieza de nuestro juego.

— ¿Ocurre algo? —me preguntó con su rostro totalmente serio y con el grisáceo entorno de las calles de la ciudad, abordándola.

¿Era un sueño? ¿Qué clase de droga me habría inyectado, que no recordaba ni siquiera como había llegado junto a mí?

— ¡Vamos, Mark, qué ocurre! ¡Creí que habíamos abandonado las malas rutas!

—No —le respondí, contagiándome de su poco ánimo al hablar conmigo.

Al verla bien era una chica normal, como cualquier otra, tenía pequeñas arrugas en los costados de sus ojos, como también en sus labios, sin nada que le resaltara, no como las famosas modelos de revistas. Pero fue exactamente eso lo que la hizo más misteriosa.

Hasta que me miró de costado, triste y pensativa, diciéndome:

—Noto ojeras en tu rostro, como también tus ojos algo enrojecidos, y pude ver desde lejos que tu alma está dañada. Tu aura no se encuentra del todo bien.

—Estoy bien —le respondí un tanto más serio.

—No, no lo estás, y no me marcharé de aquí hasta que me digas que es lo que ha

sucedido contigo. ¿Es un problema de amor?, ¿te has peleado con tus amistades? Si tan solo aquella chica supiera que el amor jamás ha florecido en mi persona... Sí, con mis veinticuatro años he logrado que tan solo *Mofletes* me viera coquetamente.

Y los amigos... ¿Qué podría decirle sin contagiarle la nostalgia y la felicidad de no necesitar a nadie, cuando se necesita a alguien? Es decir, deseo y añoro estar con personas cuando estoy en mi soledad, pero al estar con ellas extraño el estar solo. Es algo incómodo el vivir dentro de este calabozo.

Y así le mencioné, guardando todos mis pensamientos que abundaban en mi mente.

—He sentido que mi vida solo se limitará a experimentar algunos rasgos de esta sociedad, como ser parte de ella, vivir como todos aquí lo hacen y ser enterrado de la misma manera.

—No esperaba esa respuesta —comentó más animada.

—¿Qué esperabas? —le pregunté, viéndola a sus ojos.

—Esperaba que me dijeras que soy linda y me invitaras a algún lugar o al teatro en unos minutos más, y resultaras ser una especie de perverso que lo oculta, el cual tiene una única misión en la vida: la de completar su infinita lista de mujeres con las cuales ha intimado.

—Pero eres linda.

Al decirle aquello rio de forma escondida y las pecas de su rostro resaltaron al mirarme enojada, intentando disimular algo que ya había notado dentro de ella.

Quise profundizar acerca de su pregunta, sobre si yo era un perverso.

—¿Y cómo sabes que no lo soy?

—Simplemente, lo sé —admitió tan misteriosa como la misma creación.

—¿No lo eres tú? —formulé.

—Quizás...

—¿Quizás qué? —pregunté asustado.

Pero ella solo se limitó a reír, esta vez sin esconder nada, tras arquear sus cejas de tristeza y una ira que se alejaba con cada segundo que hablábamos.

—¿Quieres entrar al teatro conmigo?

—¿Tienes boletos?

—¡Claro que los tengo! Siempre me regalan uno, amo las actuaciones y las orquestas.

—Yo también —le dije, observando cómo me entregaba su mano para ayudarme a levantarme de aquel lugar.

Respiré el aire, y me di cuenta que ella había ganado el comienzo de la partida de ajedrez.

ya no lo sentí del todo frío aquel día, sino algo más dulce, como el aroma de un

helado de vainilla en la niñez.

Los pasos que di no fueron solo el chocar de mi cuerpo contra el suelo, tan álgido y tosco como antes, sino que como algo más lindo, como si fuera un baile improvisado que hacen las personas cuando se sienten felices.

— ¿Qué piensas? —quiso saber, admirándome con un tierno rostro y notando como cada rasgo suyo era totalmente diferente a los que pude notar al verla por primera vez. La sentí como si fuera otra persona, su cabello era más oscuro, pero sus ojos tenían algo de claridad, hasta que su voz logró alejarme de mis pensamientos que chocaban los unos a los otros sin ningún tipo de orden.

—En nada... solo me siento algo feliz —le respondí.

Mientras caminábamos, vi un puesto de pequeñas masas con manjar que vendían los asociados al teatro.

— ¿Quieres comer algunas? —le pregunté.

Me contestó seriamente, como si mis palabras no hubieran tenido importancia.

—No, gracias.

De igual forma decidí comprarle un paquete a sus compañeros de trabajo. Quizás, le entraría hambre luego de la función o entre ella.

Al recibirlos y caminar con ella hacia los asientos, le volví a preguntar.

— ¿Estás segura? Se ven deliciosas... —Probé una en ese instante e intenté disfrutarla como si me hubiese gustado, a pesar de que no eran la gran cosa.

Ella me respondió como si los viera con asco.

—He visto como hacen esas cosas. No, gracias.

Al escuchar eso, miré las masitas con repulsión y exclamé muy dentro de mí:

«¡me lleva un demonio!»

Al entrar al teatro nuestras mentes se separaron un momento, las luces se apagaron y la función comenzó.

Los actores aparecían sobre el escenario y una mujer le gritaba a su marido.

— ¡Oh no, mi señor amado!, ¡no beba usted la botella!

El hombre arrojado sobre su cama con su camisa entreabierto, con su barriga saliendo de ella, le exclamó con agonía y pasión:

—Lo siento, Bernardette, esposa mía, debo morir ¡por mis pecados!

La mujer sin escuchar bien le preguntó:

— ¿Sus pecados, mi señor?

— ¡Pecados, maldita mujer sorda! Lo siento... ¡Pecados, amada mía! ¡Oh! Este es el momento en que mi cuerpo, ¡mi mente y mi alma! no verán más tu cara. ¡Por fin moriré feliz!

La gente del teatro carcajeó y la mujer continuó exaltada, diciendo:

—Mi amado, ¿qué dices?

El hombre bebió de la botella por completo, y al terminarla cayó a un costado,

trágicamente, perdiendo el conocimiento.

La mujer continuó, exclamando:

— ¡Es alcohol lo que has bebido, amado esposo!, ¡te equivocaste de botella! ¡Te dije que no la bebieras! ¡Has roto la promesa de no beber más! No puedo vivir en esta tristeza y en esta cruel vida de promesas rotas... —La mujer sacó una botella de cianuro escondida de su vestido y bebió todo su interior. Mientras caía, se golpeó su cabeza en el suelo, botando un cuadro con su foto del estante, y con pequeños tonos carmesí en sus labios, descendiendo de ellos, su vida se despidió de la presencia de su emborrachado marido.

— ¡Nooo! —gritó el hombre, viendo la soledad a su alrededor, sin su mujer, admirando las cosas cómo eran en realidad, no bellas, como cuando su corazón aun latía.

Ya no había quien le cuidase, quien le dijera cuanto le quería a pesar del desastre que había causado, a pesar del desastre de quien era. Alguien que sostuviera su mano y le hiciese sentir seguro...

Se escuchó en el teatro como algunas personas comenzaban a llorar.

El hombre se encontró solo en la oscuridad, y un destello le hizo ponerse de rodillas y abrazar el retrato roto de su esposa en el suelo, acurrucándolo sobre su pecho con una sonrisa lastimada.

Las luces comenzaron a apagarse y el teatro se tornó como una gran cueva congelada, hasta que el solitario viudo vio cuanto necesitaba a su amada esposa.

Se arrulló en el cuerpo entumecido de su mujer, y cumpliéndose éste, su deseo, murió abrazándola, liberando de sus ojos una última lágrima que los llevaría juntos al cielo.

Todos aplaudieron, algunos entre lágrimas y otros felices. Cada uno tenía su particular forma de decir ¡es una gran obra de arte!, ¡ha llegado a mi alma! Otros solo aplaudían, viendo como el telón se cerraba, pensando en la moraleja de aquella hermosa historia.

Oh, dulce Marie

3

La chica que me acompañaba solo miraba sorprendida, aplaudiendo de una forma única, pensando y olvidándose completamente de mí, o eso fue lo que creí hasta que me vio directamente. ¡Como llegaba a mi alma su mirada!

— ¿Me acompañarías a caminar un momento?

—Sí —le dije no entendiendo cómo no se alejaba de mí, porque eso es lo que haría una persona totalmente cuerda.

Al salir, la vi arrojarse con su bufanda que flameaba en el viento del anochecer. Me indicó que nos sentáramos en una pequeña banca. La oscuridad de la noche volvía pálidas y azulosas nuestras pieles. Eso fue algo que yo jamás olvidaría.

Al sentarnos, me volvió a repetir con sus cejas y su rostro serio, y como si fuese amenazador, pero también lastimado, era tan extraño...

—Dime lo que en verdad te sucede.

¿Cómo sabría aquella mujer lo que me sucedía? Era extraño, sin dudas, y aquello me arrebató el seguir pensando.

«¡No lo hagas!», me dijo algo dentro de mí, pero ¿de dónde habría provenido aquella voz? No era la mía, no era mi corazón, ni mi alma, entonces ¿quién era?

Nada importa... nada importaba ya. Sus manos rozaban las mías y su aroma mi interior, mientras me hacía recordar tantas vivencias hermosas que nadie antes me había hecho evocar tan mágicamente.

¿Qué estaría pensando en este momento? Su mirada parecía vagar en el mar de almas en pena que deambulaban por la ciudad antes de romper el lazo que los une con esta vida.

«¡Te amo!, ¡no te vayas jamás de mi vida!», quise decirle viendo cómo sonreía en aquella tarde azulada de enero al admirar también a un perro afelpado que movía su cola, al querer decir palabras apresuradas sin poder sentir las aun realmente.

¿no es ese el error que cometen todos los humanos?.

No aguanté y me arrojé, apoyando mi cabeza cerca de sus hombros para lograr descifrar qué había dentro de aquel hermoso baúl con cerrojos enojados por su propia belleza.

Sus latidos fueron... Sentí temor de no volver a escucharlos jamás. Sentí alegría de poder vivir ese momento. Me sentí como un niño escuchando a *Beethoven*

con su sonata más triste, interpretando *Claro de luna*, derramando lágrimas de felicidad frente a mi adictiva tormenta.

Antes de seguir escuchando esa hermosa melodía, advertí que algo en su pecho se movió, junto a su clavícula izquierda, porque sus latidos se aceleraron, y la artista de aquella virtuosa sinfonía comenzó a tejer con hilos de oro un abrigo para mí al manifestar, con su hermosa voz, mientras me dirigía una pequeña mirada.

— ¿Te gustan los perros?

—Sí —le contesté, sonriendo, viendo como ella exclamaba en silencio y con su corazón latiendo cada vez más lento.

—Ah...

Me respondió como si yo no estuviese allí. ¿Habría dicho algo malo? ¿Algún día podría no arruinar algo en mi vida?.

Los segundos pasaban, y ya habían transcurrido cerca de treinta minutos, hasta que decidí romper el hielo de sus hermosos labios con mis propias palabras. Acaso, ¿podría esculpir algo en ellos para que cobraran la vida que habían tenido algunos minutos atrás? ¿Sería capaz de crear aquel elixir?

El pasar de los segundos comenzaba a atormentarme.

Observe otra vez a aquel perro que no media el tiempo que transcurría a través de su vida.

El miedo de los segundos, de las horas, o de los años que transcurren, en el nada de eso existía.

No había temor en su mirada, solo vida.

— ¿Te gustan mucho o es tan solo un pequeño presentimiento? —le pregunté mientras mi alma se escondía, creyendo haber extendido aquella frase más allá de donde debía hacerlo.

—Sí, son lindos, ¿no lo crees? Jamás te abandonarán y te amarán solo a ti por el resto de su vida como a nadie más. Inclusive, si mueres y alguien más los cuida, permanecerás en su corazón como su verdadero amor. Las personas al momento de sentir ello debería ser el único momento en que deberían nombrar aquellas palabras.

En ese instante, me separé de su cuerpo y la vi de frente, notando como el viento parecía hacer danzar su cabello de tal forma, que el ballet sería visto como el comienzo del primer paso de esa preciosa creación.

—Sí, lo creo, como también que ese perro nos ilusionó.

Ella vio al perro y después a mí, desconcertada, y me preguntó:

— ¿Por qué?

— ¿Ves a ese hombre que está en la tienda, detrás de mí?

Lo observó y notó que el perro le había visto comprar todas las cosas a su amo,

con su cola batiéndola de un lado a otro durante todo ese tiempo. Me volvió a contemplar, pero ahora decepcionada, y con una sonrisa lastimada inquirió:

—Por lo menos, tú me viste en ese tiempo, ¿no?

Le respondí tras esas palabras:

— ¡Claro!, pero también... vi al perrito.

Intenté hacer que sonriera algo más, hasta el punto en que me hiciera llegar al cielo, para no desear otra cosa que atesorar ese instante en mi vida, disfrutando de su sonrisa.

Me sentí como si hubiese cometido una travesura, la que solo ella logró resurgir, hasta que golpeó la lana de mi suéter en mi pecho y exclamó con su mirada perdida, viendo como la ciudad se había tornado azul marino y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo, junto a la luna.

—Mmm, bueno...

— ¡Es una mentira! —Al oírme vi como su rostro se entristecía. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podría detener una cascada con mi propio cuerpo? ¿Se podría detener aquella corriente con tan solo palabras? Hasta que sonrió y se acomodó el cabello, manifestando con su voz, desplegándola por cada hogar de la urbe, donde muchos pintores la escucharon y le encontraron el alma a neutras piezas de pinturas que intentaron terminar durante años, queriendo saber qué era lo que les faltaba.

Los escritores hallaron la chispa y el destino que requiere cada poema y libro.

Los músicos el sentir el aire que provocó ella con su voz, haciendo que cada artista encontrara la pieza restante para su música. Y para mí, ¡sí, para mí!, fue lo que tanto había deseado. Nadie me lo arrebataría, pero no... no me bastaba con la banalidad de recordar sus reacciones, ahora había entendido que no solo bastaba el poema y el libro leídos pasajeramente. No bastaba una hermosa pintura recordada hasta los últimos días, como también una canción que se repite una y otra vez, brindando esperanza o comprensión en las personas, porque no es esperanza ni comprensión lo que necesito.

¿Qué habrá tras cada pincelada? ¿Qué se esconde entre cada palabra de aquel personaje o monumento de las estrofas? ¿Cuál es la historia de cada perfecta nota?

Sentí como su sonrisa me llevaba al cielo. Sí, pero había algo en ella, algo que desencadenó esa reacción en mi cuerpo, ¿fue el tono de su voz?, ¿fue la intriga de seguir conociéndola? O... ¿fue lo que cada vez me atraía más a su cuerpo?

Al igual que un hermoso libro con ilustraciones dignas de enmarcar, no podía dejar de verla, ¡pero aún más! Lo que había tras aquellas letras, era lo que me tenía tan adicto a leerla, a escucharla, a disfrutarla cada vez más intrigado. No podía dejar de morderme el labio y sentir como ya no existía más una

profundidad en mi pecho, porque ahora, y en el mismo lugar, algo iba a nacer y a salir de mi cuerpo. Era como si mi alma dijera a gritos, golpeando en mi interior, ¡déjame salir para abrazarla unos segundos! Pero no, esta noche está junto a mí, junto a todo lo que soy, al igual que yo estoy junto a todo lo que es ella.

El reloj de la plaza marcaba las ocho de la noche y el tiempo transcurría. ¡Oh! ¡Cuánto odio el tiempo en este instante! ¡Pero tanpreciado fue antes, por haberse llevado los malos momentos y traerme a aquella mujer! «Sé que no me la arrebatarás, tiempo... lo sé», «Porque te lo pido, te ruego, ¡te lo imploro! ¡Dios mío, no dejes que ella se aleje de mí!»

— ¿Caminamos un momento? —formuló con el aura de una deidad, pero ella, acaso... ¿sería un ángel enviado para arreglar mi tortuosa vida? Y si no lo era, ¿qué más podría ser?

—Sí, claro —le contesté con mi rostro embobado, al perderme en sus cincelados dientes.

Al levantarme, la vi con otros ojos. Fue como si pudiera ver la tierra desde la luna, ya que pude admirar su belleza no más de cerca, sino como una pintura en un gran museo, aquella gran obra de arte. Está por decisión suya hablándome, invitándome al mejor paseo de mi vida, ¿qué más podría pedir? ¿Algún hombre habría sido tan afortunado en su vida como yo? «No te vayas, ¡no te vayas jamás!», quise gritarle a ella, quise gritarle al viento y al cielo.

Pero no era su cuerpo lo que me tenía atraído, era algo más que debía, y deseaba descubrir.

Mientras sus acaramelados y azules ojos me veían de vez en cuando me pregunté: «¿Qué pensará de mí? No conozco en nada a esta chica, y camino junto a ella como si la hubiera conocido de toda mi vida...» Eso es lo que diría alguien en un teatro, o en un libro, algo tan banal y usado, pero ¡Dios mío!, ¿cómo no poder sentirme así?, ¿cómo no usar tan bellas palabras para describir lo que siento en este momento? Y fue con esa interrogante con la que me decidí a hablar en el instante en que sentí mis labios algo secos.

Quería descifrar algo más sobre ella, como si fuera unpreciado monumento encontrado, del cual nadie ha logrado entender aun su completa belleza.

— ¿Cuál es tu nombre?

—Es un secreto —me dijo seriamente.

— ¿Y puedo saber ese secreto? —insistí curioso, mirándola con gentileza.

—No intentes descubrir quién soy, por favor, los secretos no deben revelarse, al igual que una promesa no debe romperse.

—Está bien, no te lo preguntaré más —contesté decepcionado y triste.

— ¿Y cómo te llamas tú?

—No es justo. No te lo diré, es un secreto.

Ella inquirió curiosa:

— ¿Los secretos pueden ser revelados sin romperse?

—Creo que si los revelas a alguien se rompen, pero si se lo dices a alguien con quien lo acordaste previamente, no se romperían.

—Mmm —murmuró y luego agregó—: bueno, no importa, te incluiré en este secreto, pero no debes decirle a nadie más.

—Me llamo Marie... —se detuvo un momento y continuó—: Marie Mercier.

—Ese nombre es... —mencioné pensando, y antes de responderle, quitó las palabras de mi boca.

—Es francés, mis padres lo fueron, *Maintenant, il est à votre tour*.

Le miré sin entender lo que me acababa de decir, pero tras unos segundos en que su mirada me cobijó y me dedicó una cálida sonrisa, prosiguió diciendo:

—Ahora es tu turno.

Intenté seguir esa danza con igualdad de pasos, expresándole:

—Mi nombre es Mark... Mark Evenson.

Algo ocurrió dentro de mí al decir esas palabras frente a ella, me perdí en su ser, las luces del anochecer parpadearon y me pregunté si habría caído en una especie de atracción que desconocía. ¿Ha sido su aroma o, quizás, una liberación de feromonas inodoras, las que activaron una señal genética en mí, rememorando a alguien de mis antepasados? ¿O tal vez fueron sus rasgos físicos los que me atrajeron ilusoriamente a ella? ¿Será ello? O, simplemente es la compasión y la ternura del refugio que jamás sentí con mi madre más que en mis sueños... O quizás, tan solo esa fortaleza y valentía que tiene su actitud, la que es capaz de entenderme como nadie jamás lo hizo. Puede que sea eso lo que me tenga fascinado, como cuando admiraba a las protagonistas de los libros que leía y que nunca logré ver en mi realidad. O por último, y no menos importante, tan solo sea parte de un sueño que en cualquier momento se esfumará como si jamás hubiese estado aquí.

¿Será ella parte de este rompecabezas, con piezas aun perdidas? ¿Un personaje de algún libro que habré olvidado?

¿Llegará, quizás, el día, luego de años tras esta larga construcción, en que me dé cuenta que aún hay piezas faltantes y que algunas no encajan con la supuesta imagen de lo que debería ser y de lo que he imaginado que sería el amor?

¿Qué es lo que verdaderamente está sucediendo conmigo?

Mi corazón latió y ella alzó sus manos, colocándolas frente a mí, mientras apretaba con ellas mi suéter, me hizo sentir etéreo, porque ¡jamás había sentido el contacto humano de esta forma! Jamás había sentido el mundo, un lugar tan especial, y el tiempo más valioso que cualquier material incrustado en la profundidad de la tierra.

Realmente, sentí algo en mi estómago subiendo por mi pecho. Aquello se tornaba cálido, como una fría noche donde los lobos susurran calidez.

Mis ojos los percibí con una humedad tibia, pero a la vez como un manantial rodeado de gélida nieve, hasta que escuché que me había respondido, mientras mi respiración se había perdido y el tiempo se había evaporado.

—Te noto distraído, ¿estás bien? Si hay algo en lo que te pueda ayudar, solo dímelo y lo haré por ti.

Si le dijera que tan solo se aferrara a mí y que jamás me soltara, ¿sería ella capaz de hacerlo?

Un ángel como ella, quizás, mi ángel guardián, pero... la atracción, como pensaba en mi juventud, ya no es lo que es ahora. No, no.

¿Cuántos días me dije que Dios y la religión no eran más que algo banal y pasajero, que en el momento en que nos damos cuenta de que Dios no existe, y al vivir sin ya un destino, como humanos mortales, dirigimos ese propósito a algo divino, a algo mágico, a algo celestial, como lo es una persona de la cual uno se enamora? ¡Mírenme! Mi ángel, mi alma gemela, mi diosa, mi magia, mi musa... He caído en mi propia telaraña que yo mismo tejí a lo largo de todos estos años.

Ella se convirtió en mi sol, en mi agua, en mi comida, en los árboles, en cada flor y vida que intentaba resurgir en su propia y hermosa naturaleza a través de las ciudades.

¿Cómo nadie más podría llorar de felicidad al estar en su presencia?

¿Qué ocurría con este mundo?

Pero ¡Dios mío!, ya no tengo duda de que existes en mi vida, ya que me enviaste esta alma divina, que me ha hecho sentir la transición y la iluminación con tan solo tenerla cerca de mí. Gracias por dejar que yo escuchara su voz, la hermosa melodía que emana de su persona y, asimismo, dejar viva en mí aquella esperanza simbólica.

Ya no es dinero lo que más deseo en esta vida, no es llegar al cielo. No quiero pensar más en la muerte que tanto deseé cada segundo de mi vida. No. No quiero dormir, no quiero conocer más personas, no deseo sexo o cualquier droga. ¡Solo no quiero separarme por un momento de ella! Te lo imploro mi señor, ¡no lo hagas!

Solo detén el tiempo, deténlo, por favor... es lo que más te pido para así observarla y conversar junto a ella, mientras recorremos cada camino de este mundo, mientras navegamos por los infinitos mares, perdiéndonos en el alba del horizonte.

¡Permíteme entrar a los antiguos castillos junto a ella y así coronarla como mi reina frente al congelado mundo! ¡Claro! Eso es lo que merece, y si es necesario,

detenme a mí por milenios, porque todo el universo merece detenerse para brindarle un profundo respiro y así observarla por la eternidad.

Sin darme cuenta, había comenzado a derramar lágrimas, por lo que apreté mis labios, perdiéndome en la oscuridad de esa única noche. ¿Algún día volvería a repetirse?

Ella me abrazó y sus ojos se dirigieron a mi alma, que yacía desnuda sin nada más que honestidad para la suya. Hasta que noté cómo sus labios quisieron acariciarme con sus palabras, diciéndome:

— ¡Por qué lloras! ¡No... no lo hagas!

Me sacudió y con angustia me volvió a preguntar.

— ¡Dímelo! ¡Y por qué sonríes!

Y con la alegría y la tristeza de quien atestiguó el comienzo del universo, el inicio de este cruel mundo que algún día me la arrebataría de mi presencia, me dije a mi mismo:

¡No dejaré que el dormir lo haga!

Sentí éxtasis en mi alma, ella hizo que mis sentimientos se expandieran en una liberación de endorfinas, de alegría, de felicidad, de tristeza y... ¡Ahhhhh!

—Nada... nada... —le mencioné a mi ángel guardián, pero sin poder mentirle continué—. Es solo que me he sentido tan alegre en estas horas junto a ti, y creo que me he sentido tan feliz, como nunca lo he hecho en mi vida.

Comencé a pensar en ese frío momento, donde la noche parecía eterna, y vaya qué satisfactorio se volvía ello. Cuan impresionante había sido la capacidad de haber podido guardar estas palabras durante gran parte de mi vida, y ella solo con un momento del día en que posó su presencia junto a la mía, había sido capaz de desenterrar todo esto.

Me respondió con bondad y preocupación.

—Pero no pienses en aquello, no pienses... Respira tranquilamente, practiquemos... Uno, dos, tres... exhala... respira. Y ahora uno, dos, tres, exhala...

Luego, formuló con ternura.

—¿Se ha ido tu tristeza, ahora?

¿Pero cómo podría marcharse? ¿Cómo evitar el factor de la inminente entropía?

¡No más! Me dije para vivir y disfrutar del presente, y ¡no! a mis pensamientos. Por lo que empecé a escuchar las aves sobre las casas, las hojas moverse con el viento y sus pasos a mi alrededor.

Pero ella tenía razón, ¿Por qué no debería estar feliz en este instante y guardar la tristeza de su ida para el resto de mi vida?

Sonriendo le pregunté.

—No me has hablado de ti más de lo que el perrito de la plaza te habló con su

cola sobre él. ¿Debes volver a tu hogar o con tu familia?

Su mirada titubeó y pareció respirar profunda y silenciosamente, admirando ya las pocas calles que se podían observar, y como nos alejábamos de la ciudad hacia la espesura de un oscuro bosque.

Me respondió, después de transcurridos algunos segundos, con su piel tornándose más sombría por la escasez de la luz en aquel lugar.

—Me he marchado del sitio donde vive mi familia. He cortado el lazo que nos unía, pero misteriosamente nunca sentí que esa unión hubiera estado allí. Es como vivir, sin en realidad hacerlo.

—Te entiendo —le respondí.

Ella me preguntó seriamente, mientras veía como me perdía en sus palabras.

—Y tú, ¿tienes familia?

—Claro, también los he dejado, pero en el olvido... como ellos lo hicieron cuando era tan solo un bebé y jamás volví a verlos más que en sueños. En resumen, mi madre nació en *Rusia* y mi padre en Canadá, pero yo nací en medio del océano pacífico. Mi madre creo que solía decir que no tengo nacionalidad definida, por lo que estoy “*libre de todo ego nacionalista, pero jamás al de pertenecer a la naturaleza*”, o algo así era lo que solía decir. Solo recuerdo claramente que repetía en mi niñez que me entregaría a Poseidón.

— ¿Poseidón? A mí me arrojaron a algo peor —comentó con una carismática ira.

— ¿A qué? —quise saber.

—A estar hoy junto a ti.

En ese instante, me arrojó cuidadosamente en lo que ya era un bosque alrededor de nosotros.

Había caído sobre gentiles helechos blancos, como si flotara sobre las nubes del paraíso.

De pronto, la vi aproximarse con una sonrisa sobre mí.

Comenzó a posar su cuerpo tranquilamente, junto a su cabeza y hombros sobre mis piernas.

—Estoy muy cansada —expresó acariciando suavemente mis piernas con sus dedos, como lo haría con su almohada segundos antes de ir a dormir.

La vi, su rostro, su alma, estaba tan agotada...

Sus ojos se veían de un celeste oscuro.

— ¿Quieres que te acompañe a tu hogar? —le pregunté pensando en que se haría tarde y, por lo tanto, peligroso para que retornara sola a su hogar.

Percibí como pasó su uña por mi muslo, pero no me dio cosquillas, sino que fue algo gratificante. Algo como lo que se sentiría al recibir un abrazo de ella al esperarla tras un largo día de trabajo.

—A ti, de verdad, te cuesta soltar... —mencionó cuando mi corazón parecía exaltarse en aquella silenciosa noche y mis brazos la rodeaban cada vez más, como si por instinto quisieran protegerla de ese oscuro ambiente.

No pude decir nada, sentí que mi alma se había enmudecido de una linda manera, hasta que comenzó a levantarse. Se veía seria, siempre con su rostro como si algo la afligiera. Como si se debatiera entre algo que pudiese cambiar su vida para siempre.

—¿Por qué?.

—porque lo veo en tus ojos.

—¿Qué ves en ellos? —le pregunte con tristeza.

—veo la creación de un universo, en el cual tu intentas impedir que se propague, pero tu interior pide a gritos el detener el tiempo y tu corazón decide no escucharle como un león que preferiría morir, frente a una manada de perros salvajes para salvar a sus cachorros, antes de vivir sin realidad hacerlo.

Le dije con seguridad y tristeza en mis palabras:

—debemos volver a nuestro hogar Marie.

—¿nuestro hogar? —dijo con una sonrisa.

Luego ella simplemente, me miró y me apretó gentilmente, pero con fuerza el cuello de mi abrigo, con su mano atrayéndome a su cuerpo. Sus labios besaron los míos, en lo que parecía una completa oscuridad azulada. Mi cuerpo se adormeció y, de pronto, sentí como si cayera por los cielos, sentí que todo mi cuerpo se presionaba por algo, por una extraña fuerza que yacía dentro de mí. ¿Pero que importaba ello? Si por primera vez sentía que quería llorar, gritar, reír, y vivir...

Quería formar una familia, quería hijos que compartieran nuestros rasgos, nuestros gestos y nuestro pensar. Quería vivir junto a ella, quería llorar y reír tan solo en sus brazos.

Aquel era el mayor espacio de felicidad y divinidad del cual podría aferrarme en tan solo un momento de mi vida.

Y lo sabía... No porque no pudiera volver a sostener otros brazos en mis días, sino porque ellos serían los únicos que me harían sentir de aquella forma.

Marie se separó un momento de mí, y como si fuera parte de mi alma, sentí que jamás podría volver a alejarme de ella, mientras me mencionaba en un susurro:

—*Je t'aime, Mark.*

Tras afirmarlo, vio como mis ojos se volvían llorosos en el momento en que se alejaba, no deseando que se desprendiera más de mí.

Colocó la palma de su mano sobre mis labios y me dijo con una lágrima en sus ojos, como si se arrepintiera de todo lo que hubiese sucedido en su vida desde que me conoció.

—Eres alguien bueno, esto jamás debería haber ocurrido. No deberías serlo, los hombres no son así... No te quiero lastimar...

La miré no entendiendo sus palabras, como si fuera una forastera intentando que la guiase con indicaciones. Hasta que vi como sus labios volvían a hablarme, articulando:

—Estoy enamorada de alguien más.

Y admirándome con tristeza continuó:

—Perdón.

Sin pensamiento alguno, la seguí viendo, mientras continuaba y rozaba con sus dedos las mejillas de mi rostro. Pero entre lágrimas le dije en un murmullo que nació agudo como el amanecer:

— No puedo volver a estar sin ti, no te vayas...

Y me respondió, como si me hubiera amado por unos segundos...

—Shhh, tranquilo, todo estará bien...

Y fue entonces, cuando mi ángel guardián, consumando mis deseos más internos, me dejó libre de todas las ataduras de la vida, sabiendo que jamás podría anhelar su compañía sin sangrar de forma inminente al no poder abrazarla en los momentos en que viera la vida sin ella.

Observé como colocaba su mano sobre mi boca, y lentamente comencé a sentir como la removía con cariño y ternura, hasta que solo olí el aroma de la noche y esa dulzura de su compañía. De pronto, me besó con pasión y destrucción, haciendo arder el paraíso que ella misma había creado.

Todo se adormeció con lentitud, una pequeña picazón en mi antebrazo comenzó a descender como si fuera el caudal de un pequeño lago, cuando un líquido brotó de mí hacia el césped. Pero sabía que todo ello era una ilusión, y lo que verdaderamente me hacía dormir eran sus caricias, su presencia, y cómo sus palabras y el aroma de ellas se adentraban en mi interior. Sabía que eran mágicas, y que solo ella era la realidad de este sueño.

Todo se volvió tan claro, como cuando percibí mis propios latidos por primera vez.

Aquella luz me cegó de mi realidad interior, donde la verdadera luz era la oscuridad.

Vi una hermosa escalera de piedra, tan clara como la arena de un desierto. Al subir el primer escalón, la luz se sintió más cálida y especialmente suave, no aguda y tosca como en un inicio.

Sin perder otro momento en cada peldaño lo subí agitadamente. Me parecía que podía recorrer todo el mundo, sentir el aroma de una playa en el amanecer, el llanto de una nueva vida naciendo y el tronar de una piedra al caer sobre el agua. Pero aún había preguntas que latían porque ansiaban encontrar su propia verdad.

Todo se volvió más tranquilo, mientras subía los últimos escalones.

La viene comenzó a pulular frente a mí, hasta que me halle descalzo entre algún polo de este mundo en soledad.

Mire hacia mi alrededor, y el frio hielo cortaba la piel de mis pies, pero ellos no expulsaban sangre alguna.

Camine hasta encontrar una flor celeste y morada.

Muchos murmullos se entrelazaron en mi mente, personas teniendo relaciones, semillas brotando, abejas polinizando las flores, la lluvia alimentando al suelo.

Todo el tiempo parecía retroceder, mientras yo luchaba por aferrarme a no perder los hermosos momentos que había vivido hace algunos instantes.

Subí al último escalón, donde todo estaba construido por nubes tan blancas, como el color del cual me hizo sentir ella.

Al tocar aquello con mis pies, y cuando las raíces dentro de mí transportaron mi sangre, comencé a percatarme de que todo se detuvo por un momento.

Nada importaba ya, por lo que caminé con pasión, con alegría, mientras mis cansados ojos se renovaban y parecían brillar como si lo hicieran por primera vez.

pero todo lo que hallé fue tan solo oscuridad...

Despertar

4

Sentí mi cuerpo entumecido y comencé a ver hojas revolotear en la oscura madrugada, con el amanecer acercándose a ella. Mi cuerpo estaba acurrucado como el de un bebé en el vientre de su madre. De pronto, mi sonrisa se esparció como el leve sonido que efectúan las fisuras de las ramas resquebrajadas a través del bosque.

Las hojas al volar por la espesa neblina me demostraban una posibilidad, luego algo más real y tangible. Eran incontables árboles, pero recordé, mirando con emoción a mi lado que iba a encontrar a Marie.

Solo sentí un abrigo sobre el mío, una acogedora gabardina que olía a manzanas, a los frutos más dulces, como el aroma de un bosque encantado. Acaso, ¿estaría ella buscando las flores que tanto le gustaban, dejándome su abrigo? Pero... ¡Qué había sucedido! No, Marie... Debes tener frío.

Me senté con él apoyado sobre mi pecho, que expelía el aroma de su piel, el de sus labios... y de pronto, un repentino mareo hizo que me adentrara profundamente en mis recuerdos...

Percibí una voz en ellos y escuché las palabras de Marie, como también el sonido de las hojas en la noche de nuestro beso, con las cigarras a nuestro derredor.

“Eres alguien bueno, esto jamás debería haber ocurrido, no deberías serlo, los hombres no son así... no te quiero lastimar...”

Sus manos apretaron mi pecho con fuerza, y éste se adormeció, como si ellas hubiesen sido su anestesia.

Con mi cuerpo tan insensible y lánguido, me di cuenta como sacó su abrigo y lo depositó en mí al igual que si fuera una manta, hasta que lo último que vi fue a ella yéndose angustiada en la medianoche, abandonándome como un estorbo más, como si estuviera defectuoso, con un resultado no esperado tras verlo y usarlo por un tiempo.

Volví al bosque nebuloso, me levanté y coloqué aquella prenda de vestir a mi alrededor, aunque quise arrojarlo, no pude... ¡No fui capaz! No cuando era el último recuerdo de un preciado sueño.

Sé que algún mal ocurrió en su mente, como en mí ha sucedido tantas veces, al confundir algunas cosas cuando no lo son...

La luz bordeaba mi cuerpo junto al césped y los árboles, ¿esto se suponía que era el despertar, encontrando aquel preciado resplandor?

Me levanté decidido a recorrer toda la ciudad con la esperanza de encontrarle, como un demente busca un duende con una vajilla de oro por cada recóndito sitio.

Con el sol reflejándose en mis ojos y con la luna purificando la tristeza que me provocó su partida, pregunté a las personas por ella, como también lo hice a los animales, he incluso a los árboles que parecieron no tener la percepción para notar su delicado andar.

Como un sueño ella se había marchado y como una pesadilla el dolor parecía no querer irse jamás, adhiriéndose a todo lo que ella había impregnado en mí. Pero sin respuesta en mi andar, decidí esperar a que mis sueños me enseñaran su sendero.

Así, al siguiente día recordé que no había contado la premisa de la obra al hombre de los jugos, pero nada importaba ya, quizás se habría olvidado de mí o tan solo fui uno más de los numerosos hombres a quienes les pidió aquel favor.

Muchas horas antes de que el ocaso del invierno llegara a los cielos, decidí ir al teatro otra vez, a ver si la encontraba en aquel lugar, y si ese no era el caso, haría una informal propuesta a las personas que trabajaban junto a ella.

Esperé impaciente, recorriendo la ciudad, y con el atardecer abriéndose ya como en un parpadeo por el cielo, comenzaron a aparecer trabajadores ofreciendo boletos para la actuación del anochecer. Los vi detenidamente de lejos, pero no había rastro alguno de Marie...

Me acerqué como lo haría un desquiciado preguntando por una mujer a la cual desea acechar y que aún no conoce. Pero, ciertamente, ¿habría una forma de no parecerlo?

Intenté decirle con sumo cuidado a un hombre, tal vez de unos treinta años, con su barba a medio afeitarse.

—Hola, señor. ¿Sabe si Marie ha venido a trabajar hoy?

El hombre me miró con desinterés y me dijo:

—Creo que ha renunciado.

Mi corazón se detuvo, como un tren desviado de las vías lo hace hacia una montaña y con su carbón aun ardiendo dentro de él. Pero sin rendirme, decidí hacerle otra pregunta.

—¿Sabe la razón de aquella renuncia?

El hombre me observó como si estuviese harto de mí y me respondió, mientras las personas hacían fila por los boletos.

—No vino al trabajo ayer ni hoy, es lo único que sé. Disculpe.

Me retiré cabizbajo y me formulé a mí mismo «¿Cómo podría afrontar ahora mis

días sin Marie?, ¿porque ella se habría empeñado en enseñarme el cielo para luego dejarme caer en el infierno, como si el ángel que pensó que yo era, hubiese desplegado sus atrofiadas alas, y al ver ello, hubiese huido de mi presencia? Permaneciendo en la mundana miseria de la sociedad».

La pequeña ave en libertad tomaba la ansiada carnada y se dejaba atrapar, cayendo en un espejismo. Porque en el momento en que la carnada ha sido retirada, ha caído en una insana trampa.

Aquel juego que suelen jugar los adultos...

Veo los barrotes, aferrando la tristeza dentro de esta pequeña celda. Mis alas se atrofian al no poder desplegarlas y ser libre. En esta danza no encajo, como las palabras que solo pertenecen a nadie más que al fuego.

Pienso en no comer, pienso en arrancarme la piel con mis propias manos para escapar de una vez de esta maldita celda. ¡De este infierno que desuella mi alma! ¿Me he convertido en lo que tanto me había mofado durante mi vida?

Cuan irónica es la vida o ¡esta vida!

Sentí mis manos heladas y comencé a tiritar. Corrí por las calles, mientras sentía como todos me observaban en aquel atardecer, porque todas las palabras se dirigían a mí, al igual que las sonrisas, las lágrimas, las burlas...

Noté que el cielo era tan púrpura como un campo repleto de uvas listas para ser cosechadas, pero con la opuesta exactitud pude percibir como yo no podía ya observar a nadie.

Las calles parecían estar solas, las casas se desprendían de sus paredes, todas las estructuras se elevaban por la ciudad, y percibí que tan infantil y arrogante era la humanidad viendo los hogares sin paredes, y a ellos actuando como los animales que eran, sin la obligación de aparentar en la aprobación de sus pares.

Y como una estrella a punto de colapsar, sentí que mi mente me presionaba, como si la gravedad en mi cabeza inmensamente mayor, ejerciera una dolorosa presión. Ya no podía estar de pie, por lo que comencé a caminar, desmoronándome poco a poco.

Y como si fuera un agujero negro, caí rendido en la oscuridad de mis propios pensamientos.

Una cálida familia

5

Al despertar me encontré en una habitación con su techado de aspecto de ser del siglo XIX. Observé mis manos y éstas tenían algunas manchas que rápidamente la luz del amanecer me permitió admirar con detención. Eran cicatrices.

Pensé en Marie...

Toqué mis labios con mis cálidas manos, imaginando que ellos eran los suyos. Toqué mis hombros intentando que mis pensamientos se volvieran realidad y ella apareciera a mi lado.

En aquella oscuridad, donde el resplandor descansaba, contemplé, al igual que cuando la luz recorre el cielo y permite que éste se vea azul, el destello de las estrellas que cruzó lentamente hacia su cuerpo en aquel día, desviándose en las más imponentes tonalidades que jamás alguien haya visto, llegando a mí y permitiendo que solo yo pudiera verla a ella y a nadie más.

Recordé estando junto a ella y como mi cuerpo percibió dopamina, haciéndome entender que todo estaría bien, pero a su misma vez, el amor parecía desprenderse por mis poros, aunque todo ocurriera en mi interior por la producción de la oxitocina que llegaba a mí.

Aquella segunda sustancia pareció disiparse, por lo que solo contemplé dentro de mí bajos niveles de serotonina, junto a la dopamina, alejando toda lujuria e inhibiéndola, no deseando más su cuerpo, sino su mente. Pero en el instante en que quise entrar en ese ontológico cerrojo abierto para mí, sentí dopamina, serotonina y noradrenalina estallar, como estalló mi corazón, cuando la escuché hablar por vez primera. Pero antes de cerrar mis labios, Marie se había disipado en aquel cielo dentro de aquella habitación y tenía la sensación de que volvería por mí.

Me sentí como una gota de agua cuando se separa de la cascada y cae sobre la seca roca con otras gotas a su alrededor. Ésta al caer estalla y provoca otras numerosas, y con el pasar del tiempo se expande, hasta llegado el punto en que se desequilibra y se seca, haciéndose cada vez más pequeña.

Todo aquel ser que esté dentro de la gota de agua, no puede ver más allá, y cree que la gota de agua es lo único que existe en ese instante, y la expansión es un imperceptible acto que sin medición, es imposible de notar.

Al igual que nosotros con nuestro universo.

¿En realidad, estaremos todos conectados en este mundo? Siendo uno con nuestros pensamientos.

Entonces, ¿podré estar junto a Marie por el resto de mi vida?

Si los pensamientos afectan lo que hay dentro del mismo cuerpo humano, ¿cómo es posible que logren afectar el entorno que se le rodea?

En el momento en que dejamos de ser ese simple polvo, seguimos creciendo, nos separamos y dejamos de ser ellos en su totalidad, al igual que cuando nos desprendemos del cuerpo de nuestros padres.

Dejamos de ser ese uno, pero seguimos teniendo ese legado que nos marca.

Acaricié mis manos y me cuestioné que si quisiera entender que fuésemos todos una misma fuente, debía retomar el camino por el cual me encontraba en el estómago de mi madre, retrocediendo hasta ser un diminuto espermatozoide, y mucho antes, hasta ser polvo y lo que ello fue, lo que yo fui algún día...

¿Pero realmente importaba? Si fuimos ellos, entonces ¿en qué instante nació nuestro ser? ¿O tan solo no hemos sido aquel polvo, sino que ello es tan solo la historia del recipiente donde se ha albergado nuestra alma? Quizás, no es nuestro pasado... sino el de nuestro cuerpo.

¿Cómo surgió mi alma y la de Marie?

En ese instante colapsé en una idea que me alejaría aún más de Marie. Los océanos que nos dividían se separaron aún más y el reloj del universo comenzó a cruzir cuando, de pronto, ya no éramos cercanos a nada.

Pero no podía ser cierto... Sé que Marie y yo somos tan solo uno.

Y en ese instante, Marie volvió a aparecer en frente de mí. ¡Oh! ¡Cuán hermosa y bella era!

Pero de improviso comenzó a envejecer en aquel destello angelical, hasta convertirse en polvo, el que se lo llevó el viento por la ventana de aquella habitación.

Eso me asustó, por lo que apreté con fuerzas las mantas de la cama en aquella visión.

Me hizo pensar en que si fuera herida gravemente, deformando su rostro, ¿la seguiría amando? O quizás, si ella fuera lastimada en su cabeza y cambiaran partes de su personalidad, ¿continuaría amándola a pesar de que su cuerpo siguiera intacto y no fuera más ella, la que conocí un día?

¿Qué es lo que me ha tenido hechizado de su ser? ¿Quién es Marie Mercier?

¿Quién es aquella mujer que me arrebató todos los colores que solía ver antes en mi día a día?, ¿es ella su piel que envejece en el tiempo?, ¿o sus palabras y pensamientos que en cinco o diez años habrán cambiado de igual forma que cambia su piel, pero en el fondo sabiendo que sigue siendo ella?

¿Qué habrá luego del fin? Debe haber algo, algo que me guíe hacia un destino

ridículamente dicho, debido a mis pasados pensamientos sobre Dios y lo celestial. Un lugar donde tras mi muerte encuentre a Marie.

Lejos de este castillo de arena que se desmoronara secándose y contrayéndose, escuché una voz que me apartó de todo, repentinamente.

—Buenos días —me dijo un hombre entrando a la habitación, fumando tabaco de su pipa, junto a lo que parecía ser su hija, con un hermoso y antiguo vestido que me recordaba a las antiguas imágenes de mujeres despidiéndose de sus amados que marchaban a la guerra en los años 40.

El tiempo... El tiempo pareció ir de un lado a otro. Sentí el aroma del tabaco y noté el *tic-toc* de un antiguo reloj a mi costado izquierdo, sin tomar descanso como el metrónomo *Beethoven*. Y como si todo fuera una gran obra, en la cual estuviera participando, el reloj movió su manecilla, y el hombre de una elegante grisácea y oscura barba me miró sonriente, expulsando el humo de su nariz y permitiendo que su hija se adelantara con un pequeño banquete.

Aquella joven se acercó y solo pude ver como su oscuro cabello se volvía acaramelado con la luz, y que sus ojos brillaban como girasoles en el atardecer, hasta que volví a caer seducido por el sueño dentro de mi cuerpo.

Al despertar noté que ella me había cuidado durante algunas horas, y al ver que desperté, me dijo, levantándose y yéndose de la habitación:

—Ven a cenar, aún están preparando la comida. Tienes tiempo para arreglarte.

Al vestirme y descender por las escaleras, vi a una gran familia, como si todo hubiera sido parte de un sueño, y Marie jamás hubiera existido. Una ilusión como la luz que emiten las estrellas en el anochecer.

La conversación era agitada, como el abundante regocijo en los rostros de las personas, que al ver el mío perdido, decidieron hablarme. Y aquello lo hizo el avejentado y gentil hombre junto a su hija.

—Vemos que te encuentras mejor.

Su hija entusiasmada continuó:

—El golpe fue tan duro que pensé que jamás despertarías. ¿Puedo preguntar por qué llevabas un abrigo femenino y un libro de cuidados paliativos, con apuntes de física en él?

Un pequeño niño y lo que parecía ser su abuela y su madre, junto a sus hermanas, se unieron al clamor, animando a que revelara aquella información, y sin importarme, ya como un baúl sin un candado, me abrí a ellos, a quienes disipaban la honda oscuridad que había dejado Marie en su partida.

—Bueno... todo comenzó cuando...

Luego de decir aquello mi garganta se volvió tan rígida, como si las partículas de ella no pudieran moverse, encadenadas en la gravedad de su propio peso.

Pero al escucharlos decir:

— ¡Vamos!

— ¡Queremos escuchar a qué se debió todo!

— ¡Tú puedes!

La literatura de sus palabras cambió el concepto de mis problemas, y mi garganta se alivió como un plumaje en el sol, luego de una larga lluvia. Y como si volviera a aquel agujero negro, y él convirtiéndose en una estrella, para dejarme ver a mi dulce Marie con su luz.

Comencé a relatar la historia sin muchos detalles, era un pequeño gesto por haber ayudado a un desconocido herido en la calle. Pero cuando llegué a la escena en que vi su alma, recordé el síndrome de *Stendhal*, y como las personas sienten vértigo, confusión, amor, miedo... y colapsan al ver obras de arte ¡ante tal maravilla de arte!

¡Oh! ¿Qué síndrome será el que padeceré para caer rendido ante tal emoción?, ¡ante tan bella creación!, y por supuesto, ante tal desgracia de su partida. Al igual que el hombre ve aquellas obras de arte perderse o ser quemadas por el cruel destino.

Porque... ¿Por qué has hecho esto?

Al terminar el relato todos me miraron con felicidad, como si aquello pasara cada día o fuera algo cotidiano, o quizás solo era su forma de continuar sus vidas y no arruinar la dichosa comida y momento que acontecía en sus existencias.

A pesar de que intenté dejarles mi libro o un poco de dinero que compensara su gentileza y excelente trato, como se hace a un rey en tiempos de enfermedad. Ellos se negaron y me dijeron que estarían para cualquier necesidad mía, a lo que accedí con una sonrisa, y me marché con una nota que detallaba su dirección y el nombre de la familia Thompson.

En la noche de aquel sábado intenté asimilar las interacciones de mis emociones contenidas en tan corto intervalo de tiempo, chocando las unas a las otras, mi corazón y mi mente, como dos partículas que colisionan, repeliéndose las unas a las otras.

Caminé como si el mundo fuera la superficie del sol, ardiendo bajo mis pies, pero yo tan frío y compactado como un glaciar, tan prontamente como el mundo volvió a esfumarse para lograr encontrar el lugar en donde estuviera ella.

Sentí como absorbí la energía circundante de mi flameante entorno, haciendo que mis pensamientos vibraran, y en aquel instante la piedra bajo mío volvió a mis pies, la oscuridad, el cielo, como también las nubes, pero algo junto a la idea de que Marie podría volver a visitar el bosque... o quizás, ¡quizás podría encontrar una pista de su andar en aquel lugar!

Así que corrí en aquel anochecer por las vacías calles, recordando de aquella trayectoria solo el gran monumento de *Chapaev* entre la débil llovizna que

empapaba mi visión. Mis piernas y mi cuerpo se movieron tan rápido, esperando que ello me llevara atrás en el tiempo, junto a ella.

Llegué a lo que parecía un hermoso bosque. Nosé cuántas horas transcurrieron, como tampoco supe qué lugares recorrí, fue como si el aroma frutal de su cuerpo me hubiera permitido volver a donde mi sueño había acabado.

Miré los árboles a mi alrededor, mi cuerpo se agitaba, sentí euforia, pequeños temblores en mis manos, las contemplé y ellas parecían amarotarse por algunos segundos, pero en otros parecían palidecer como el llanto de un polo en el ártico al extrañar los fríos veranos que un día tuvo consigo.

¿Cómo todavía podría seguir en pie? Cuando esa pregunta interfirió en mis pensamientos, caí de rodillas, estropeando mis pantalones, los cuales habían rozado a Marie, y ¡oh! En ese momento... ¡No! ¡Había dejado caer el abrigo de Marie en el empapado césped! ¡Había estropeado el único lazo físico para recordar el sentimiento de la presencia de Marie! ¿Y ahora qué?, ¿también estropearía sus rastros?

Miré al cielo de rodillas con un nudo en mi garganta. ¿Cuán estúpido podía seguir siendo?

Noté como el amanecer llegaba, por lo que bajé mi mirada, apoyando el abrigo de Marie en mis hombros, y vi como delicadamente un color cobrizo brillaba a través de una rama de un sauce, mientras desenfocaba todo mi exterior.

¡Era su cabello! Al levantarme lo tomé, como si fuera un sueño en mi realidad.

¡Oh! ¡Cómo resplandecía reflejando hermosos colores! No quería, no quise separarme de ese instante de perfección, con su abrigo y su bufanda en mis hombros. Percibí como me abrazaba su presencia, y su cabello en mis manos hacía que derramase una lágrima.

Casi podía escuchar sus palabras, oír el tono de su voz, como quien desea escuchar a Dios cuando no hay más esperanzas en sus plegarias rutinarias y destrozada vida.

El tiempo se detuvo, no relativamente. No podría jurarlo, porque no necesitaba hacerlo...

Vi exactamente los colores de aquel hermoso cabello, observé el cobre en él. Vi también diamantes, lujosas piedras, el cielo y el infierno, el comienzo del universo, los planetas volviendo a las estrellas y las estrellas regresando a aquella gota de agua que aun pertenecía al caudal de la cascada antes de ser liberada para lograr expandirse y formar el santo lugar donde Marie viviría.

Y así se hizo. Hasta que pude volver a ver sus ojos, pude experimentar otra vez la caricia de sus poros, el bailar de su voz y el acto final del asesinato de mi felicidad en sus palabras y su ida...

El tiempo volvió al presente y el viento se llevó su cabello, guiándome en una

sola dirección, una elección, una decisión sin vuelta atrás. ¿Qué tal si aquella elección no fuera la correcta?, ¿cómo podría volver atrás? Por ahora todo era posible.

Tomar otro camino y tal vez desenvolverme en estudios sobre la física o en la exploración del comportamiento humano.

A pesar de ello, nada tomo mi interés realmente.

Sentí un escalofrío y miré el cielo, era mediodía y estaba paralizado por no haber podido tomar una decisión, hasta que escuché una voz tras de mí que dijo:

—*Te he extrañado... Ven...*

¿Marie?, ¿, eres tú?

Elevé mi mano a la altura de mi pecho, hacia el horizonte de la ciudad, pero ella no estaba allí.

¡Puedo estar seguro que era ella!, lo juro, pero ¡dónde!;De dónde provenía esa voz! Tomé su abrigo y corrí despavorido, perdiendo todo el aire dentro mío, hasta llegar hacia el lugar al cual me guiaba, y ello, finalmente, me llevó hacia mi hogar...

Una noche sosegada

6

Era de madrugada y las llamas de las velas hondeaban de un lado a otro en mi habitación, provocando que la pintura que había comenzado de Marie se volviera como un tornado reflejado en el fuego de un gran incendio.

Todavía me sentía algo adormecido por el gran banquete de la familia Thompson, pero aun así pinté las palabras que ella me había señalado en el bosque. Pinté su “*te extraño*” de un verde, como el color de los valles en medio de una tormenta.

Cuando esa tormenta se esfumó, pinté mi ida hacia ella de azul y de celeste. ¿Qué otro color hubiese sido más propicio que el del cielo para señalar la emoción de acercarme a su presencia?

¡No! La esquizofrenia ni la locura bordeaban mis sentidos, porque la escuché a ella, sé que estuvo en ese lugar... para mí y para brindarme paz por unos segundos.

¡Oh mi dulce Marie! Ocupaste tu tiempo, aquello que jamás podrás recuperar, algo que ni siquiera todo el dinero del mundo hará que vuelva a tu vida, solo para que lo escuchase, para que oyera cuánto me has extrañado.

Gracias...

Veo como el acrílico se agrieta en mis dedos, como en el pincel también lo hace, y lo entiendo. Puedo comprender como aquello es una obra de arte viviente que provocaron tus palabras, ¡porque no es solo la pintura lo que es digno de admirar, sino también quien la pinta! El artista se transforma en arte cuando crea una parte escondida entre todos esos misterios revelados tras el pincel.

No se trata de la *noche estrellada*, o quizás, también, de solo *Van Gogh*, sino de las razones que hubo en cada color.

No se trata de tu pintura o de mí, sino de lo que tú inspiraste para que ello naciera.

No es sobre tus caricias y el tiempo que danzaste junto a mí, o tus palabras que se esfumaron entre las secas hojas que se desmoronaban cuando mis lágrimas cedían sobre sus polvorientas superficies.

Sino... el por qué hiciste ello. ¿Por qué?

Deposité el pincel sobre el soporte de mi pintura, que ahora se dejaba ver ante mis ojos, y vi como sobre la tela se incrustaba el cuerpo de ella... ¿Cuántas horas

habrían pasado desde que me introduje en mi interior?

Mi vista se dirigía hacia mis zapatos estropeados por el polvo, y la tierra adherida seca del bosque en ellos. Subí lentamente y comencé a ver la tela pintada, y ahí estaba su abrigo, su cabello cayendo por sus hombros, como la cascada que originó el comienzo de todo. Pero su rostro estaba cubierto con una gran mancha oscura y azul, como esa misma noche...

Me decidí a darle forma a su rostro, comenzando por sus pómulos, pero cuando la pintura del pincel tocó la tela, mi mano quedó tan tensa que no supe qué hacer. El pincel cayó, como también me deje a mí caer de rodillas hacia el suelo.

No pude cerrar mis ojos por largos segundos, tan solo me quedé observando la ropa bajo mi cama, y la alfombra a mí costado con restos de tierra sobre ella.

Respiré dolorosamente y recordé su beso, cerrando mis ojos, mientras me acurrucaba en el suelo de mi habitación en aquella madrugada.

¡Qué has provocado...!

Miénteme, hiéreme, abrázame y lastímame. Hazlo si es lo que deseas, pero hazlo bien, sin dar un paso atrás, sin mirar por el precipicio al que me diriges, sin...

¿De qué hablas, Mark?, Ella jamás te lastimaría y lo sabes, algo le ocurrió en su solitario andar...

Con mis párpados cerrados la escuché, diciendo:

—*Tan solo bésame.*

Y así lo hice. Al besarla mis párpados se cerraron con aun más fuerza y mis manos lo hicieron lentamente también, aunque sin hacerlo por completo.

Ella se encontraba en el bosque junto a mí, nuestros labios se tocaban, y como si fuera una dulce flor –que tanto disfruta y goza un colibrí– los probé, sentí la dulzura de su piel, de sus caricias, y la razón por cual la amaba. Pero en ese mismo instante en que me apoyé sobre la corteza de un árbol, aquellos labios que me habían llevado hacia un frío lugar se convirtieron en pequeños trozos de vidrio, los cuales al desprenderme de ella sentí en mi saliva al tragarla, introduciéndose dentro mí, destrozando toda la honestidad y el cariño que aun residía en mi alma.

Me acurriqué con más fuerza, intentando alejar toda imagen de mi mente, pero aun así no pude contener las lágrimas de aquel amable veneno. ¿Podría morir ante tal devastadora acción?

Sentí mis descalzos pies rozarse los unos con los otros, con el frío de aquella madrugada que me provocaba dolor en ellos.

Abrí mis húmedos ojos por un momento y presencié mi mundo de costado. No pude luchar más contra el cansancio y el dolor. De pronto, sin notarlo me quedé dormido, liberando toda presión de mi tenso cuerpo, como si hubiera muerto en ese instante.

Quizás, algo murió en aquella noche, algo dentro de mí, algo que jamás volveré a recuperar.

Mi vecina Sophia

7

Al siguiente día, al caminar por la acera, experimenté cansancio y me pregunté por qué ella y no alguien más.

Recordé a Dios y el momento en que su presencia se esfumó de mi vida, la magia y las respuestas del mundo se habían ido para encontrar infinitas preguntas y posibilidades, junto al dolor que ello conllevaba. Y me hizo pensar otra vez en que, ¿no es la partida y la añoranza de lo divino en mi vida, lo que me ha hecho idealizar a Marie en el mismo lugar que un día estuvo Dios?

¿Su presencia angelical?, ¿su capacidad de llevarme a un lugar que siento como el cielo, cuando escucho su voz en mis recuerdos?, ¿la esperanza y el camino que me llevará a través de una vida de felicidad y un eterno amor luego de mi muerte?

¿Eso es Marie? ¿Un remplazo de Dios y la única respuesta capaz de aliviar todas mis

Intranquilidades?

Pero entiendo que todo lo que rodea esta vida ha sido para que se llevara a cabo su presencia en aquella noche...

Recordé mis años de infancia, cuando toqué por primera vez la hermosa escultura de *La piedad*, que reflejaba a la virgen *María* sosteniendo en su regazo a *Cristo*, y al sentirla con mis yemas, me decepcioné de la idealización de la perfección.

Percibí sus relieves, su polvo, su composición y al igual sus grietas, su ¡mortalidad!

Quizás, no se trate de una mejor pregunta, ¡sino de una maldita respuesta por Dios santo!

Estoy comenzando a odiar las teorías, las preguntas, ¡tantas ideas que no son capaces de comprobarse totalmente!

Caminé y caminé, las calles se separaron las unas de otras, pero no me permití colapsar una vez más. Sentí el sol y un fuerte mareo, batiendo mis recuerdos, como si intentara mezclar mi realidad con algo que no estaba ahí. Era momento de detener todo.

Coloqué mi mano sobre mi frente y mis ojos, deteniendo por fin el sudor que bajaba por él.

Mis pies a duras penas continuaban, cojeaba como un hombre herido en una guerra que aun luchaba por llegar a su seguridad, ¿pero cuál sería la mía, si mi propio enemigo se encontraba dentro de mí?

Abrí mis ojos y el bosque se volvió a alzar alrededor de mi cuerpo.

Esta vez era real, y el resplandor entró a través de las ramas, y las hojas relucieron como una aurora boreal, seduciéndome y encontrando solo seguridad en los brazos de la mortal naturaleza.

¿Qué habría de atrayente en su verdor, si no se esfumara como una sonrisa que arranca los latidos de este infierno?.

Respiré profunda y torpemente, viendo ahora más claramente en el mismo lugar que estuve esa noche.

Contemplé sobre la tierra cómo descansaba y reposaba su bufanda, junto a un gran mechón de su hermoso cabello.

Sin creerlo, me quedé sin aire en mis pulmones por unos segundos, y como si estuviese congelado, lo miré detenidamente. Luego, me apoyé sobre la tierra y el gentil césped, con mis rodillas que ya no sentían nada más que si fueran grandes e irrompibles globos.

Sentí mis labios balbucear unas palabras, y con mis ojos entrecerrados levanté su bufanda tan suavemente, como si fuera un recién nacido, como también tomé su cabello, pero no pude...

Lo siento querida.

Los llevé hacia mi pecho, y después, sobre la parte inferior de mi rostro, sentí tu cabello por mis mejillas, sentí tu bufanda recorrer mi cuello... Mientras aquello acontecía, no pude volver a abrir mis ojos, y temblé... colapsé. Juro que hice lo posible por no derrumbarme, pero mis lágrimas alzaron su voz tan fuerte, que no las pude contener en su celda, y escaparon para poder acariciarte una vez más y quizás... quizás, despedirte.

¿Quién puede saberlo con seguridad?

Apoyé tu ser contra mi pecho y me acomodé la boina. Caminé y caminé a través del mediodía, cuando las hojas caían con el viento. Tanta paz, tanto silencio que me martirizaba, Marie, y yo de veras lo sentía.

Hasta que volví a escuchar tu voz.

—*Necesitas tener cuidado, por favor.*

— ¡No! ¿Marie? ¿Dónde? ¿Marie?

Miré a mi alrededor con desesperación, pero solo había luz... y el solitario bosque.

Corrí tan rápido, que el tiempo pareció perderse, y ya me encontraba subiendo las escaleras de mi hogar, hasta que escuché una voz de preocupación tras de mí.

— ¿Te encuentras bien, Mark?

Era la pequeña Sophia.

Una chica de tan solo doce años, algo delgada, de piel no tan pálida, con su cabello oscuro y a veces como la miel, que entrechocaba sus dedos y miraba a mis ojos con nada más que preocupación y cariño.

Tras unos segundos le dije:

—Hey... Sí, si lo estoy. Y tú, ¿te encuentras bien?

Sophia me dijo sin mover su mirada de mis ojos.

—Sí, si lo estoy. ¿Dónde has ido? Mis abuelos han estado preocupados, porque no has ido a tus clases de física en la universidad, y dejaste la puerta abierta de tu habitación.

«¿Cómo poder mentirle a una pequeña niña, que solo busca el bienestar en sus curiosas preguntas?»

Le respondí con franqueza, diciéndole:

—Tuve que ir al bosque, junto a una amiga...

En ese momento, sentí un hondo vacío y acaricié su cabello, manifestándole:

— ¿Por qué no vas con tus abuelos y les cuentas que todo está bien?

Sophia asintió y fue rápidamente donde sus abuelos, entrando en su hogar contiguo al mío, pero cuando estuvo a punto de cruzar el umbral, me miró y se detuvo con el objetivo de obsequiarme una gratificante sonrisa, viendo a través de mí que algo no se encontraba del todo bien.

A pesar de que la tristeza me invadía otra vez, también le sonreí, y en el momento en que hice eso, ella entró rápidamente a su hogar.

Cuando estuve en el mío, me senté cerca de la ventana de mi habitación, solo a observar el cielo para intentar sentir el movimiento de la tierra rotando infinitamente, ¿aunque nada lo sea, verdad?

Sophia había sido capaz de hacerme estar en paz conmigo mismo unos segundos, una bendita distracción, y comencé a entender con ello, que era lo que de verdad unía el lazo entre hermanos, o de madre e hijo, nietos y abuelos.

Las nubes se movieron rápidamente por el cielo, hasta que de pronto el día se nubló y el sol no acarició más mi piel.

En aquel día, simplemente, me arrojé en mi cama y dormí en paz, como no lo hacía hace un largo tiempo.

Sin pensar, sin recordar nada que me atormentara, sin dar para recibir, sino que solo se encontrara una pequeña sonrisa que buscaba el bienestar en mi día.

Un acto guiado por el amor, no el de la inocencia, ni el de una madre o un padre, o inclusive el de una pareja. Era un amor aún más fuerte que el de todos ellos juntos, un amor que no tiene definición, porque cualquier palabra usada para describirsele no encajaría como un ángel entre los humanos.

Como Sophia entre una multitud.

Un arma escondida

8

Desperté extendiendo mis manos, mientras bostezaba en aquella mañana que descendía mis párpados, aumentando su peso tantas veces, que me hacía preguntarle a la gravedad, ¿qué ha sucedido? ¡Había pensado que éramos amigos!

Abrí mis ojos y observé la perfecta imagen a través de mi dormitorio. De nuevo las nubes bailaban en el aquí y el allá, y pensé que la vista no podía ser más perfecta, hasta equivocarme, al notar un pequeño rubí descansando, mientras las inconscientes mentes caminaban indiferentes, viendo en él solo una piedra cubierta de polvo, juzgándola por su suciedad y el poco cuidado que él, sin ayuda, se había logrado brindar.

Ese rubí meneó su cola al recibir un rayo de luz entre las nubes, y aquello me hizo pensar en la pequeña Sophia.

Al igual que ese animal callejero, pude ver en los ojos de Sophia, el día de ayer, que su amor no era inocente, no era de aquel tipo, sino que era como el de aquel ser.

A pesar de que Sophia y él han vivido cada día de sus vidas con sus corazones destrozados, aún les quedaba en sus miradas algo, ese algo que pierden las personas al crecer, o lo que ellos llaman “madurar”.

Sophia me enseñó solo con una sonrisa, que a pesar de las decepciones que ha tenido que vivir, es capaz de dar oportunidades, tener esperanza cuando no se tiene nada ni a nadie, porque la inocencia no es lo que marca su amor, como también el de aquella alma callejera. Su amor proviene de la valentía, de la que tienen los soñadores, de aquellos que a pesar de que jamás cumplan aquellos deseos en sus vidas, el hecho de intentarlos en su realidad, es algo por lo que vale la pena vivir.

Pero si Marie me hubiese querido, ¿por qué desapareció?

¿Dónde estás, Marie?

Coloqué mis manos sobre mi rostro, y con la necesidad de expulsar mi interior, me levanté, lo lavé y salí de mi habitación.

—Hola, Mark —me dijo una voccecita que navegaba solitaria por aquella tormenta llena de peligros. ¿Pero cuando un mar calmo ha hecho bueno a un pintor?

Le respondí algo entusiasmado, lo que era extraño en mis días.

—Hola, artista, veo que nos tienes compañía...

Sophia me respondió intrigada.

— ¿Artista? ¡Oh...! Este perrito lo vi bajo un rayo de sol, creo que es algo especial.

No pude evitar sonreír al escucharla, y me senté junto a ella y el perro, que olía a las calles de París del siglo XVIII, pero más agradable que esos perfumes ostentosos capaces de distraer y colocar de rodillas hasta al soldado más duro del ejército francés, junto a napoleón.

Así le dije:

— ¡Debo confesarte que yo lo vi primero!, pero te lo puedes quedar si así lo quieres, ya que él es especial. Dios le brindó su luz para resguardarlo del frío, siendo que muchas personas también lo sentían.

—Mis abuelitos no me lo permitirán... —me dijo con su vista decaída, y no pude evitar subir su ánimo con palabras que, quizás, no podrían cumplir su cometido.

— ¡Claro que lo permitirán, yo me encargaré de eso!

No puedo describir el brillo de su sonrisa sin palabras que sean tan emotivas, como un definitivo adiós, y al verla acariciando a su nueva mascota, una vez más vi como había un periódico a su costado que con cuidado se lo pedí, el que me entregó con total confianza.

Noté en él palabras tan grandes como el río *Volga*.

“Segundo asesinato en las afueras de la ciudad.”

Bajo ese horrible título, como el de una película de horror, se describía con sumo detalle como dos hombres habían sido asesinados en diferentes días en las cercanías del bosque.

No pude más que aliviarme al ver que no aparecía el nombre de mi dulce Marie en ellos. Pero, ¿qué tal si no hubiesen encontrado aún su aterciopelado cuerpo? No, sé que no existe pregunta sin alguna respuesta.

Me adentré en mí mismo y Sophia se preocupó, preguntándome qué me sucedía. Y sin mentirle le dije:

—Hay un asesino suelto en la ciudad y una chica que conocí que no he vuelto a ver. Todo ha sido borroso desde entonces.

Sophia colocó su mano sobre la mía, y con calma comentó:

—Debes tener calma, Mark, la encontraremos. —Y al terminar de decir aquello, corrió hasta dentro de su hogar, dejando la puerta abierta, y como tan rápidamente desapareció, la vi aparecer.

— ¿Qué fue eso? —le pregunté intentando contener la risa ante tal acto impulsivo, como el de un conejo bebé que salta sin saber por qué lo hizo.

—Ten —expresó, dándome algo entre las mantas que desenvolvía con cautela—, es el arma de mi padre. Él jamás volvió. La saqué de su habitación antes que mis abuelitos la encontraran. Sé que no ha sido correcto, pero... para encontrar a tu amiga debes tenerla contigo, ser un detective como mi abuelo un día lo fue y ¡si encuentras a ese malhechor, arréstalo!

Abrí las telas azules de un color cobalto, y miré a Sophia, para ver de nuevo las telas, hasta que contemplé un revolver tan alargado como antiguo, un *LeMat*. Su color era como la plata en una noche, donde solo el acero es iluminado por la luna.

—Gracias —le dije sin más palabras, y acaricié su cabello algo más que la última vez.

Ese día hablé con sus abuelos. Le permitieron tener aquella mascota junto a ella. Si yo hubiese podido escribir sobre sus emociones, al percatarse de la noticia, podría haber escrito un par de largos tomos.

Luego de ello, decidí no salir de casa al recibir una carta, en la cual me habían aceptado para una expedición en barco hacia el polo norte. Me recosté en mi cama viendo la pintura de Marie, sin su rostro, sin sus expresiones, y vacilé en el vacío, hasta que le dije, mirando la tela, con su pintura seca en ella: Tantos años... En tantos sueños había añorado esta oportunidad, y ahora me opacaba el encontrar a Marie con vida. ¿Cuán contradictoria y agridulce puede resultar la vida, cuando nuestros antiguos deseos, ya olvidados por el tiempo, aparecen repentinamente cambiando nuestro presente?

Vi como el sol del atardecer se adhería en mí y me pintaba a su propio parecer.

Cuando su pintura comenzó a recorrer las paredes y el suelo, como si ello fuera una antigua sinfonía, empezó a hacerlo también con mi mente, hasta que todo colapsó y atestigüé a mi Marie frente a mí, en donde todo nuestro entorno era plasmado por el anaranjado telar que caía sobre nosotros, como si las reglas del universo hubieran colapsado al estar en su presencia.

Mi cuerpo no pesaba. Escuché una voz que rebotaba en todos los lugares, como un canto gregoriano de niños en una catedral.

Cuando Marie iba a tocar mis pómulos, desperté... Era de día y noté que no había comido durante un largo periodo de tiempo, por lo que me levanté corriendo hacia el lugar donde había dejado su bufanda y su cabello, para poder sentirla una vez más junto a mí. Pero en vez de ver sus pertenencias, vi una vieja y rota tela, como el césped tan seco como la tierra sobre ellos. Y no pude... ¡No!, ¡esto no puede ser una ilusión! Debo encontrar al hombre que secuestró a Marie. Oh... ¿Quizás ella está llorando en este momento?.

¡No te alarmes! Iré por ti, por el amor que me ha quitado el sueño tantas noches. Por el tiempo que compartiste junto a mí, y el destino que nos depara juntos el uno al otro.

¿Pero qué es lo que me ha hechizado de Marie? ¿Será el amor? ¿Algo que solo seamos capaces de sentir cuando percibimos a un humano siendo superior a nosotros mismos, como también al resto? ¿Tan angelical e inmortal es ella?, y... Quizás, cuando entendemos que aquel majestuoso ser es débil, envejece, y su infinita capacidad de creatividad no es más que una linda piedra entre muchas otras... por el contrario, a lo que habíamos imaginado antes, ¿podríamos ser capaces en ese instante de entender por primera vez su mortalidad e humanidad, llegando al punto en que ya no es amor lo que sentimos?

¿Lo sentiré con mi dulce Marie algún día? ¡Oh, no! Qué triste y mundano sería ello...

¿Necesidad?, ¿soledad?, ¿o habrá una teoría para cada experiencia en las relaciones humanas, como leyes para cada universo lejos del nuestro?

Los humanos encapsulamos ideas y las hacemos regir para todos sus semejantes, a pesar de que sabemos muy bien, dentro de nosotros, que no existe igualdad ni siquiera hasta en la más pequeña estructura de nuestra vida.

Un disparo en el bosque

9

Mientras caminábamos por las calles de *Samara*, leí en una pancarta: “*El niño vive con fervor idealizando el futuro y el anciano vive rememorando el pasado. Pero el joven vive y debiese hacerlo siempre en el presente*”.

Le pregunté a Sophia, a la vez que yo acomodaba el revólver en mi pantalón.

— ¿Detective Sophia, ¿usted vive en el presente o vive soñando en el futuro?

Ella intentó sonreír, pero cuando el sol se interpuso en sus ojos, al mirar hacia mi rostro, me respondió algo mareada.

—En el presente, ¿por qué, detective Mark?

—Por nada... —le respondí feliz, y sin esperarlo escuché su voz de nuevo que me decía:

—A veces sueño con cambiar el pasado o, simplemente, con el futuro. O cambiarlo también a él, es algo divertido de hacer.

Una respuesta elocuente proveniente de una persona que lo era, ¿qué más podría esperar que sorpresas de aquella pequeña persona?

Al llegar al bosque comenzamos a buscar pistas en él, caminando sigilosamente, procurando que ni siquiera los árboles nos escucharan con sus raíces.

Al hacer largas rondas, las horas transcurrieron y decidimos esperar contiguo al lugar donde habían ocurrido los asesinatos, muy cerca del sitio donde mi dulce Marie me había abandonado.

Sophia se sentó cerca de unos helechos, donde todo era muy cómodo, y viendo aquello me sentí tentado a tener también un poco de descanso. Pero algo ocurría, su mirada estaba perdida y eso me preocupó, por lo que le pregunté:

— ¿Qué sucede?

Se quedó en silencio, y pudimos ver un colibrí revolotear a través del bosque.

—¡Wow! —exclamó.

Sonreí y, de pronto comenzó a tomar una delgada rama de pino, mostrando una huella que habría dejado una persona en su caminar.

— ¿Ves esta huella? Es reciente. Mira la tierra húmeda que la forma, tiene sus relieves intactos. Creo que fueron hechas en muy poco tiempo, y si las seguimos, quizás podamos dar con el paradero del asesino o con el futuro caminar de él, ya que es probable que tome las mismas rutas que usó con anterioridad, ¡y es un gran zapato!, por lo que creo que es un hombre.

Vaya... Oírla hablar así y darme tantas ideas, ¡tanta esperanza! No aguanté mi felicidad y le dije:

—Está en lo correcto, alguacil, ¡sigamos las pistas!

Sophia me miró con su entrecejo enojado y añadió:

— ¿Alguacil?

Hasta que no aguantó y comenzó a reír, diciéndome:

—Soy la detective Sophia para usted, señor, y creo que debemos dividirnos. Yo seguiré las huellas más frescas y usted las que van en la dirección contraria, las que tienen sus bordes menos definidos. ¿Entendido, comisario Mark?

Moviendo mi cabeza de un lado a otro le respondí:

— ¿Comisario Mark? Pensé que éramos detectives.

Sophia me miró seriamente antes de agregar:

— ¡No entiendes! Fue porque me habías dicho alguacil...

Reí fuertemente, cuando me hacía una señal para que fuera silencioso, acotando:

— ¡Debemos mantener el silencio! Cualquier indicio nos puede hacer llegar a él. Si escuchas un ave o un animal escapar por la espesura, ve hacia ese sonido, porque quizás ahí esté el asesino que buscamos. Y algo más...

— ¿Algo más? —le pregunté intrigado.

—Debes darme el arma. Tú puedes detenerlo con tu fuerza, yo no tengo nada.

Dudé en hacerlo, pero sabía de todas formas que Sophia jamás haría algo absurdo con ella, ya que la habría tenido por algunos años en su poder, guardándola tan silenciosamente y permitiéndome su confianza para ser el primero en poder enterarme de su existencia. Entonces, ¿por qué no podría yo otorgarle la misma confianza?

Nos separamos, cada uno por su camino, acomodando mi boina que me resguardaba del frío de la pronta noche.

Al pasar los minutos, seguí el rastro que me había indicado Sophia, pero junto a él comencé a ver pequeñas pisadas que se dividían las unas a las otras. Las seguí como si se tratara de encontrar la mítica ciudad de oro.

Ellas me llevaron por un sendero que jamás había recorrido, y éstas, como si cobraran vida, se iban haciendo cada vez mejor esculpidas, como si se tratara de un momentáneo arte que tiene por propósito solo asombrar a una persona y permanecer en secreto para siempre, al ser desvanecidas por la lluvia.

Me apoyé en la corteza de un árbol y escuché las cigarras sobre ellos. El cielo comenzaba a tornarse anaranjado y el frío viento parecía querer alejarme de ese lugar, ¿pero cuál sería su razón?

—*Debes alejarte...*

Oí a mis espaldas y un calor palpitante me rozó, latiendo en mi cuello y en mi pecho, como si aquel espíritu hubiese besado mi alma, pero no como una grata

bienvenida, sino como un doloroso adiós.

Di la vuelta y la luz se esparció, brindando color a todo lo que me rodeaba en el bosque, y fue cuando vi a Marie.

Me quedé tan quieto como pude, observándola directamente a los ojos.

Comencé a temblar, pero ella estaba tan quieta y en calma como el primer momento en que la contemplé fuera de aquel teatro. Le dije, levantando mi mano hacia ella con mis dedos extendidos y mi voz tiritando:

— ¿Te encuentras bien?

Y al no obtener respuesta, y ver como su cara se tornaba triste, empecé a preocuparme, preguntándole con mi voz titilante y confusa, como lo hace un espectro de una estrella por la noche.

— ¿Dónde has estado en todo este tiempo?

Caminé lenta y agitadamente hacia ella, hasta que estuve a su lado. La abracé tan fuerte, con mis ojos cerrados, que todo volvió a retomar el sentido que tenía antes.

Luego de un momento, los abrí y noté que solo había abrazado una ilusión, ¡Marie quizás ya no vivía! ¿Cómo podría vivir sabiendo esto?, ¿su espíritu me estaría guiando a un lugar a salvo?, ¿el asesino iría por mí?

Antes de que pudiera caer sobre mis tormentos, escuché un disparo proveniente de todos los lugares del bosque. No pude reconocer exactamente el lugar del cual provenía, pero aun así grité con todas mis fuerzas. Juro haberlo hecho.

— ¡Sophia!

Grité una y otra vez...

— ¡Sophia!

Corrí en todas direcciones, con la noche ya acercándose y la tierra con las hojas pareciendo arder bajo mis pies. Sentí el viento como afilados granizos y el aire que respiraba haciendo ecos dentro de mí, al igual que lo hace una roca cayendo a un calabozo olvidado.

De pronto, caí por una gran raíz que se elevaba escondida tras las hojas. ¡Me di cuenta que estaba enganchado y no podía salir de ese lugar!

Dios mío... ¡Cuántas veces escuché que quién actúa rápido, se acerca a su desgracia con esa misma intensidad!

¡Debía llegar a Sophia lo antes posible! ¿Le habrían disparado?, ¿estaría, quizás, también muerta? No, no podía suceder eso, debía seguir corriendo, solo debía seguir...

Con todas mis fuerzas intenté quitar la raíz de mi tobillo; dolía como si me lo hubiese esguinzado. Pero de igual manera proseguí... por Sophia y... mi Marie. Hasta que oí a lo lejos una voz de auxilio que decía:

— ¡Mark!, ¡estoy aquí!

Perseguí su voz y llegué hasta donde estaba ella. Al instante, vi a un hombre fofa a su lado. Sin pensarlo, salté sobre él para reducirlo, mientras dejaba caer su gorra y su gran rifle.

Le grité al hombre enfurecido.

— ¿Quién eres? ¡¿Eres el asesino de mi querida Marie?!

Sophia me dijo, mientras seguía apuntando al hombre que estaba tendido con su rifle de rodillas.

—Polizonte Mark, he reducido largo tiempo atrás al principal sospechoso.

Sus palabras solo volaron como las aves al oír el estrépito de la bala recorrer el bosque, y me enfurecí al ver a aquel hombre con su gorra y su barba que crecía uniformemente.

Vociferé, tomándolo de su camisa.

— ¡Tu mataste a Marie!, ¡dime donde está o yo mismo te volaré los sesos, hijo de...!

Sophia exclamó:

— ¡Hey, tranquilo! Lo tengo en la mira.

Y justo en el momento en que estuve por darle las buenas noches y contarle un cuento antes de colocarlo a dormir, añadió con su voz entrecortada.

— ¡Ardillas, ardillas!, ¡solo cazaba ardillas, se-e-eñor! ¡Dígale que no me dispare!

Al escuchar eso, Sophia bajó su arma y lo miró con enojo, viendo una ardilla muerta a lo lejos. Observándome seriamente, expresó:

—Vamos. Nuestro caso hoy no será resuelto.

Solté al hombre, sintiéndome exhausto, dejando en el pasado y en el olvido a aquel maldito cazador.

Caminé junto a Sophia cerca de treinta minutos sin cruzar palabra alguna, hasta que ella misma decidió romper nuestra jaula de preguntas que nos separaba al uno del otro.

—Tu amiga no está muerta por si lo quieres saber.

La luz casi ya se había ido, y confundido al ver su cuerpo en la azulada calle formulé:

— ¿Cómo puedes saber eso?

Con su rostro todavía serio, continuó hablando, mientras el viento aumentaba su fuerza y el frío se hacía más presente que antes.

— ¿Recuerdas que una vez te dije que había soñado con personas que no están junto a mí?

—Sí, lo recuerdo —le respondí sin entender.

—Bueno —comentó haciendo una mueca de cansancio con sus labios—, aquellas personas han sido personas muertas. También puedo percibir la muerte

reciente con objetos muy personales o en lugares en los que hayan dejado gran parte de sus emociones.

Respiro profundamente y continúo.

—No sentí la presencia de Marie en aquel lugar, como también soñé con este sitio y contigo. Pero Marie está viva, Mark, debes creerme.

Sin notarlo, ella se había detenido, cuando ya habíamos llegado a nuestro hogar, y con una muda sonrisa de consolación se despidió, entregándome el revólver y diciéndome:

—Ahora es suya, detective.

Sentí alegría al escuchar esas palabras, y cuando se dio la vuelta le respondí:

— ¡Hey! Creo que debes tener mi boina, te sienta mejor que a mí.

— ¿Eso crees? —preguntó con entusiasmo. Y colocándosela entró a su hogar, disparándome con un arma imaginaria que formaba su mano apoyada en el marco de su puerta, soplando el humo que jamás había estado ahí, luego de haberme disparado.

Asentí y dejé que descansara después de este ataviado día.

Al subir los escalones y entrar a mi pequeña morada que específicamente no era mía del todo, decidí prender unas velas y comenzar a leer un antiguo libro que en su interior databa del periodo de la reina Isabel. Su exterior estaba prácticamente destruido, pero su interior era tan maravilloso para mí, como la espada de un antiguo guerrero, con tantas historias que contar, al igual que el libro en sí mismo.

Las páginas me llevaron por los mares del océano Atlántico y al comienzo de lo que sería luego la edad de oro de la piratería.

Cuando tenía ya veinte páginas, observé la llama de la vela moviéndose lentamente. Pensé en el alma de Marie, en los muertos por los asesinatos y en las personas que había dicho conocer la pequeña Sophia en sus sueños. Aquello me hizo cuestionar la veracidad de sus palabras. ¿En realidad, los sueños serían un conducto para obtener el contacto con, tal vez, otras dimensiones?, ¿nuestros sueños serán otra dimensión?.

El solo hecho de cuestionarlo, me recordaba infinitas teorías, como también las experiencias de mis sueños.

«Indagando en este intranquilo pensar, creo que es hora de resolver el enigma de Sophia.»

Y anoté, intentando acorralar a la maldita y misteriosa bestia.

El pensamiento de Sophia

10

Debía comenzar desde el principio, los humanos desde su existencia...

Atribuciones en sueños, una capacidad de ver situaciones fuera de este mundo, como en un futuro cercano. Vidas pasadas, premoniciones y respuestas a muchas incógnitas, pero ¿eran reales aquellas palabras?

Ya lo veremos.

Empecé a pensar en que si era posible ver sin realmente hacerlo, como en mis sueños y recuerdos al cerrar los párpados.

Recordé al soltar el lápiz, que en la pila de libros sobre el suelo de mi habitación había algunos acerca de los sueños y sobre el mundo espiritual que nunca me animé a leer.

Tras ojearlos pasajeramente, reuní algunos datos.

Entendí que el denominado “tercer ojo”, se activaría con el despertar del sexto chakra *Ajna* en nuestros sueños. Con ello podríamos recibir imágenes y conocimientos desde algún plano o dimensión del cual aún no somos capaces de sintonizar.

Otra gran pregunta surgió con aquel primer punto. ¿Cómo podría, entonces, llegar a la conclusión de que los sueños de Sophia no eran tan solo sucesos escondidos de su memoria que formaron y deformaron sus sueños? ¿Cómo podría probar que ella era capaz de ver situaciones que nadie más podría visualizar?

Quizás Sophia tenía razón, o quizás no.

Algo resonó repetidamente en mi mente y eso era el ver sin nuestra vista. Tal vez las personas ciegas desde su nacimiento podrían darle la llave a aquella gran ciudad llena de incógnitas y de misterios.

Empecé a acariciar las hojas de mi diario, lentamente...

La cera de la vela se desparramaba y me sentí adormecido, pero con algo que inundaba mi pecho, una marea... una marea tibia, lenta, y sin sonido alguno.

Cerré mis ojos, cansadamente. De pronto, estaba dormitando y a punto de caer en un sueño, viendo como la hermosa cuna en la que reposaba bordeaba todo mi mundo. Mis manos eran tan pequeñas y delicadas que parecían mariposas posadas sobre flores en el atardecer. La madera de mi cuna era blanca como el plumaje de las alas de Marie...

Mi cuerpo se adormeció, y mi padre conversaba con un pequeño niño que era ciego; sostenía una libreta. Mi padre llevaba un largo bigote, como los antiguos duques del renacimiento, y un abrigo acorde a su estilo. Pero en cambio, el niño era delgado, de tez pálida y de cabello como el caramelo. Podía ver cómo provenía de un sitio donde el dinero escaseaba, como lo hacía la sonrisa en su rostro.

Mi padre le preguntaba, mientras los grisáceos ojos del niño estaban perdidos y fijos en su rostro.

— ¿De qué se componen tus sueños, pequeño Alek?

— Voces —respondió el famélico niño.

— ¿Voces?, ¿y qué más? —inquirió mi padre con el lápiz en su mano.

— Siempre han sido voces, señor. Ruidos, el aleteo de las moscas, sensaciones... Puedo tocar las paredes o las nubes. También puedo comer un delicioso pan con tan solo un día de anterioridad, o a veces no, pero siempre son voces las que me acechan, ¡mis padres peleando! A veces, bebés o mi propia voz... Pero con el tiempo algo ha cambiado...

— ¿Qué ha cambiado, pequeño? —ansió saber mi padre, anotando todo, mientras el niño se entristecía al recordar sus sueños.

— Los reflejos que siento al moldear mi entorno se han vuelto más notorios...

— ¿Más que antes? —preguntó mi padre, acariciando su bigote y mirando el cuadro de *Charles Darwin* que se posaba en la pared de aquella habitación, cada vez más fijamente, como si en él hubiese odio, rencor y una intriga que le enfurecía, hasta dejar sus puños amarrotados de la ira, como si se preguntase en ese momentáneo arrebató...

— ¿¡Por qué!?

¿Pero qué sería lo que en realidad estaría pensando?

Advertí que no podía dejar de ver la imagen que se formaba al lado de su estante con libros. Algo pareció derramarse, y sentí cómo me despertaba de aquella dormitación.

Vi la vela al lado mío y mi oscura habitación. Comencé a unir todo pensando en Sophia, en los sueños y en Marie. Anoté con fervor en el papel. ¿Podría ser la presencia de un ser o una persona recientemente fallecida, o el oír la voz de alguien que se desea con tanto fervor y urgencia? ¿Podría ser todo parte de la misma evolución para evitar de esa forma desestabilizar nuestro propio organismo?

Nuestro inconsciente, no el que reprime nuestros deseos, es quien nos puede salvar, no ya de nuestro exterior, sino de nosotros mismos.

Las visiones, como las voces acomodan dulcemente el dolor del alma, como lo hace la anestesia antes del comienzo de una cirugía.

Una liberación urgente, una alucinación que salva al cuerpo de un posible colapso y lo cubre de tan solo esperanza. ¡Tal como lo presencié al coger la bufanda junto a su cabello... ¡Al escuchar su hermosa voz que fue como un bálsamo para mi destruida alma que tan solo deseaba morir! Ello hizo que todo el sentido de mi vida volviera a tenderse por más que un solo hilo. La voz de un amor alejado... es como una pequeña lluvia en una sequía. No solucionará el problema, pero ayudará a persistir la vida en la fértil tierra, un corto periodo de tiempo mas.

Ello evitó que entristeciera y me privara del total alimento, del miedo a lastimarme o a morir, y con ello la naturaleza, la vitalidad de mi ser y una futura reproducción, una prosperidad en familia y comunidad.

¡Oh!;Cuán virtuosa es la creación!

Mis manos comenzaron a temblar y sonreí pensando en que... ¡Es increíble cuánto puede hacer nuestro cuerpo para resurgir ideas y momentos olvidados, y así ayudarnos a continuar con nuestros trabajos!

Pensé en aquel niño y me pregunté: Si las personas que nunca han sido capaces de ver en su vida, ¿nunca podrán presenciar imágenes en sus sueños? Puede significar que aquel lugar descrito a través de ellos, ¿es tan solo una invención de nuestro hondo ser?

Todo se unió, la imaginación, la regresión de vidas pasadas, visiones religiosas, alucinaciones de personas fallecidas, voces o situaciones que se añoran. ¿El humano realmente siempre verá lo que desea ver? ¿Me estaré intentando convencer de que Marie está muerta?

¡No! ¡Qué piensas, Mark! ¡Ella está viva y la encontrarás!

Las palabras habían surgido como las frutas en una exitosa cosecha.

Volví al presente con un gran dolor de cabeza y un mareo que me hizo colocar mi mano en mi frente con fuerza. Respiré y posé la palma de mi mano sobre la llama de la vela, como si danzara junto a ella. Imaginé que en el momento en que mi mano tocara el fuego, sería el instante en que dejaría este mundo.

Y así lo hice, caí tendido sobre la silla y vi a Marie, como también a mis padres. Pero si este lugar fuera la otra vida, ¿ella se encontraría muerta? ¿Por qué rememoraba a mi familia, siendo que todas aquellas personas me habían olvidado en vida... y como si fuese una ilusión, todas se aferraban con el mismo entusiasmo con el que yo las amaba a ellas?

¿Mi ego me ha hecho poseedor de pensar que ellos preferirán vivir en la eternidad junto a mí, olvidándome que tienen sus propias prioridades en un interior, como padres, mascotas, abuelos o amores, a los cuales desearían acudir con la misma efervescencia que tengo de hallar tras mi muerte, en mis brazos, a Marie?

Si Marie está aquí, en este momento, ¿por qué no lo hizo durante su estadía en vida?

Y como si mi vida hubiese sido un libro con sus últimas páginas perdidas, me aislé en la idea de que mi ser solo era una parte en el interior de una gota en una cascada. Que no era capaz de alterar su cuerpo, su dirección y su destino al desprenderse de ella.

Entendí como si hubiese palpado, que no era el centro del universo, que el sol no giraba en torno a nuestra vida y que las estrellas lejanas no brillaban para guiarme; a pesar de que sabía con certeza que ellas habían muerto largo tiempo atrás. Fue como si por fin lo hubiese sentido por primera vez...

Como una historia de soledad que es leída una y otra vez, pero finalmente acariciada con el corazón, y con cada centímetro de la piel el día en que somos despojados en nuestra vida de toda atención que un día hubo por los seres amados.

Me acomodé en mi silla, recordando con felicidad cuán ridículo me tuve que haber visto en el momento en que te acercaste y me preguntaste si me encontraba bien. ¿Habré tartamudeado? Debo confesar que fuiste bastante valiente para no haber corrido. Bastante valiente para desnudar tu alma bajo la naturaleza, junto a mí...

Te agradezco por ello, por enseñarme que en cualquier instante nuestra vida puede transformarse en una emocionante historia que deseas que no termine jamás.

Pero, ¿cómo la terminaré de todas formas si hay hojas que faltan en ella?

Quizás mi deseo se cumpla y sea tal la razón por la cual jamás sabré el final. Porque no quiero que en nosotros haya un final...

El día de mañana intentaré encontrarte, lo prometo. Por hoy tan solo dormiré, deseando escuchar tu voz en mis sueños. Anhelando que tus más escondidos deseos se manifiesten en él.

Sí, hoy tan solo dormiré olvidando todas las teorías y esperando impaciente verte junto a mí.

Un haz de luz

11

No he olvidado la promesa que te hice el día de ayer.

Dicen antiguos proverbios que una persona debe hacer sus promesas luego de conciliar el sueño y dejar que el velo onírico esclarezca los pensamientos del corazón, pero ese jamás ha sido mi forma de tomar las decisiones sobre ti.

Cualquier camino que me guíe al sendero por el cual hayas cruzado, y permita que pueda verte un momento, lo tomaré sin pensarlo.

Soñé, durante la ataviada noche que viví ayer, con infinitos universos existentes, y ellos eran múltiples reflejos del nuestro, pero con una escalofriante noción, que en cada instante de mis sueños eran vivencias de otros “yo” en sus propios y únicos presentes.

En uno de aquellos sueños era capaz de volar, en otro moría en un accidente al caer por un risco. Y me pregunté si en aquel reflejo distorsionado de mi propia realidad podría ser como una habitación oscura, repleta de espejos de distintas formas, alterando en ellos las leyes físicas de los universos.

¿Pero por qué me basaba en una teoría como la que se basaron tantos hombres siendo la tierra el centro del universo? ¿Por qué no podía ser yo tan solamente un reflejo de otras realidades?, ¿y qué habría tras ese telar oscuro con sus espejos dentro?

En el momento de volver a recordar aquella idea sentí un escalofrío que recorrió mi espalda como un frío viento, y me pregunté cuántos “yo” en otros universos estarían soñando con mi vida en este momento, sintiéndose atormentados o magnificados por mi realidad.

Mirando su entorno sin control alguno de sus cuerpos, pero con la creencia de que sí lo hacen.

Pero la realidad era que mi presente era tan solo mío.

Tan normal y mundano, pero tan alocado y majestuoso para ellos, como eran los suyos para mí.

¿Podrían ser los sueños una puerta a otras realidades? ¿O algún día sería capaz de dejar de preguntarme cosas tan irreales y encajar en la sociedad con preguntas que me diesen una aceptación y un círculo de estatus social?

Creo que necesariamente necesito un gato. Un gato que hable y resuelva todos los enigmas del universo y me los susurre a mi oído. ¡Un gato que me enseñe el

sendero para encontrar a Marie!

Por la ventana pude ver el alegre cielo, tan celeste como el entusiasmo de Sophia al querer resolver el misterio de tu desaparición, aunque a pesar de que sabía que todo aquel color se debía a la luz y la humedad en él, quise pensarlo de todas formas de aquella manera.

Feliz como la sonrisa de Sophia.

Honestamente, me ha gustado comenzar este día con aquella frase.

Bostecé tan hondo como pude y levanté mis brazos pudiendo jurar que estuve a punto de tocar el alto techo de aquella vivienda. Cerré mis ojos al sentir la brisa de la soleada mañana de invierno y respiré tranquilamente, dejando escapar mis pensamientos para así evadirlos por un momento, murmurando solamente “Mmm...”

Sentí paz, el descanso del pensar que, inclusive, en los sueños me acechaba.

Pasaron los minutos y me sentí tan aliviado que quise retomar la rutina de mi vida anterior a Marie. Poder sentirme en paz otra vez, o por lo menos intentarlo.

Más tarde, al caminar por las verdes calles de la ciudad, y caminar cerca del río *Volga*, recordé a *Sherlock Holmes* y a Sophia. Me pregunté qué habría hecho él en mi situación y cómo encontraría a Marie.

El día se sentía como si todo hubiera estado hecho de granizo, pero a pesar de ello me resguardé en mi gran abrigo, que me protegió por todo el trayecto hasta la universidad.

A pesar de que la clase transcurrió como un parpadeo, no pude olvidar lo que mi entusiasta profesor dijo sobre la luz, y como ésta nos es tan importante para percibir nuestra realidad, he inclusive el estar vivos.

Me imaginé en el momento en que salía de la universidad, bajando por sus escalones y comenzando a caminar, como la energía de nuestro único sol que se agota. El hidrogeno en él, como su combustible se iba poco a poco, y el helio a su paso enfriaba cada vez más el imponente corazón de nuestra vida.

El sol comenzaba a tornarse rojizo, aumentando muchas veces su tamaño, y en las calles de *Samara* no existía ya la vida. ¡Las malas personas se habían ido!, como también las buenas...

Los árboles, como los animales, todo rastro de vida alguno en él.

Mis pisadas repercutían en ecos por las calientes calles, provocando que recordara a los gorriones del bosque que solía imitar junto a Sophia, cuando ella aún estaba viva...

Sentí nostalgia, extrañé la naturaleza en todo su esplendor, e inclusive a *Mofletes*, que solía mirarme de mala manera por las mañanas. Pero ahora creo que no eras tan rudo, ¿verdad, mínimo?

Vi en ese momento como el carmesí sol aumentaba aún más su tamaño,

sobrepasando la órbita de Mercurio y engulléndose en él, luego con la misma ralentizada rapidez, lo hizo con Venus.

Aquella esfera de energía agotada derribaba todo a su paso, y sabía que ahora era el tiempo de mi querido hogar.

Algunos mil millones de años habían transcurrido desde mi nacimiento, y me hizo contemplar cuán ridículo es nuestro avance, comparado a toda la majestuosidad de los millones de años que podría traer el porvenir desde mi ida hacia el futuro.

Entendí que tan solo somos recién nacidos, incapaces de entender lo más básico de la existencia, comparándonos a nuestro tiempo en la tierra.

Me di cuenta que no entendía nada aún de esta vida.

Al caminar por las desoladas calles, me sentí como un niño enojado y harto de su familia, que decide partir sin previo aviso, y al percatarse de la realidad que existe en la ausencia de ellos, desea volver, estando lejos, pero se percata de que no conoce el camino a casa.

Tuve un repentino mareo, y al retomar la consciencia, me encontré sentado en una banca con un fuerte dolor de cabeza, el día se había tornado nublado, y por ver la posición de lo que restaba del sol, Sophia debía encontrarse impaciente por resolver nuevos misterios.

Un cálido abrazo

12

Al ir hacia mi hogar, decidí detenerme un momento y acudir a ver a Sophia; algo de mí la extrañaba con demasiada.

Al tocar la puerta recibí una grata sorpresa al ser recibido por sus abuelos, que me dijeron con entusiasmo:

— ¡Mark! ¡Qué alegría verte! Pero antes que todo debo contarte un secreto.

Continuó en voz baja, como un inocente niño y me dijo:

—Ven, acércate... ¡Sophia no se ha quitado tu boina desde que se la diste! Es tan feliz... Dice que ahora será una futura detective. Me alegra que salga contigo y que conozca nuevos lugares.

No puedo negar que amo como un demonio a este hombre, ¡tan envejecido, pero feliz, inclusive de los malos momentos! Un hombre sabio por sobre todas las cosas.

Lo abracé como por instinto, lo necesitaba, lo extrañaba...un abrazo de alguien tras un largo tiempo que fuera capaz de llenar esos vacíos del amor.

Luego de ello, le comenté sobre Sophia.

—Ella es tan inteligente que quizás sea la jefa de todos los detectives en el país. Hoy la imaginé a ella resolviendo casos junto a su nueva mascota. A todo esto, ¿cuál es su nombre?

El abuelo de Sophia me invitó a sentarme en la cálida habitación, por la chimenea, donde me entregó su abuela unas calientes galletas que habían cocinado.

—Esperemos que Sophia te diga su nombre, ¡ahora se encuentra secando su pelaje del gran baño que le dio!

Luego de unos minutos, Sophia vino junto a su mascota y con su boina sobre su cabeza.

— ¡Mark, qué sorpresa! —exclamó con emoción y continuó—: ¡Los escuché desde la bañera! Su nombre es *Pelusas*, porque parecía ser una gran pelusa cuando lo encontramos.

Sonreí y le comenté:

—Ahora parece una torta de manjar.

Sophia expresó con furia, pero luego rindiéndose y riendo.

— ¡No seas cruel! Él es hermoso.

Al disiparse esas palabras entre la calidez del té, el día se esfumó como un suspiro, o como la sedentaria visión que propagaban mis ojos en el querer continuar con una posible teoría que me llevaría a sus brazos o a la amarga locura. Pero lejos de aquellas dos probabilidades, solo me tumbé, luego de percibirme exhausto, dejándome llevar por un sueño, al recostarme en mi hogar. Pero en este me hizo pensar que, mientras caminaba entre las nubes se me desbordaba una duda. ¿Marie estaría en el paraíso?, ¿en otra dimensión?, ¿o estaría tan solo a unos pocos kilómetros de distancia de mi hogar?

Desperté y me sentí harto de las intrigas de la vida, ya que ésta me tenía como prisionero en una celda, por lo que decidí levantarme y anotar los posibles acontecimientos de los sueños premonitorios, para entender si Sophia finalmente tenía razón.

Aunque me entristecía el encontrar estas respuestas a mis preguntas, veo que será algo que debo hacer por ella. Debo encontrar el camino que ha seguido.

Sophia obtuvo un sueño, el que le enseñó el futuro de Marie por primera vez, entonces

¿fue su inconsciente el que le dio un ambiente aleatorio y correcto de los sucesos futuros, manifestándose en sus sueños?

¿El sueño de Sophia fue una probabilidad de hechos?

Ilusiones.
~~Desesperación.~~
Esperanza.
Vida ~~o~~ muerte.

La iluminación y el encuentro con nuestras respuestas más profundas.

¿Será ello el entendimiento completo de nuestro profundo ser?

¿Qué sucederá cuando un humano pueda ser capaz de ser libre de esa atadura y tener el control de esa pieza maestra?

¿Podré encontrar a Marie dominando ese insostenible conocimiento?

El reino espiritual es incapaz de probarse a través de estas sugerencias...

!incapaz!

¿¡Eso es lo que querías buscar, Mark!?! Mira tus manos, observa como tiemblan y como tu escritura desfallece entre esta hoja y el lugar donde está Marie. El lugar donde no está...

¡Acabo de pensar que está muerta, Dios mío!, y que jamás la encontraré...

No...

¿Eres ~~incapaz~~ de buscar una respuesta certera? ¡Encuéntrala, Mark! Haz algo correcto en tu mísera vida. ¡Vamos, piensa!

¡No llores! ¡Con ello no solucionarás nada!

Piensa, viejo amigo... tú puedes encontrarla.

¿El reino de Dios es tan majestuoso, que nuestras pobres mentes jamás podrán entender su creación?

Luego de dejar el lápiz y la hoja para dormir, y permitirme por un segundo no herirme más con tantas preguntas, el sonido de un violín comenzó a esparcirse por toda mi habitación. ¡Quién demonios toca tal instrumento a las dos de la madrugada! ¡Quién es el bendito que aleja mis pensamientos y me induce a dormir en una bulliciosa y melancólica paz!

Caí rendido por la magia de *Bach*.

Dios se había alejado de mí o, quizás, era yo el que se había alejado de él.

Mis latidos se habían calmado. Me sentí como cuando me informaron que mis lejanos padres se encontraban muertos.

De pronto, un leve hormigueo comenzó a recorrer mis brazos, hasta que subió por mi frente, y mis ojos que ya estaban cerrados, los sentí adentrarse poco a poco, hasta que... aprecié un bosque totalmente gris y olvidado. Experimenté el frío de esa tarde congelando mi musculatura, la soledad adentrándose en mi irreparable alma y... el miedo. Vi mis manos, y las toqué notando que era consciente y dueño de aquel presente.

Vi un auto marcharse en la oscura carretera, en un sitio plagado de monstruos y fantasmas, como también de gente mala. ¿Mis padres lo serían?

Entendí, de pronto, que eran ellos y estaban vivos.

Las fuerzas de mi cuerpo se habían desvanecido, desperté con mis manos sudorosas. Era de madrugada, pero aun así pude escuchar el violín a través de la pared, otra vez.

Caminé hacia ese sonido en la oscuridad, con mi corazón aun latiendo por aquella pesadilla y noté que el ruido comenzó a hacerse cada vez más calmo, hasta no escucharse para nada. ¿Habría sido mi imaginación?, ¿o una alucinación?

Si las alucinaciones en los sueños fueran parte de la evolución, ¿por qué razón nuestro cuerpo atrae peores pensamientos y sensaciones, cuando el cuerpo antes de tener un reparador sueño ya estaba de esa forma?

Tal vez, es una manera en el que me enseñe cuan dañado he estado y cuanto dolor me he causado a mí mismo, para así recordarme el equilibrio de mis sentimientos y

no continuar con ello más, en mi vigilia.

Siguiente Día.

13

El siguiente día escuché como el amanecer respiraba y exhalaba sus nubes por todo *Samara* y como los pájaros volaban sobre las techumbres, aconteciendo sin el agobiado pensar.

Me levanté, y gracias a mis últimos pensamientos supe que debía encontrar el equilibrio, un aviso, una prueba de lo que podría llegar a sentir en mi vigilia si no tomaba con seriedad la naturaleza de mis sueños.

Gracias a ello, antes que atardeciera, fuimos junto a Sophia al teatro.

¿Cuánto habría acontecido desde ese celestial día?

Al comprar las entradas a los jóvenes, fuera del teatro, busqué a Marie, pero sin sorpresa ya que me encontré solo con sus compañeros.

Entramos y tomamos asiento, Sophia parecía tan emocionada como una niña de su edad, algo extrañamente escaso en sus emociones rutinarias. Cuando la función comenzó y el telón se abrió, una pareja empezó a bailar en un glacial cosmos que estaba situado a través de ellos. La sala era tan oscura, al igual que la materia y energía que componía el escenario del universo. El piano comenzó a sonar tan grave como el violonchelo.

Cuando aquella pareja que bailaba sin cesar alguno, sostuvieron sus brazos, observé como sus rostros se acercaban lentamente, ¡mientras el cosmos detrás de ellos se movía con el ritmo de sus movimientos!

Cuando estuvieron a punto de besarse, experimenté, llenando mi pecho de aire, y vi el universo detenerse. Una lágrima estaba a punto de descender de mis ojos.

De pronto, vi que una increíble fuerza los había separado, y el cosmos empezó a desatar una incontrolable furia, yendo a una velocidad que le hizo transformarse de azul a púrpura, ¡luego de una infinidad de colores, mientras ellos intentaban colocarse de pie y enlazar sus manos!, pero... la energía era tan fuerte que los separaba a más distancia, hasta que todo se volvió oscuro y el cosmos desapareció como ellos mismos.

Miré preocupado entre la oscuridad y escuché llantos provenientes de aquellos danzantes, que no existían ya más. Oh, aquel joven aparecía en una concurrida calle, no más como un danzante en el cosmos, sino que fue despojado de todo su hermoso mundo. El joven buscaba respuestas, y como un descanso de la tristeza,

el joven comenzó a hablar con su buen amigo, un viejo y gracioso hombre, en las concurridas calles de *Moscu*.

— ¡Debo encontrar a mi amada y no sé cómo hacerlo! —exclamó el danzante.

Cuando el joven dijo ello, salió la esposa de su viejo amigo, que estaba sentado en las afueras de su hogar, mientras le escuchaba decir al avejentado hombre:

— ¡El saber cómo piensa una mujer es como el entender la mente de un genio!

Su esposa temerosa le respondió:

—Esposo, si tan solo me escuchar...

El hombre la interrumpió y expresó con todavía más fuerza:

— ¡Oh! ¡Qué majestuosas criaturas!

La mujer intentando que él le prestara atención le comentó:

—En realidad...

— ¡Wow, esposa mía, eres un hermoso misterio!

La mujer entro rápidamente a su hogar, sin querer perder más su tiempo, y el viejo

tomó su gorra, riendo y acariciándose su gran panza, diciéndole al joven:

—Ahora que se ha ido esa mujer, te diré la verdad. Para encontrarla, debes pensar como ella, y para eso debes entenderla.

El joven le preguntó:

— ¿Y cómo puedo entenderla?

El viejo le respondió:

— ¡Dímelo a mí! ¡Je! El que entienda a las mujeres, entenderá el universo, je, je, je.

Toda la multitud en el teatro carcajeó, mientras el joven continuaba, diciéndole:

— ¡No eres de gran ayuda, viejo amigo!

El viejo, mientras acariciaba su panza llena, con el sol posándose en ella, vio soltarse por los aires un botón de su camisa con tal velocidad, como la de un cometa.

— ¡Ups! Je, je. Quizás mi experiencia pueda servirte, pequeño danzante. Nunca te enamores de una mujer que ama a los gatos, están todas locas. ¿A ella le gustaban los gatos, verdad?

el joven danzante le preguntó:

— ¿Cómo sabes eso?

—Porque si le gustan los gatos, amaré su desprecio, el daño que le hace, y solo los querrá porque son peludos y de hermosos gestos físicos. En cambio, pequeño danzante, si le gustan los perros, amaré la fidelidad, la confianza y la bondad, y no le importará si eres feo como un demonio. Con una de ellas debes casarte.

El joven danzante enojado, le dijo:

— ¡Yo tengo un gato y es tan fiel y cariñoso como un perro!

El viejo le devolvió:

—Bueno, ¡quién entiende a los gatos también, je, je, je!

La multitud carcajeó y un hombre lo hizo tan fuerte que su cara se tornó rojiza, volviendo a contagiar a muchos en el oscuro salón.

El joven, harto de ello, corrió por las calles, hasta que todo se oscureció. La audiencia suspiró profundamente al ver cómo había llegado a una especie de lago, donde el agua se mantenía por una hermosa estructura de musgo y cuarzos. Aquel danzante se sentó en el musgo, mientras miraba el universo sobre él, que se había reflejado en el agua. Extrañaba con fervor a la mujer que amaba, y en el momento en que se iba a dejar caer, dormido por el cansancio y el agobio, una lágrima de sus ojos cayó sobre el lago, rebasándolo. El agua atrajo al joven, y todo el escenario volvió a oscurecerse, hasta que se vio a él mismo bajo el agua, donde todo comenzaba a tornarse una vez más, como el universo.

Se levantó y vio a su compañera entre las constelaciones. Sonrió y bailó junto a ella al profundo ritmo del piano y el violonchelo, besándose finalmente y causando con ello el nacimiento de hermosas galaxias.

El telón se cerró y la gente aplaudió, algunos derramaron lágrimas, pero yo... yo me quedé tan pensativo que no pude escuchar más por algunos largos minutos.

Al volver a mi realidad, escuché una débil voz y un zumbido que comenzaba a hacerse un poco más fuerte con el paso de los segundos.

— ¡Mark, debemos irnos! ¿Qué sucede? ¡Mark!

Sentí un escalofrío, e instintivamente me abracé a mí mismo en busca de calor en ese frío anochecer. Reflexioné en el joven sin poder evitarlo. «Veras, mi dulce Marie, necesitaba un tiempo, como el momento luego del término de una hermosa canción, o de un lindo gesto, o la obra de arte que hizo la vida al toparme contigo.»

Solo recordararlo una vez en mi mente, solo una vez más...

— ¿Mark?

Percibí al universo dentro de mí, el lago de musgo, su húmedo relieve... los cuarzos reflejando el alma de mi dulce Marie... hasta que todo se desbordó y vi a Sophia tirando de mi abrigo, exclamando:

— ¡Mark, reacciona!

El teatro estaba completamente vacío y la poca gente que se estaba yendo, a esas alturas nos miraba con preocupación.

¡Cuán irresponsable era mi actuar al haber estado junto a Sophia!

—Perdóname —le dije, viéndola a sus ojos, y continúe dándole mi mano para que saliéramos de allí—. Ven, debemos marcharnos —agregué.

— ¡Eso es lo que te he dicho durante minutos, Mark!

En vez de enojarse, luego de sus palabras, encontró algo cómica la situación,

mientras caminábamos a nuestro hogar. Pero evitando el arruinar su sonrisa con aquellas preguntas del porqué, le pregunté dónde creería que estuviese Marie. Y me respondió, haciendo un lindo gesto con su rostro.

—Bueno, he pensado en ello durante bastante tiempo, y creo que tan solo cometió un error, como el que cometemos todos al intentar conocer más a fondo a las personas, cuando logramos decepcionarnos al ver que la idea que teníamos desde un comienzo era totalmente distinta a la realidad. Creo, sinceramente, que no quiere que la encontremos. Sabes, Mark, no todas las cosas son como creemos que son, hay algunas que debemos dejar que tengan su propio curso y no apoderarnos de su propio destino.

Al oír sus ideas proliferar con honestidad, me negué por primera vez a dejar que mi esperanza discutiera con la idea de Sophia. Comencé a aceptar sus conocimientos y a estar agradecido por brindarse el tiempo de alimentarlos e instruirme en cosas que nunca había oído.

Es hermoso cuando dejas de imponer ideas en palabras y acciones, simplemente escuchas y escuchas... oyendo cosas que nunca habías podido percibir con el constante ruido de tu propia voz interior, negando todas las posibilidades y enorgulleciéndote de ello.

Y creo que Sophia agradeció aquel acto, y me dijo con su cariñosa bondad:

—Pero cual sea la decisión que haya tomado tu amiga Marie, de igual forma la encontraremos, sea en su habitación, sea en París o en Mongolia.

Al escuchar eso último, le pregunté:

— ¿Mongolia?

Me miró como si fuera a decir algo irónico y travieso.

—Este es un mundo muy loco, detective Mark...

Cuando llegamos quedaban los últimos minutos de luz, por lo que me despedí de Sophia, diciéndole:

—Creo que iré en la travesía al polo norte que tanto había deseado y comentado a tus abuelos, quizás no esté aquí durante algunos meses, o un año.

Mientras transcurría el tiempo en cada palabra que le relataba, su rostro se volvía más serio y triste.

¿Cómo podemos seguir nuestros sueños, cuando ello significa abandonar en gran forma por un largo tiempo a las personas que queremos? ¿Pero qué sería de mi vida si no iba hacia aquel lugar?

Debía ir...

Sophia derramó lágrimas y me abrazó con todas sus fuerzas, para luego correr dentro de su hogar. Y en ese instante entendí la valentía del sacrificio, el rechazo de una felicidad por algo mayor, algo que no perdería por querer llenar vacíos de aventura y una alegría distinta, la que he idealizado en mis sueños. O tan solo es

una oportunidad para huir de la realidad, de la indiferencia de Marie y el ridículo de mi actuar.

Un violín de madrugada

14

Un orden que me ha hecho sentir que soy tan pequeño e insignificante, olvidado en la oscuridad. En el que el destino no existe.

¡Al escribir esto me siento como si cavara mi propia tumba, mi vacío, del cual no pudiera volver a resurgir jamás para ver el tenaz cielo sobre mí!

¿Pueden ser mis estudios la clave para hacerme entender que, en realidad, Marie... mi querida y dulce Marie, fue tan solo una respuesta a mi desolada y descontrolada vida, sin un destino al cual resurgir, para así intentar vivir en equilibrio?

¡Qué has hecho, inconsciente mío!

No puedo dejar de caminar y golpear con cada paso el suelo con fuerza, solo queriendo lograr que un golpe de una vez por todas ¡me despierte de esta malísima comedia!

Oh, Sophia, ¿será otro invento mío? ¿*Pelusas*? Pero... No, mi Marie, tú no, ¡no me abandones otra vez! Solo háblame como en el teatro, como en el bosque, como cuando me besaste por última vez.

Y si tan solo es un mal día o... ¿quizás, he entrado en un coma por el elevado espiritualismo que he alcanzado gracias a Marie? ¡Sí, de todas maneras es eso!

No... ¡Maldito violín!

Volviendo a sonar, de esa horrible y avejentada pared que todos han abandonado, que nadie ha querido conservar y cuidar como... como yo.

Comencé a reír como un desquiciado, mientras la sonata bailaba de un lado a otro, hasta que empecé a ver mis manos que temblaban al ritmo de ese violín. Me apoyé de rodillas hacia la pared y puse mi oído en ella, entreabriendo mi boca y respirando grandes bocanadas de aire.

Cerré mis ojos por el sudor que me traía este nerviosismo, y la música se volvió más calma, pero con más intensidad. ¡Era como un enamoramiento!, ¿pero cuál de todos?

Algo hizo que me levantara, y comencé a raspar con mis dedos la pared, cada vez más fuerte. Era como si un calor satisfactorio se adentrara a través de mis venas, mi piel y mi ser.

¡La música en un instante se detuvo! Por lo que posé mi oído en la pared para escuchar con claridad y cerrar mis ojos ya más en paz.

...

Era tan solo silencio, bendito y hermoso silencio, ¡tan pacífico!, hasta que empecé a pensar y arruiné esa hermosa creación que tanto sufrimiento me había costado.

Me senté exhausto, cuando frente a mí cayó un cabello y vi que era el de Marie. ¿Estaría ella en este lugar?, grité con fuerzas, mientras me levantaba y caminaba descalzo por mi hogar.

¿Marie estás aquí?.

Al llegar hacia la ventana, vi a través de ella el iluminado día, vi personas felices, como también parejas, padres e hijos, mascotas y dueños, y todo yendo hacia su curso, mientras algo extraño ocurría dentro de mí, algo que estaba a punto de quebrantarse.

Vi el cabello de Marie en la luz de la ventana, como relucía en el sol, como si el resplandor quisiera apoderarse de él. ¡Es mío!, le grité a la luz.

En ello, contemplé como un cabello, desde lo más alto del cielo, cayó hacia mi mano, y era otro de Marie.

Al tocar mi cabeza sentí como se caía mi pelo, y al ver de nuevo a mi mano, solo había dos cabellos míos depositados en ella.

Respiré una y otra vez, teniendo mis ojos enrojecidos en la oscuridad de mi habitación, pero volví a sentir esa presión en mis ojos, como en la de mi sueño... sin embargo sabía que ahora estaba despierto.

¿Y si, quizás, soy un anciano, recordando un antiguo amorío, en una vida que ya no está más en su realidad?

Volví a ver mis manos y éstas estaban secas y agrietadas, como una vieja pintura de doscientos años. Comencé a toser, mi espalda dolía, como también mi pecho y mis caderas. Mis rodillas no aguantaban ya mi peso, y ello me hizo pensar que todo mi cuerpo colapsaría de un momento a otro.

Mi voz raspaba como un violín sin brea... Me había convertido en un hombre loco, que nadie recordaría luego de su muerte. ¡Un anciano que no aceptaba que los años han pasado por su vida! ¡No!

¡Eso, eso es!, me dije, al ver como mis manos eran jóvenes otra vez. ¿Tan loco estaré?, ¿tan frágil como un pétalo es mi cuerpo, al igual que mi corazón, cuando Marie tan solo dio un soplando con sus palabras y logró quebrarme en mil pedazos? ¿Tan frágil es mi mente...?

Caí rendido al suelo, con mi bandera blanca flameando sobre mi derrota, exclamando: ¡Necesito despertar!

Golpeé la pared y el cuadro de Marie, con su rostro estropeado, caía al suelo, pero sin importarme ya lo dejé donde estaba. Pero cuándo una gran respuesta se ha hallado en el fragante orden, ¿dónde todo está a la luz y nada se está oculto?

¡Debo indagar en el desastre para encontrar la gloriosa respuesta que busco!
Me levanté con mi abrigo que llevaba todavía los pelos de *Pelusas* sobre él, y tomé el papel. Comencé a caminar sobre la madera de mi hogar, y una idea me hizo sonreír, como el trastornado en el que me estaba convirtiendo. La anoté, subrayándola un par de veces, y no mentiré, me sentí como *Giordano Bruno* desafiando al mundo.

La teoría de Marie.

No me rendiría jamás a tu teoría, ni siquiera aunque mi cuerpo fuera quemado y mi alma trascendiera por los cielos, porque ¡sabía que algún día la verdad se revelaría!

¡Santo Dios, como toca *Bach* esta virtuosa melodía!

Caminé y caminé anotando ideas, mientras imaginaba que un pequeño haz de luz tocaba a mi puerta, queriendo abastecer mi propio salón de una música que jamás había observado. Ésta me llamó por mi nombre, y le dejé entrar, sin saber lo que haría en mi pequeño mundo. Un lugar donde el cariño verdadero no existía, donde la luz no solía posarse en ningún lugar, pero en el que ahora podía sentir el haz de todos los colores dentro de mi habitación. Era algo de lo cual jamás podré discutir. Y me pregunté, ¿cómo es que puede un haz de luz producir aquella música e inducirme a observarla, siendo que jamás he logrado observar la música con anterioridad?

No se necesitaron respuestas para observar aquella melodía que fluyó por todos los lugares, ya que pude entenderlo desde el primer segundo en que sentí todo ello. Pude tocar el alma de la vida y ver que, al igual que pude observar la música, pude sentir la crudeza del amor. Pude verla, pude oírla y sentirla. ¡Era mi dulce Marie, su luz, su aroma, su música, su alma y su piel! ¡Era ella!

Las mariposas quisieron entrar en aquel lugar, los gorriones visitaron los antiguos cuadros biselados de mi ahora hermoso paraíso, como si algo celestial los atrajera, como si ese haz de luz, que solo se posaba en mí, los llamara sin hacerlo, realmente.

¡Todo parecía intensificarse! Aquella luz me enseñó que siempre iba a estar junto a mí. Pero al despertar de ese trance, me encontré con el anochecer, y al sentarme en la ventana, contemplé el ardor que tiene la ciudad en el crepúsculo, logrando sentir el álgido aire inundar y recorrer mi cuello, como si algo me quisiera arrancar gentilmente el respirar. ¿Serías tú, amor mío?

No, no... Posé mis manos en mis ojos y desenredé aquella soga que me impedía descifrar todo este enigma. Con posterioridad, tomé el libro envejecido sobre la piratería y comencé a leerlo otra vez en la ventana de mi habitación.

Hice una pequeña pausa.

Respiré entre el glacial aroma de la ciudad que olía como a cemento seco y a

metal congelado. Cuando abrí el libro y comencé a hojearlo y a olfateé el aroma que expelía su olor descompuesto a través de los años, percibí que era completamente extravagante y elegante.

Comencé a tocar con mis yemas las derruidas hojas, que como notas de un piano, señalaban el almendrado pasado que resurgía. También la vainilla, rodeando las letras, junto a un ligero perfume floral, del cual para sentirlo, tuve que acercarlo aún más, para percatarme de ello. Pero algo me alertó, ¡cuántos fumadores desprendieron su humo sobre él! ¡Cuántas fragantes flores se prensaron en sus páginas! ¡Cuántas cartas de amor y cartas de miseria o ira se hallaron dentro de él! ¡Oh! ¿Cuántas noches de pasión presenció? ¿En cuántas propuestas de amor jovial, o a un casamiento fue durante aquellas travesías, como en las antiguas caravanas medievales?

O tan solo estuvo en las manos de un rey o reina que lo mantuvo sobre sus pechos, como el recuerdo de su verdadero y primer amor, que jamás pudo estar junto a ellos por el deber de conllevar el linaje real.

Quien lo sabe. Ahora solo sé que este desafortunado libro es a mí a quien acompaña.

Noté que mi ánimo había cambiado, ya que el violín no sonaba más y Marie parecía ser solo una estrella más en mi firmamento.

Una pista entre la balanza

15

Al caer dormido, en la séptima constelación, me sentí reposar en la balanza de la dama de la justicia. Ella estaba con sus ojos vendados y con su espada a su costado, mientras solo el universo observaba como testigo ese juicio.

Sentí el mundo caer hacia mi izquierda, seguido de un destello que me llenó de temor, el que se posó en el otro lado. Sentí el frío oro de su balanza y como me resbalaba de ella hacia lo que parecía el vacío.

¡No!, le grité con todas mis fuerzas, ¡debo ver a mi dulce amada una vez más! Pero nada resultó y caí al vacío.

Desperté con Marie durmiendo a mi lado en el bosque. Ahí estaba su hermoso rostro, su cabello como un telar... ¡Pude ver la música que emitía su ser!, como también podía oír su belleza en ese momento.

Cuan cierto y bendito estaba en ese instante, porque ¡siempre había tenido razón! Pero algo comenzó a cambiar, no podía controlar mi cuerpo, algo dentro de mí me empezó a provocar satisfacción. No... No... ¡Qué era lo que hacía!

Comenzaba a estropear aquella música, cortando las cuerdas y opacando el sonido. El cuello de mi querida Marie empezó a sangrar descontroladamente, mis manos se empapaban y muy lentamente cortaba pequeños trozos de su cabello, y apartaba su abrigo, enterrándola a ella cerca de un árbol de nogal, con una oscura piedra a su costado. Luego, me limpiaba las manos de aquella escena y me arrojaba, posando el abrigo sobre mí, durmiendo en la eternidad del momento. Y cuando desperté de aquel sueño, me pregunté si realmente había asesinado a Marie.

Aquello explicaría todo...

¡No!

Mi profundo ser atrajo las pistas, resurgiendo recuerdos que tal vez habría olvidado.

Era medianoche aun, pero a pesar de ello me vestí, comiendo a la misma vez un poco de emparedado viejo que se encontraba sobre mi mesa, y viendo las hojas desparramadas que contenían todas mis ideas.

Corrí hacia al bosque como un secuestrador o un psicópata siendo descubierto en medio de la noche, en busca de una golpiza. Al llegar al bosque, excavé con mis manos el lugar donde recordaba el haber enterrado a Marie en mis sueños y, Dios Santo... mis manos enrojecieron, la piel llegó a deprenderse y la tierra se había

adherido a su carne. Entre lágrimas, encontré algo duro al fin de todo ello, por lo que empecé a llorar y a temblar, excavando con tanta fuerza, una y otra vez. Y con cariño, quité la tierra de la superficie de mi horrible actuar, encontrando tan solo una gran y larga raíz de aquel árbol de nogal.

Me senté con mis manos entumecidas y reí por mis propias teorías, y donde éstas me habían llevado .A un pequeño bosque, con las manos magulladas en la media noche, excavando gracias a una distorsión de mis recuerdos y temores más escondidos. Pero el sentir de aquel sueño, fue tan real que me hizo cuestionar cuales eran mis verdaderos recuerdos...

La flor y su amiga paloma.

16

Sophia y yo fuimos a buscar pistas por la ciudad, cuando caía el atardecer. Ella mencionó que si les preguntaba a los empleados del teatro, quizás estos le podrían brindar ayuda para encontrar a Marie, diciéndoles con tristeza que era su hermana y se encontraba perdida.

Me senté lejos de aquel lugar para no tener algún recuerdo que empobreciera el feliz día que estaba aconteciendo junto a Sophia. Ella no merecía que le hablara con tristeza. Aunque luego de decirle aquello, me dio una mirada fría por haber querido alejarme tanto de ella. Pero era lo mejor a arruinar todo por un pequeño capricho.

Comencé a leer un pequeño libro que guardaba en mi abrigo, y cuando repasé las primeras letras, observé a una paloma que picoteaba su pelaje, al parecer, con pulgas en ella. La gente que merodeaba a su lado la espantaba, como si aquel ángel escondido en tan pequeño cuerpo invadiera algo suyo. Vi su imponente movimiento dirigirse de un lado a otro, y aun así seguía siendo rechazada por vivir en el mismo lugar que ellos vivían.

Evoqué a *Pelusas* buscando alimento, el que los humanos arrojaban como basura por las calles y el que no se dignaban a levantar, propagando enfermedades por esta hermosa ciudad de *Rusia*, y culpándole a él de la expansión de aquella oscuridad.

La paloma comenzó a extender sus alas con tristeza ante el rechazo, y el ego proveniente de humanos que portaban un sinfín más de enfermedades que aquel celestial plumaje en busca de la supervivencia, limpiando lo que aquellos seres ególatras arrojaban, ensuciando a propósito su propio vivir.

Observé, además, que la paloma acariciaba una flor que nacía entre las grietas y extendía sus pétalos entre aquel seco y sucio ambiente que le proporcionaban las personas, tan solo necesitando alimento y agua. Pero sobre sus pétalos habían pequeños insectos que proliferaban, como los que habían al interior del plumaje de aquella paloma.

Respiré profundamente y entendí por qué aquella paloma amaba tanto a aquella flor, y a cada ser viviente que intentaba resurgir en las ciudades que un día fueron hermosos bosques, ¡era porque tenían el rechazo y la esperanza en común!

¿Si las personas solo destruyen aquellos seres por sus enfermedades, pero

muchas veces defienden a una flor que es capaz de ser muchas veces más mortal que ella, qué habría en sus mentes más que una ira escondida?

En el instante en que una mujer cercana a los treinta años salió de su tienda de joyería, se dejó ver con el ceño fruncido, mientras intentaba espantar con su escoba a la paloma con intención de herirla.

De pronto, vio aquella flor que crecía entre la acera destruida, y como en sus pétalos habían insectos. En el momento en que la modesta mujer estuvo a punto de pisarla y destruir toda la vida que surgía en ella, tantos meses en que fue tan solo una semilla, luchando por intentar resurgir donde nadie más pudo, escuchó desde detrás que la llamaban por su nombre.

— ¡Señorita Judith, debe atender a este cliente!

Y frente a ello, corrió rápidamente hacia aquella tienda de joyas.

En ese momento me levanté y caminé sin pesar hacia la acera y tomé la flor. La paloma comenzó a verme sobre el local de aquella señora y me siguió hasta una plaza donde logré plantarla con sumo cuidado.

Sentí como me separaba de la ciudad y todo a mí alrededor se cernía en una idea. ¿Si nos empeñamos en destruir el equilibrio exterior, cómo esperamos reparar el de nuestro interior?

Contemplé mi entorno con extrañeza, una vida que había tardado meses en surgir iba ser arrebatada, junto a un pequeño mundo de insectos en sus pétalos, como si un bebé fuera descartado por una tos, o tener piojos sobre su cabello. ¿Cuándo entenderíamos la poesía, en vez de tan solo recitarla de memoria? ¿Cuándo entenderíamos la empatía, el amor al mundo, a nosotros mismos... en vez de tan solo recitar todo lo que creemos saber a la perfección para lograr aceptación?

Mi mundo se expandió, y vi como mi dedo comenzaba a sangrar profusamente en aquel nublado día. Pero nada de ello importaba ya, todo el conocimiento aprendido y el bienestar de aquella flor valía el morirme desangrado.

Sentí el olor del césped húmedo y el del anochecer llegar. Pensé en lo lindo que era ese día, y como nadie más se había percatado de aquella situación, el mundo seguía su curso, como yo seguía el mío... Hasta que pensé en Sophia, y... ¡Diablos!, me debía estar buscando.

Corrí hasta el lugar donde ella debía estar, pero no la encontré por ninguna parte. Mi pequeño antídoto para la tristeza, que me hacía sentir tan feliz en este mundo, ¿dónde estaría?

Algo me tiró de mi abrigo, cuando el anochecer se apoderó de los edificios y las personas, como una sábana oscura cubre a un pequeño niño en su dormir.

— ¡Mark! —me dijo entusiasmada tras de mí.

—He encontrado algunas pistas que nos podrán ser útiles, pero debemos marcharnos, ya que si te ven conmigo, sospecharán que andamos juntos en su

búsqueda y pueden delatarnos.

Sin poder creer lo que decía, le respondí:

—Oh, claro, ¡sí! Vamos, alejémonos, pero...

— ¿Pero? —me preguntó, caminando rápidamente.

Le enseñé mi mano que sangraba hasta mi muñeca.

— ¡Mark! ¡Dios mío, toma esto! —expresó, sacando una pequeña tela de su bolso y cubriendo la herida con ella.

—Solo presiona la herida hasta que lleguemos a nuestro hogar, y rapido, “sin excusas, detective! —Y cuando finalmente llegamos, todo era oscuro, a pesar de las estrellas y las velas eléctricas que se encendían con el anochecer, entre las altitudes de cada calle.

— ¡Abuelito! —gritó Sophia mientras tocaba con fuerza la puerta de su hogar.

Tras un segundo él salió y vio como Sophia sostenía mi mano ensangrentada, para con posterioridad adentrarme en la casa como un paciente a punto de morir.

Luego, me sentaron y limpiaron la herida, al tiempo que el abuelo le pedía:

— ¿Puedes ir a buscar un poco de suero, mi pequeñita? —Al cabo de un instante sentí como tocaba mi carne con la aguja y la cocía rápidamente, consiguiendo que yo exclamara de dolor cuando él ya había terminado. Y me miró, golpeando mi hombro y diciéndome—: Lo has hecho bien, Mark, tal como lo hubiera soportado mi hijo.

No... No quería que se volviera nostálgico. Muy por el contrario, debía ocurrírseme algo para estampar una sonrisa en aquel envejecido ángel.

—Y su esposa, ¿no está en el hogar, señor?

Pero antes de poder decirme algo, Sophia llegó con el suero y limpió mi herida, diciéndome:

—Está durmiendo, sus ronquidos hacen tronar la alacena en la cocina, ¡es increíble! Mira, Mark, ven.

Su abuelo la detuvo y le sugirió que debía ir a dormir para poder ir a la escuela sin problema alguno, por lo que me tuve que marchar rápidamente, despidiéndome de ellos y de *Pelusas*, que dormía con sus ojos entreabiertos.

Quizás, sea lo mejor. Así Sophia analizará las conclusiones de las pistas que haya logrado capturar en aquel lugar. Pero antes de marcharme, vi que sostenía un violín y lo llevaba a su habitación, por lo que le pregunté:

—Sophia, ¿es tuyo aquel violín?

—Sí —me respondió, sonriendo, al tiempo que formulaba—: ¿me has oído tocar las melodías de *Bach*?

— ¡Claro! Algún día deberías enseñarme.

No pude decirle cómo su manía de tocar en la madrugada me despertaba y hacía que debido a ello mis sueños cobraran algo de realidad, como cuando dormía

bajo la luz de la luna llena en mis antiguos días.

«¡Creo que hablo como un anciano!», pensé, evocando mis antiguos días de guerra...

Una sonrisa entre muchas.

17

Al siguiente día, desperté algo intranquilo y con la idea de que la familia *Thompson* también hubiese sido parte de mi irreal realidad. Por lo que me vestí, comiendo luego lo que encontré, y antes de marcharme, miré por la ventana, alegrándome del tenue sol que inundaba la ciudad.

Respiré un momento... y sentí el aroma del cielo.

Cuando fui a la casa de los *Thompson*, decidí llevarles una hermosa taza de té que tenía guardada, encontrándome con el pequeño Adrián atendiendo a la puerta. ¡Cuán curioso era que fuera una familia numerosa y cada uno de ellos tuviera más amabilidad que otras familias juntas!

Al saludarme el pequeño Adrián, vi como la hija de su padre aparecía, como aquel día en la habitación, mientras el señor *Thompson* fumaba su larga pipa, expeliendo el humo del tabaco de ella.

— ¿Se encuentra, por casualidad, su padre? —inquirí algo nervioso.

—Sí —respondió el niño con una mudez increíble, y diciéndole después a su hermana—: ¡Ve a llamar a nuestro padre! —Pero cuando exclamó eso, la vi a ella detenidamente y ella me vio a mí. No podía apartar su mirada de la mía.

Al llegar su padre, me saludó con sus brazos abiertos y me invitó a cenar. Pero tan solo pude responderle de forma tímida.

—Solo he venido a traerles este regalo para agradecerles por su gran ayuda.

— ¡Patrañas! ¡Tonterías! —exclamó, continuando—: No hay mejor regalo que la compañía. Así que ven y toma un té con nosotros, joven Mark.

—Verá... tengo poco tiempo y...

—Nada de eso, es mala educación aparecerse sin recibir por lo menos un té de la cálida familia *Thompson*. —Y al ver como entraba a su hogar, comenzó a tocar mi hombro en señal de amistad, y no pude evitar sonreír por ello, ya que me sentí importante.

Cuando estuvimos en la mesa, su hija todavía no podía desviar su mirada tímida de la mía, pero aun así miré los hermosos cuadros de pinturas renacentistas y de muchos ángeles alrededor de ellos. Me sentí transportado en el tiempo, al lugar donde un conde acomodaba a su familia en tiempos de reservación y vacaciones familiares.

Al ver los hermosos platos con diseños y los utensilios con hermosos grabados, me quedé atónito, ya que la vez anterior no me había percatado de nada.

Pero ahora todo era distinto...

Mi comida constaba de un puré con algo asado y verduras, ¿qué sería aquello? Lucía como una oscura gema y expelía un dulce olor.

Antes de poder preguntar qué era ello, escuché que me decían todos:

—Mark, ¿qué ha sido de ti en este largo tiempo?

—Vamos, Mark, cuéntanos.

— ¡Sí, cuéntanos! —exclamaron todos, y esa risa vergonzosa de la vez anterior volvió a aflorar. Pero me contuve y les dije:

—H-e-emos estado resolviendo un caso junto a una amiga.

El padre de la familia comentó con asombro.

— ¡El caso de los asesinatos!

— ¡Exacto, señor! —le respondí sorprendido y continuando—: ¿Cómo es que lo ha sabido? Porque no hemos encontrado pistas aun para saber quién ha sido con exactitud. Pero nos estamos acercando cada vez más a ello.

El señor Thompson levantó su cuchara y me dijo, apuntándome.

—Me alegro, Mark, creo fielmente en que lo encontrarás.

Vi como todos me observaban silenciosamente, pero el señor Thompson lo hacía con algo de enojo.

El señor Thompson cruzó sus dedos y su hija Alina, de tez algo bronceada, pero pálida a la vez, y de cabellos negros acaramelados le mencionó:

—Padre, no seas tan duro con él.

Sus hermanas, Adriana y Brenda, se miraron entre sí, riendo de Alina de una forma picaresca, cosa que a ella no le hizo gracia, mirándolas con un vistazo de disgusto, cuando su pequeño hermano Adrián, de cabello negro y tez pálida, y de tan solo siete años comentó:

— ¿Cuándo se casará, tío Mark?

Todos empezaron a reír, y no pude evitar colocarme como los tomates que se servían en la ensalada, tan rojos y relucientes, al mismo tiempo que las hermanas comenzaban a hostigar a Alina, diciéndole:

—Sí, Alina, ¿cuándo te casarás?

— ¡Dinos!

Y de pronto, todos me vieron sonriendo, también su madre, quien me miró con algo más de seriedad, hasta que el señor Thompson golpeó mi hombro con gentileza, expresándome:

—Tranquilo, Mark, todos sabemos en este lugar que no es fácil decir el día de tu boda con Alina.

Ella se enfureció, pero de una forma cómica, y dentro de mí supe que solo estaba actuando, cuando le decía a su padre con un tono de voz elevado:

— ¡Por favor, mi casamiento y todo lo que acontece a mis relaciones son hechos

privados!

Su pequeño hermanito, al escuchar ello, comenzó a reír tan fuerte que botó algo de puré encima de la mesa, consiguiendo que sus hermanas gritaran al mismo tiempo:

— ¡Eres asqueroso, Adrián, si tan solo Alan viera esto!

En mi curiosidad les pregunté con voz tímida:

— ¿Quién es Alan, si se puede saber?

Me respondieron ambas y en coro:

—Alan es nuestro hermano mayor, estudia ciencias en la universidad de Princeton, y nos ha contado que hay un museo dentro de ella ¡y que es tan hermoso como los que hay en París! Y por supuesto... él es un poco más maduro que esta pequeña bacteria que no conoce el baño y la decencia.

Adrián comenzó a reír con el puré aun en sus labios. Yo, por mi parte, solo pude decir:

—Oh...

Su madre llamada Amiel, de muy pocas palabras como yo, tan solo miraba a Adrián hacer sus travesuras con una sonrisa escondida, y demostrando su desaprobación que, ciertamente, era otra actuación más que redondeaba el círculo familiar.

El entorno se difuminó y comprendí que Marie no era real, sino solo una esperanza entre las nubes...

— ¿Mark? —inquirió el señor Thompson, tomando mi hombro.

Volví a mi realidad viendo como las hermanas de Alina y su pequeño hermano se reían, hasta que Brenda mencionó:

—Padre, creo que tu mirada hace que todos se quieran ir de este hogar, ¡aun así con su propia mente!

— ¡Oh! No digas eso, mi pequeña, no es cierto, ¿verdad, Mark?

En aquel momento, quedé entre una espada y una gran fogata, por lo que opté por el camino en llamas y respondí:

—Su presencia no me causa más que honor, señor Thompson.

Él sonrió silenciosamente, como también su familia.

Luego de exactamente veinte minutos, me marché a mi hogar, recibiendo un abrazo de cada uno de los integrantes de aquella peculiar familia. Al llegar a él, me sentí tan cansado, pero otra vez con preguntas surgiendo como las ideas lo hacen al ver la imagen de un ojo en alta resolución. ¿Podría ser la muerte un eterno sueño? ¿O tan solo nos inducimos en uno antes de morir, para no presenciar el colapso de nuestra muerte?

¿Será mi profundo ser quien me cuide cuando todo haya terminado?

Al dormirme con aquella idea, mi entrecejo volvió a sumergirse

involuntariamente. Vi a mi padre que tomaba otra libreta encuadernada de hermosos colores oscuros, pero coloridos, como bacterias bajo un microscopio.

Delante de él, ya no estaba el niño que recordaba con anterioridad, y mi cuna se movía de un lugar a otro, como si estuviésemos al interior de un barco.

Sentía la humedad en mis pequeños dedos y las sabanas eran tan heladas como si estuvieran empapadas por gotas de lluvia.

Podía moverlas a mi voluntad, pero no podía decir palabra alguna.

Escuché que mi padre le preguntaba a un hombre de unos treinta años que estaba sentado delante de él, con aspecto maltratado y un pequeño sombrero, además de una barba larga y distinguida.

—Señor Baruj, permítame preguntarle, ¿qué es lo que usted vio cuando murió durante aquellos segundos?

El hombre bajo su sombrero negro de copa y temblando, acarició su superficie, respondiéndole a mi padre:

—Visité el cielo y a Dios y ¡acaricié a mi familia por un momento!

Mi padre muy curioso por sus palabras, luego de anotarlas le preguntó:

—¿A qué se refiere con el cielo y a Dios?

—No una gran gema azul, sino... al entorno que me llenó de gozo. Era algo tan alto, pero a la vez tan bajo, por lo que me di cuenta que aquello era Dios, porque la felicidad que sentía, ¡era el amor! Y cuando lo vi, pude sentir a mi familia, pude rozar mis secas yemas por sus mejillas, besar a mi esposa y abrazar a mis hijos...

El hombre no pudo seguir hablando luego de sus palabras, y mi padre ya había entendido que aquel hombre había perdido a su familia, cuando para mi sorpresa otro hombre de similares rasgos corporales había entrado a la habitación.

Aquel portaba una pequeña cruz de madera atada. Los demás que le siguieron, solo tenían en el parecido su poca grasa corporal, además de un bajo estado de ánimo.

Entretanto, los hombres más devotos aseguraron estar en lugares tan santos como sus creencias, o siendo acompañados por deidades, mientras iban hacia aquel lugar hasta ver a sus familias. Hombres que tan solo creían en ellos mismos, que tan solo rememoraban a sus familiares o seres queridos en un haz de luz. A pesar de que algunos solo presenciaron oscuridad, o la visita de un solo ser amado.

Todo se volvió extraño, como cuando me sumergí al mar en mi niñez, lanzándome de una gran cascada.

Todo mi mundo se transformó en ese momento...

Al despertar, coloqué las sabanas sobre mi rostro. Moví mis manos, sintiendo como ese penetrante frío se había alejado de mi pequeño cuerpo. ¿Pero por qué

mi padre haría aquellas investigaciones?, ¿Qué era lo que intentaba averiguar?
¿Esto era real o simplemente sigo viendo lo que he deseado ver toda mi vida?

¿Aquellos sueños en realidad fueron parte de mi existencia o seré un hombre encerrado, atado de manos y pies, viviendo en un mundo que han creado mis fervientes deseos por escapar de aquel lugar?

¡No! Tampoco soy ese anciano en el que pensé tantas otras veces...

Me levanté y comencé a comer pan con mantequilla, desesperadamente, ya que un ataque de ansiedad había comenzado a recorrer mi cuerpo.

Necesitaba llenarlo con algo que no fueran mis malos sentimientos, ni ira ni nada, tan solo algo que me indujera al sueño y no me privara de él...

Me senté en el suelo, observé los restos de pan que habían caído sobre su oscuro telón, añorando los momentos en que sentí tan reconfortante la madera, cuando decidí escapar de aquel hogar sustituto. ¡Cuando buscaba hermosas respuestas para descifrar con ellas el mundo y viajaba a otros majestuosos lugares! Las mismas que ahora tan solo me llevaban a un lugar con una espesa neblina que me impedía ver lo que yo quería palpar y cruzar.

Aquella pregunta... aquella idea que debía surgir.

¡No! La tengo en mis manos, en la oscuridad aperlada que se refleja sobre ella, en mi abrigo cubierto de suciedad, y sin cuidado alguno.

¿Dónde estoy, sino en un sitio que es tan básico, como el movimiento de las hormigas?

Por lo menos, ellas tienen disciplina y respeto por aquello, pero nosotros...

¡Qué risa!, es tan fácil para ti, Mark. ¿Te parece más un juego de niños el hallar una respuesta a una pregunta tan simple? La que te ha quitado el sueño durante un largo tiempo...

Aquella maldita pregunta.

¡La maldita bestia no se rinde! Se desata una y otra vez de mis manos, escapando y viviendo en ese salvaje misterio que siempre me cautivó.

Esa intriga que tiene en la oscuridad, donde trato de ir, y cuando creo que la tengo, se va como la cobarde que es. ¿¡Tanto miedo me tiene, eh!?

¿Cuándo la tendré en mis manos?, ¿cuándo acariciaré esa iluminadora respuesta? Marie... por favor.

Esta vida me aterra sin que estés a mi lado, ya que he visto los demonios por primera vez. Ellos y ellas visten de alegría y estrés.

Tan solo un segundo...

Al perder la noción del tiempo, me vi sentado en mi habitación y supe cuál era mi lugar en el mundo. Comencé a ver un rayo de luz a través de mi ventana y me di cuenta que había amanecido y que yo aún no había logrado dormir.

Mi boca estaba seca, la sentía pastosa, y mi corazón crujía como una vasija rota

que se hallaba sobre el suelo.

Pero si tan fervientemente deseé ver a Marie, ¿por qué ella no apareció?

Una antigua amistad.

18

Me dirigí hacia una tienda de manzanas, en la cual me detuve para comprar algunas. En aquel local conocía desde mi niñez a la vendedora y a su esposo, y al pasar por fuera vi a su marido con una baraja de cartas, jugando con otro anciano y, al parecer, apostando algunos cigarrillos.

— ¡Mark, tantas lunas sin verte! ¿Cómo has estado? —me dijo la agradable señora Margot.

—Bien —le respondí y continué, diciéndole—: aunque no tan bien, creo... ¿Y usted, señorita Olga? Me respondió sonriendo coquetamente y colocando una mano en su cintura.

— ¡Señorita!, ¡ay! ¡Qué cosas tan locas dicen los jóvenes hoy en día! ¿Y por qué no tan bien pequeño?

Le contesté sin ganas de mentir.

—Problemas con una persona, y algo de mala suerte, quizás...

— ¡Eso debió haber sucedido por algo inconcluso en tu pasado, Mark! ¡El karma! —exclamó la avejentada mujer, cuando su marido asentía silenciosamente, mirando la baraja de cartas.

Me quedé en silencio y mientras aquel hombre revolvía las cartas, comencé a pensar hondamente. Esto me recordó a una clase de historia en la escuela, en mi niñez. Nuestro profesor nos relataba que la mayoría de la población creía que las enfermedades nacían por la falta de creencia en Dios y los pecados que cometemos en nuestros corazones. ¿Es tan incorrecto pensar que los malos sucesos ocurren, simplemente, porque deben ocurrir?

Pero ello me lleva a pensar en que el conocer a Marie no fue gracias al destino. No quería pensar en ello, de verdad.

¡No, Mark, no debes pensarlo!

¿Pero era tan irreal que Marie me pudiera amar, como yo la he amado?

«Vas por el mal camino, Mark, ¡qué locuras estás diciendo! Ella volverá por ti... lo hará... ¡Tan solo debes esperar con ansias y desearlo, porque ella llegará! Ella te ama...»

Comencé a abrazarme a mí mismo en las solitarias calles, con las manzanas en una bolsa, emitiendo un ruido, manteniéndome despierto con ello antes de llegar a mi hogar.

No recordaba el término de la conversación que había tenido con la señora Olga.

Tan solo esperaba no haber arruinado nada.

De pronto, tuve ganas de arrojar las manzanas por las calles y de golpear a alguien, porque vi en mi imaginación a Marie en cada persona que cruzaba la acera. Sí, me sentí triste.

En ese instante no me importó nada y comencé a pensar, si el hombre que es triste no le suele importar nada es, por lo tanto, poco lo que desea. Y el no deseo no logra trascender la información y perpetuarla a sus descendientes que, probablemente, nunca existirán. Pero y si...

Vi a Sophia jugando junto a *Pelusas* en las escaleras, consiguiendo que con su presencia se esfumara toda la tristeza de mi presente.

Todo ello fue como... sentí calor, felicidad, y también como si descansara sobre las nubes luego de un arduo día de trabajo.

— ¡Mark, traes manzanas! —comentó, viéndome con ojeras construidas por la espera del cariño.

—Hola, detective Sophia, ¿cómo ha sido su día?

Me respondió, acariciando a *Pelusas*:

—Tan solo he jugado con él, te he estado esperando cerca de dos horas. ¿Crees que mi abuelito nos deje ir al bosque a esta hora a buscar al asesino?

—Creo que si le dices que es por el asesino, quizás no, ¡pero toma estas manzanas y llévaselas a él y a tu abuelita —le sugerí sin ningún hambre en mi estómago.

— ¡Gracias! —contestó feliz, pero sin entender por qué seguía subiendo las escaleras—. ¿Dónde vas, Mark?

—Debo dormir.

Subió y me abrazó, agregando:

—Está bien. Quizás, haremos torta de manzanas, ¡te llevaré apenas despiertes!

—Gracias —le respondí, olvidando todo mi día, y entrando apaciguado y feliz hacia mi hogar.

Al hacerlo, vi que había una barra de chocolate, la habían deslizado a través de la puerta. La levanté, cuando advertí que debajo de ella había una pulsera echa a mano de color rojo oscuro, como el que estaría prontamente a verse por encima mío en este atardecer. ¿Habría sido mi Marie la artífice de este regalo?

Quise llorar y me senté, pero las lágrimas no bajaron por mis mejillas.

Comencé a atarme aquella pulsera hasta que quedó bien sujeta a mi muñeca, percibiendo a Marie a mi lado. Luego, me recosté en mi cama y comí, viendo la barra de chocolate y la luz de la luna cambiando su color, como si fuera un lago en el anochecer. Y con el último bocado de ese dulce chocolate me dormí, pero también con una sonrisa, cuando, finalmente, una lágrima descendió desde mis párpados, cerrando así el ciclo de ese día para mí.

Mi cuerpo se adormeció y todo se tornó oscuro.

Mi padre estaba de pie, con sus manos en los bolsillos de su abrigo, mientras le decía con una voz apenada al científico, que parecía ser un gran amigo de él, el cual se encontraba sentado a su lado, en un oscuro laboratorio.

—Si crees que aprenderás qué es el pensamiento, o qué es lo que existe verdaderamente mientras él yace perdido en un coma, tan solo estudiando las señales del cerebro... estás equivocado, porque el cerebro es tan solo un órgano, como cualquier otro en el cuerpo humano. El cerebro no es el hombre, como también no lo es su cuerpo.

El sujeto de unos veintiocho años, sacó la mano de mi padre de su hombro y le exclamó con una voz temblorosa y cubierta de miedo.

— ¡Debo encontrar la razón por la cual intentó irse! La razón por la cual fue un gran científico, como yo nunca logré serlo. ¡Necesito saber qué es lo que lo hizo tan...!

Mi padre exclamó, viéndolo con pena y desamparo.

— ¡El hombre no es eso que estudias *Leonard!* Tu padre fue el amor que lo sostuvo cuando estuvo por caer al vacío. Tu padre fue la chispa que causó el abrazo en un momento sosegado. El hombre es lo que el entorno ha hecho de él, sus pensamientos que nunca salieron de su mente, la escritura quemada nunca vista... Tu padre no es lo que le intentó enseñar al mundo, es lo que guardó para sí. Fue esa alma frágil que a muchos nos cuesta enseñar, y que tan solo la persona que amamos logra ver. Debes dejar descansar a tu padre del coma...

Debes dejarlo ir...

Mi padre tomó el brazo del científico y lo acompañó, mientras él desparramaba lágrimas sobre su bata blanca y se acurrucaba en su pecho.

Mi corazón latió, y respiré el aire de esa sala, en el silencio de una sincera amistad.

Quise decirle a mi padre cuanto le amaba y le extrañaba.

Las lágrimas me lo impidieron por unos segundos, pero al formular la primera palabra,

desperté.

La dulzura en el anochecer

19

¿Habría sido alguien capaz de presenciar a Dios a lo largo de la historia?

Aquellas esperanzadoras palabras en una gran iglesia que enfrían el ardiente e incómodo calor de una profana vida, alentando el conocimiento y realización del universo en un pequeño e inaudible latido. Ese que haya provocado que un hombre jamás haya vuelto a titubear en sus creencias.

Me he encontrado en un estado de desbalance, donde... me he perdido en mí mismo y en lo que fuiste en mi vida.

Me he perdido, mi dulce Marie.

Las palabras que quedaron resonando en mí tras tu ida, me volcaron, me hirieron sin querer de verdad hacerlo. El porqué de todo esto...

Algo que en vida ansío entender y desentrañar, pero tal vez en mi muerte pueda saberlo.

Ello coloca una sonrisa en mi rostro, ¿lo sabes, mi querida Marie?

Pensamientos como aquellos me han hecho verte, sentir tu piel, tu aroma, y escuchar tus preciadas palabras, mientras yacía solo en el bosque o en otros lugares... Pero sé que, tal vez, todo esto ha sido solo una alucinación, una entrañable huida hacia un mundo de fantasía y terror, donde a pesar de su tenebrosa oscuridad, siempre resurge una esperanza como destellos de luz entre las raíces, donde hay arañas que se aferran a mí, hacia donde sea que vaya, y aquella luz logra dispersarlas por un momento, ahuyentándolas.

¿Has visto como una mariposa se posa cerca de ti en un día lluvioso batiendo sus alas, mientras la lluvia parece dispersar aquella hermosa valentía que tiene ella al volar en aquel peligro?

Y piensas en que jamás volverás a ver algo tan bello en tu vida, y el cielo, como si quisiese agradecerle por aquella danza, posa un arcoíris sobre sí mismo. Pero sigues pensando en aquella mariposa, y nada logra opacar el aleteo de aquellas alas.

De aquel cristal sobre mi pecho...

Eso me ha sucedido contigo, Marie, porque eres una mariposa que me ha arrebató el dulce deseo de volver a amar a cualquier otra alma de nuestra naturaleza que despliegue su belleza como lo hiciste tú.

Aquel arco iris, cuando apareció en mi frío día, logró en mí una sonrisa y un eco dentro todo el vacío que yacía en mí. Pero aquel eco solo resonó de un lado a

otro, y se fue perdiendo con los segundos, sin encontrar un lugar dentro de mí donde residir y poder encontrar su camino hacia a mí.

Aquel arcoíris se rindió, en cierta manera. Aquel arcoíris, aun a pesar de ello, me espera con su corazón destrozado.

¿Qué es lo que debo hacer, mi frágil mariposa?, ¿cuándo es que nos volveremos a conocer, como lo hicimos en esta vida?

—*Ven hacia a mí, querido Mark.*

¿Cómo?, ¿he escuchado bien? ¡Si lo que deseas es que vaya junto a ti, amor mío, así lo hare, mi *Monsaintange!* ¡Tan solo dilo una vez más! Y mi corazón caerá contra la acera o contra el acero. ¡Dilo con esta orquesta entre mis pensamientos! Repítelo entre la azulada habitación sepia que me rodea y me marea al verla en giros que doy, levantando mis manos y sintiendo como la sangre desciende, provocándome un pequeño picor y adormecimiento en ellas.

Como... mis labios algo resecos y mortales, rozando, cincelandos y esculpiendo su primera vez cuando visito el paraíso junto a ti.

Respiro, mientras escucho las notas de *Bach*, y las pisadas de las personas fuera de mi habitación. La cortina de mi ventana flamea y deja entrar el sonido de los tacones de las mujeres, además de sus sonrisas y el ajetreo de los hombres que las ven al pasar tras ellas.

Escucho algunos perros ladrar y veo... Tan solo veo mis sentimientos como una geoda en el fondo de la oscura tierra.

La noche llega, la luna no quiere salir y las estrellas... desean estar escondidas otra vez de mí.

En aquel instante, la presión sobre mi frente volvía, y una carta traspasaba la puerta de mi hogar, por lo que la abrí de golpe, pero no había nada más que viento. Luego, corrí hacia mi ventana, pero no se encontraba nadie sospechoso de haber realizado aquel acto.

Volví a ver la carta que se encontraba en el suelo y me senté en él para abrirla, y cuando la saqué de su sobre, su olor hizo que involuntariamente cerrara mis ojos y sintiera el aroma de todos los pétalos de rosas en el mundo, en tan solo uno.

Aquella misiva con una escritura muy parecida a la mía, decía:

Debes rendirte, Mark, el amor es como la porcelana, si te aferras a aquella frágil vasija, la vida siempre encontrará la manera de que ella se rompa en mil formas que jamás podrás unir otra vez, y así lo hará también tu corazón, cuando ella lo haga.

¿Habría sido Alina la que habría enviado esa carta con tan poca cortesía? ¿Pero a qué se refería con aquella porcelana, rompiéndose?

Ciertamente, ya había ocurrido lo peor, había conocido la soledad, la tristeza, el añorar más horrible que hubiese atestiguado en mi vida, entonces... ¿Qué podría ser peor?, me pregunté en mi habitación, sentado, como un loco que habla solo, o quizás... tan solo como yo.

Cuando fruncí mi ceño en la oscuridad, sentí el aire helando mis pies, y escuché:
—*No lo sabes aun...*

¿Qué? ¿Quién ha hablado? Escuché esas palabras tan imprevistamente en la oscuridad, que comencé a gatear en mi habitación, buscando una respuesta, y me pare rápidamente, viendo a través de mi ventana, con la oscuridad de la noche flameando y desvirtuándose como la pintura de *la persistencia de la memoria* de *Salvador Dalí*.

Mis ojos se sentían cansados, pero perdidos entre la profundidad de un gran océano, como sucedió cuando...

Al formular ello, todo mi pensar se esfumó.

El despertar

20

¿Cuál es su nombre?, preguntó un doctor frente a mí, en una habitación pequeña. Respondí sintiendo que mi respiración raspaba y mis músculos crujían, cuando percibía como si hubiese dormido por largos años.

—Mark Evenson. ¿Dónde estoy?

—Señor Evenson, usted está internado en el mejor hospital psiquiátrico de Moscú.

— ¿Dónde está Marie? —le pregunté viendo mis manos, que lucían como si se hubieran sumergido en el mar por bastante tiempo.

—Señor Evenson, este informe dice que usted tiene 94 años y que Marie Mercier fue una amiga suya que falleció antes de llegar a su fiesta de cumpleaños, cuanto tenía tan solo 10 años. Mis más sinceras disculpas, pero es mi primer día en este hospital. He entendido, por los reportes de los años anteriores, que usted también ha llamado en frecuentes ocasiones a Sophia. Y por lo que leo, las inyecciones con *olanzapina* no han tenido algún cambio en su comportamiento.

El doctor anotó con su bolígrafo en el papel y continuó:

—Sophia es la protagonista de un libro sobre detectives, en la ciudad de *Samara* del cual usted se afanó a leer luego del fallecimiento de Marie Mercier.

—¿Dónde está Marie! —le grité, escupiendo saliva, dándome cuenta de que mis dientes ya no estaban.

— ¡Enfermeras! —grito él.

De pronto, entraron demasiadas mujeres. El doctor posó su mano sobre mi hombro, murmurándome:

—Es tiempo de que descanse y vuelva a dormir, señor Evenson.

El parque y los arándanos

21

Al siguiente día decidí ir a la casa de los Thompson. Sentía que había algo inconcluso y por ende tenía que ir a aquel lugar.

Cuando toqué la puerta, escuché que unos piecitos se colocaron desde detrás de la puerta y una voz femenina me preguntó.

— ¿Quién es?

—La vieja Inés —le respondí.

Al abrirse la puerta, atestigüé que era la madre de Alina, Amiel, quien sorprendida y con sus ojos abiertos inquirió:

— ¿Dónde está la vieja Inés? Mmm...

¡Uno y mil demonios!, me dije, y algo dentro de mí intento reír, pero me sentía tan nervioso por haber hecho esa tonta jugarreta sin saber precisamente si era Alina.

No podía hablar, pero respiré como me había enseñado mi querida Marie y, asimismo, intenté decir, mientras me miraba seriamente con sus ojos abiertos, esperando alguna respuesta:

—Y-o-o t-an...

La señora Amiel me contestó, esbozando una sonrisa.

—No se preocupe, señorita Inés, usted es bienvenida en nuestro hogar.

¡De la que me había salvado, santos frijoles!

Entré en silencio, mientras ella se iba riendo, llamando a Alina. Cuando ella llegó, la vi apresurada, por lo que me comentó que esperara en la biblioteca de su padre, tras arreglarse el cabello.

Al entrar, quedé estupefacto y grabé en mi mente cada uno de ellos, ¡estaban por todos lados! ¡Tantos libros por leer! Cuantas horas en cada oración, solo para que ellas encajaran como una joya en el cuerpo de una recién casada. ¡Cuánto amor desesperado!, ¡cuánto anhelo!, ¡cuánta tristeza y cuanta felicidad exclamada entre letras entintadas, con la esperanza de que alguna persona las leyera y cobijara! Tal como un corazón necesita ser consolado y escuchado alguna vez en su vida.

¿Qué es la poesía, sino una voz de esperanza que nace y ruge desde el alma, desde esa raíz que sostiene al hombre cuando sus ramas se las ha llevado el feroz viento?

¿Qué es el amor, sino una poesía que desea ser inmortal hasta trascender en la inmortalidad?

¡Cuántos libros guardaba Alina en la biblioteca de su padre! Los toqué todos, los vi a cada uno y sentí como ellos también me presenciaron, hasta que ella entró con una sonrisa, diciéndome:

—Ven, Mark, salgamos de este oscuro lugar. ¡Ven!

Tomó mi mano y seguí su andar, no entendiendo muy bien lo que hacía.

Su vestido flameó por los aires, como lo hace una bandera en el comienzo de una guerra.

— ¡Padre, iremos con Mark a dar un paseo!

Aquella sorpresiva sonrisa me guio como si atara alrededor de mi cuello un gentil lazo de oro. Al detenernos, me di cuenta que delante mío había una bicicleta, e iba a intentar andar en ella junto a Alina con su vestido puesto.

¡Qué mujeres tan alocadas procrea *Rusia*! Poco me extrañaba con el comportamiento maduro de Sophia frente a los desconocidos o al peligro.

Comenzamos a andar, y parecía como si ella hubiese hecho aquella hazaña desde que había nacido. Me miraba de reojo para ver mi cara de asombro mientras cruzábamos las soleadas calles.

Al llegar a una pequeña plaza poco concurrida, con los árboles cubriéndonos de aquel sol, Alina me dijo, colocando una pequeña manta sobre el césped:

—Siéntate, Mark, tomaremos un poco de té y comeremos mango con chocolate y frutillas.

No podía negar que ella tenía un gusto refinado, como las antiguas damas de alta alcurnia en la época medieval, que merodeaban en algunos cuadros de su hogar.

Su cortesía era demasiada, inclusive para cualquier tiempo, sus gestos eran verdaderos, podía de alguna forma sentirlo y verlo.

Al sentarnos, comenzó a servir el caliente té que había traído guardado sobre una hermosa taza de grabados con flores y hojas.

— ¿Mark?, te noto algo distraído.

—Solo estoy algo asombrado por esta sorpresa —le dije con una felicidad dentro de mi interior y una sonrisa agradecida.

—Mmm, ¡más te vale! —exclamó de forma picaresca, continuando— ¿Quieres algo de chocolate con mango? Es mi preferido. Mira, toma mis manos... ¡Así! Ahora, júntalos y cómelos a la misma vez.

Hice caso a sus palabras, y aquella fruta con la dulzura del chocolate se derritió en mi boca, provocando que dijera:

— ¡Wow...!

— ¿¡Lo ves!? Es una receta creada por mí, y eres el primero que la prueba.

Al sentirme importante con aquellas palabras le pregunté:

— ¿Es en serio?

— ¡Sí, claro! Pero ese es el comienzo —me respondió, y luego de ello continuó—: Ahora, toma el dulce té de arándanos con hojas de *stevia*, y sentirás como si descendieras por los cielos.

Juntando sus manos, luego de sus palabras en su pecho, me observó con tanto entusiasmo al ver como tomaba el té y abría mis ojos, sintiendo luego el álgido aire, y como ello me atraía, quizás, a un momento que jamás volvería a olvidar en mi vida.

— ¿Y qué tal? —formuló, admirándome con sus prominentes ojos oscuros, con los cuales podía distinguir su pequeño verdor entre la noche de ellos.

—Estuvo bien.

— ¿Solo eso? —inquirió entristecida, por lo que le respondí:

—Estuvo muy bien —dedicándole una sonrisa. Después, proseguí, añadiendo—: Quiero más, por favor, Lady Alina Thompson.

— ¡Oh! —exclamó sonriendo—. Creo que tengo el primer admirador de mi mango con chocolate y té de arándanos.

—Eso creo —le mencioné, probando aquel delicioso manjar.

El atardecer venía pronto, y no podía dejar de ver su hermoso vestido blanco con adornos de pequeños colibríes y gorriones celestes, que eran tan pequeños que parecían hojas entrelazadas, como si fuera el diseño para el interior de un castillo en una habitación real. El exterior, por su parte, pareció inadvertido para mí, mientras aquel día iba siendo más y más esperanzador, como siempre había querido sentirme.

Observé también, en aquel momento, que su cabello almendrado se ordenaba meticulosamente, cayendo de forma ondulada, como si sobre él, ella fuera a ocupar una corona.

—Debemos irnos, Mark, creo que otro día te podrás comer todas mis delicias y recetas prohibidas que nadie más ha probado.

Al levantarnos y guardar las cosas en su pequeño bolso, me sentí como un rey al ser tratado de esa manera, pero en el instante en que nos subimos a su bicicleta tan celeste y con hojas amarillas en ella, ese sentimiento se fue desvaneciendo poco a poco con el transcurso del trayecto.

Al despedirme de ella y llegar a mi hogar, me di cuenta como todo mi acelerado pensar y mis malos pensamientos se habían esfumado. Las voces y las incontables preguntas estaban lejos. Me sentía bien, y por ello dormí sin algo que apretara mi pecho, ya que lo único que había en ese tranquilo prado era paz.

El bosque encantando

22

Al día siguiente, debía ir a la universidad, pero cuando estaba dispuesto a ello, escuché como golpeaban la puerta de mi hogar, por lo que pregunté:

— ¿Quién es?

Una suave voz respondió del otro lado:

—La vieja Inés.

Comencé a reírme mudamente tras la puerta, y la abrí sabiendo que se trataba de Alina.

¿Qué le habría comentado su madre de mi jugarreta?, ¿se habrían reído mucho de mí?

Cuando la tuve enfrente, vi que llevaba un largo vestido, algo más oscuro que el del día de ayer, como el color de las naranjas antes de madurar.

Su vestimenta era totalmente contraria a la de Marie, como también su voz y su actuar.

En este día ella llevaba unas pequeñas trenzas a sus costados, como una antigua mujer vikinga, pero con la misma delicadeza de una princesa Normanda.

Le pregunté complacido:

— ¿A qué debo su agradable visita lady Alina?

Vi cómo juntó sus manos en su cintura, y ocultando una sonrisa a su misma vez con una majestuosa actuación me dijo:

— ¿Puede el caballero Mark, este día completo, pasear lejos de esta ciudad en mi compañía?

—Claro... —respondí sorprendido.

Sentí mi estómago vacío al salir de mi hogar junto a ella, pero al ver a *Mofletes* desde el balcón toda mi hambre desapareció.

Y ya, tras unos minutos, nos alejamos en coche con destino a las afueras de la ciudad.

Hablamos durante el trayecto, pero no pude contra el sueño y me dormí sobre sus piernas sintiendo la suavidad de su vestido que se deslizaba por ella, mientras iba sentada viendo el paisaje que le arrebatava el pensar del presente donde estaba yo.

Noté como al despertarme acariciaba mi barba, que no había afeitado largo tiempo atrás.

Mi cabello caía por su vestido y su largo abrigo de lana que se habría hacia los costados.

Abrí mis ojos con lentitud y observé como el auto y el paisaje exterior ya no iban en movimiento, por lo que me levanté para retomar ánimos otra vez.

La escuché decirme:

—Debes comer algo. Toma, ¡y cómelo rápido porque debemos salir!

Al no recibirlo, y mostrarme con algo de desconfianza al ver que no conocía el exterior, me dijo:

— ¡Qué desconfiado y poco caballero es este hombre! Es un pan con algunas verduras y jugo de limón para que te prepares al banquete que más tarde comerás, obvio, tan solo si eres el valiente Mark que he conocido anteriormente, porque si eres otro, entonces no.

Cuando vi el bosque a mí alrededor, y con una tenue luz reposando a través de su superficie, debido a la espesa neblina y al nublado día que habían cubierto la luz del sol, noté que estábamos tan alejados de la ciudad, como también de cualquier persona a nuestro derredor.

Alina me miró junto al pan para que lo comiese, arqueando sus cejas de una forma linda y provocadora, que me hizo comer aquel bocado con audacia. Y recordando sus palabras anteriores le respondí:

—Soy quien verás... ¿este atardecer o amanecer? Es difícil saberlo al haber sido secuestrado y llevado a un lugar tan indescifrable.

— ¡Oh! Así que te he secuestrado, ¡qué poca educación de mi parte! Lo siento, joven Mark, pero ven... lo puedo compensar con algo.

Camino rápidamente y la seguí al dejar el coche atrás, dándome cuenta que había un gran establo y ella cruzaba por él, abriendo las puertas. Vi como sacaba un gentil caballo blanco con riendas y montura rojas, que comenzó a cabalgar fuera de él, mientras me indicaba que sacara al otro caballo contiguo al de ella, mientras se alejaba con su mirada cabizbaja y pensativa.

Ello me recordó a *Lady Godiva* y a su pintura de *John Collier*, alejándose y galopando con la desnudez de su cuerpo vibrando alrededor de su entorno. Quien osase mirarla quedaría ciego por ello, pero... ¿Quedaría ciego yo por observar su majestuoso ser?, ¿o sería que mi corazón se cegaba al mirarla con otros ojos? ¿Y quién era ella en realidad?

— ¡Vamos, no te escucho galopar! —oí que decía, provocando que volviera a mis sentidos y a este momento. Pero... ¿En que estaría pensando tanto?

Tomé el caballo con mi corazón desenfrenado, jamás en mi vida me había subido a alguno. Con posterioridad, intenté subirme y él se asustó, retrocediendo.

Le acaricié y coloqué mi cuerpo cerca de él, percatándose el animal del aroma que había dejado Alina en mi cuerpo y mi abrigo.

Al sentirlo, lentamente cedió, pero aun intranquilo..

Subí a la montura y pretendí cabalgar, pero él tan solo siguió tras el aroma de Alina y su caballo, facilitándome todo el trabajo.

Al alcanzarla y colocarme a su lado con mi caballo intranquilo, ella dijo, mirando fijamente en la espesura del bosque:

—El nombre de mi montura es *Esperanza*. Es tímida con los desconocidos, por lo que te recomiendo no acercarte hasta que ella lo haga.

Me asombré y le respondí:

—Pensaba que era un macho. Mis disculpas, *Esperanza*.

Alina se detuvo con su rostro serio, mirándome fijo, con la neblina pasando por los costados de su cuerpo.

De pronto, noté que no fue ella la que se detuvo, sino *Esperanza*, que comenzaba a galopar en torno mío, oliendo el aroma que expelía mi cuerpo y como si tratase de averiguar algo más que no estuviese allí.

Dio lentamente vueltas a mí alrededor, sobre el césped, hasta que emitió un ruido y sacudió su cabeza, volviendo a colocarse a mi costado. Alina sobre ella mencionó:

—Estamos listos.

— ¿Listos para qué? —pregunté arqueando mis cejas con mucha duda dentro de mí.

—*Esperanza* ya no desconfía de ti, tan solo debes demostrarle quien eres. Pero sobre todo, ¡debes dejar de estar tan asustado en tu montura! Su nombre es *Aricin*, cuyo significado es hijo del rey. Durante muchos años mi padre me contó sobre su padre, era un caballo tan feroz, pero tan tímido como un ave asustada al escuchar un ruido en esta espesura. Me contó, además, que un día una manada de lobos salvajes lo había arrinconado en el bosque, y el padre de *Aricin*, siendo aún un animal salvaje, acudió en su ayuda, espantando a los lobos y dañando a uno de ellos con seriedad. Desde aquel día en que era una niña, él me contaba que el contar con alguien de aquellas características era un regalo divino, un alma que a pesar de tener temor, lucha contra ello cuando debe proteger a los indefensos.

Le formulé curioso, tras esa historia, lo siguiente.

— ¿También era de pelaje como el bronce en la oscuridad?

Alina me respondió sonriendo, levantando su mentón, mientras cabalgaba con audacia.

Pero antes de escucharla vi como su piel relució en la pequeña luminosidad que entraba hacia el bosque.

Su piel era como la seca hoja de un naranjo, con la luz intentando pasar por dentro de ella, que aun a pesar de que con el tiempo se marchitara todavía más,

seguiré teniendo el dulce aroma dentro de ella, el de los frutos que un día coseché.

—Era como el oro dentro de un antiguo roble jamás visto.

—Vaya... —dije impresionado al pensar en ello, cavilando en que mi montura ya era algo salvaje y desconfiada. Pero su padre lo era aún más.

Al verla cabalgando en el bosque, noté como ondeaba su largo vestido, además de su abrigo, con su peculiar cabello, como el pelaje de *Aricin*. Noté también que aquella chica que parecía algo inmadura frente a su familia podía ser tan poderosa en actitud, tan feroz, pero tan cariñosa a su propia forma, como una leona en la peligrosa espesura.

Me impresionó la sabiduría de sus palabras y la elegante firmeza de su hablar, por lo que le pregunté, mirándole a sus ojos, seriamente:

— ¿Te gusta mucho este lugar?

— ¡Me encanta! —me dijo sonriendo y continuó—: He aprendido cosas más útiles aquí, que en la propia escuela y la universidad.

— ¿Cómo qué?

Comenzó a pensar, perdiéndose del presente en el cual estábamos, y me respondió.

—Por ejemplo, aprendí que la luna hace crecer la medicina y nuestra comida, siendo de nosotros el deber que ello se perpetúe. He aprendido a curar personas con aquellos conocimientos, como también a infringirles daño, pero es algo que jamás he hecho.

— ¿Te refieres a la magia? —ansíe saber cuándo ya no sentía mi montura debajo de mí, era como si el cuerpo de *Aricin* fuera uno junto al mío, y tan solo caminara tranquilamente perdido entre la hermosura del bosque.

—Aquello que llamas magia es tan solo el conocimiento, como la medicina que adoptan las personas al aprender por sus propios medios a hostigar o sanar el destino de los demás. Antiguamente, a quien practicara algunos procedimientos médicos con hierbas naturales se le acusaba como brujo.

— ¿Pero crees en ello?

—Escucha, Mark, si le dijera a una niña en este bosque, o a una persona adulta, vistiéndome con mantas viejas y con mi cabello desordenado, que tiene alguna maldición, arrojándole algunas ramas secas o lo que sea, ¿qué crees que pensarían?

Claramente, esa persona pensaría en ello, y ese pensamiento le haría un mal más real que el que quizás cualquier planta venenosa le pudiera inducir al ingerirla. Hará tanto mal, como el pensar que un ser amado pueda morir cuando sufre algún accidente o está perdido. Pero al final todo está en su mente, y aquella persona seguramente se vio entre su propia vida y su muerte por sus propios

pensamientos.

Alina hizo una pausa y continuó:

—Pero con su pensar y palabras que comentó aquella persona afectada sobre aquella brujería a otras personas, esa le entregó un poder tan alto a aquella falsa *anti-medicina*, que logró hacerla tan real, como el suelo que en este momento yace bajo nuestros pies. Las palabras pueden matar, enfermar, herir y provocar un sufrimiento que jamás desearía que sientas. Quizás, a ello le llames brujería. Pero creo en la magia, y es la que tienen las palabras cuando pueden devolver a la vida a un hombre abandonado. Las palabras que pueden curar su cuerpo y hacer que se sienta feliz y en paz, reparando todo lo que alguna vez estuvo roto dentro de él para hacerlo también feliz. Aquella es la única magia que practico, la energía que provocan nuestras esperanzadoras palabras en los demás.

¿Dónde se habría ido aquella chica que se enrojecía al estar en la ciudad?

—No me lo había planteado de aquella forma —mencioné con mi garganta algo trabada, al no gustarme el tener que confesar que alguien podía enseñarme tantas cosas en un solo instante del día.

—Bajemos de nuestras monturas, quiero enseñarte algo.

Cuando me dijo eso me quedé atónito, y más cuando su cabello se deslizó gentilmente hacia el cuello de su caballo.

— ¿Bajarás o me dejarás plantada? —formuló, sonriendo.

— ¡Claro! —le dije.

Y al intentar bajar apresuradamente, me enredé con el metal donde debía pisar para bajar y golpeé mi frente, cayendo al suelo, torpemente.

Alina comenzó a reír tan fuerte que causó un revuelo en el bosque. Claro, ¡tan idiota como siempre que era! Pero algo era bueno y eso era el sentir su sonrisa cerca de mí.

Al pararme, Alina dijo:

—Ven... estás sangrando en tu frente.

Al tocármela sentí la húmeda sangre en mis dedos, era poca, pero cuando ya veía mis manos, Alina estaba con un pañuelo rozando mi frente para removerla de ella.

Comenzó a soplar mi herida y mojó su pañuelo para volverlo a pasar. Luego de ello, amarró a *Esperanza* y a *Aricin* a un árbol cercano, dándole algo de agua con la palma de su mano y señalándome que me sentara en el césped, junto a ella.

— ¡Ven! Siéntate en este lugar tan especial.

— ¿Por qué especial? —pregunté.

—Desde niña he amado sentarme aquí, donde el cielo parece tan verde por las hojas, y en tiempos soleados me resguarda como si estuviera en el alma de la naturaleza. Es como si me abrazara y fuera importante para ella.

— ¿Y solías venir con tu padre?

Añadió, riendo:

—No. Siempre he amado venir aquí sola, sin que nadie me dijera donde ir o cuando me tenía que marchar. Mi padre confiaba en mí, y por esa razón podía quedarme hasta cuando quisiera, pero mi madre siempre quería que volviera a casa.

—Creía que tu padre era un hombre rígido en sus posturas.

—Y así lo es, defiende la libertad de que la persona haga lo que desea, en cuanto lo ame y le haga bien.

Le respondí con felicidad:

—Tienes razón, pero ¿cambiarías tu presente por vivir en algún tiempo anterior?, ¿o ir tan solo al pasado para aprender conocimientos de aquellas personas?

—Creo que no tengo ninguna ambición de vivir en la antigüedad, ni vivir en un futuro lejano si ello fuera posible. Jamás cambiaría lo que tengo en mi presente por un poco de ello —tomó una pequeña roca oscura con hermosas líneas a su alrededor—. Tan solo quiero aprender sobre esto que nos rodea, y creo que no importa de qué época provenga ese conocimiento, solo me importa el ayudar a quienes quiero. Y si ello se me es enseñado, será bienvenido, y lo recibiré con mis brazos abiertos. Aunque, quizás, pienses que antes había numerosas personas con conocimientos aprendidos por algo más allá de nuestro cielo, como muchos ahora dicen tenerlo con vestimentas y antiguas joyas, o marcas en la piel. Pero no necesitas lamer sangre para ver algo que ya puedes sentir, como en las historias que erizan la piel hasta de los más escépticos o estudiosos. La apariencia puede ser letal, Mark, y eso lo sabes.

Claro que lo sabía, ya había sido testigo de ello con Marie. Una brujería que tan solo yo habría creado en mi realidad.

Alina me miró y sacó una barra de chocolate con mangos a su lado y me dijo:

—Creo que te sientes intimidado por este lugar, o quizás por mí.

Vi como cortaba los trozos de chocolate con una sonrisa, pero sin mirarme.

—Este lugar es tan irreal como... —le contesté dubitativo.

— ¿Cómo un sueño? —me respondió antes de que pudiera terminar, por lo que continué, diciéndole.

—Como un buen sueño, donde puedes sentir al igual que cuando estás despierto en un lindo momento.

—Entonces... te gustará sentir esto —me dijo, entregándome un trozo de chocolate con un dulce mango en mis manos. Intrigado le pregunté:

— ¿Hay algo que te guste además del chocolate y el mango?

— ¡Claro! —respondió y continuó—. El té de arándanos.

Comencé a reír por aquellas palabras, ¡era obvio!, me había olvidado de ese

bendito té.

Luego de una hora de comer y estar en aquel pacífico lugar, nos levantamos y tomamos a *Aricin* y a *Esperanza* para marcharnos a otro sitio. Y cuando me estaba subiendo, le dije:

—Esto es como cuando era un niño, donde los tiempos eran mejores y había menos violencia y desconfianza en el mundo. Los viejos tiempos eran cálidos y gentiles.

Tras mis palabras y con su rostro serio, entre la neblina, me preguntó:

— ¿Menos violencia y desconfianza en el mundo o en tu propio mundo?

Sentí el fuerte frío tras esas palabras, y decidí apretar mi abrigo a mi cuerpo, pero aun persistía aquel granizo que no podía ver.

Vi el verdor de las hojas sobre mí y como algunas estaban secas, pero aun adheridas a los troncos que no podían caer al suelo.

Le respondí tras pensar un momento, al darme cuenta que sus palabras tenían algo que cambiaban todo lo que había creído desde niño.

—Creo que mi propio mundo...

—Mmm —expresó, sonriente, para luego preguntarme, con su cabalgadura sobre *Esperanza* tan elegante como el desvelo que crea el primer amor—. ¿Cómo ha sido tu mundo, Mark?

Recordé mi niñez. Vi a un niño en mi imaginación que intentaba entender a sus pares, tal como las personas ven a exóticas criaturas en un zoológico, pretendiendo comprender el comportamiento de aquellas criaturas. Tan solo que yo era una de aquellas criaturas, yo era el pequeño niño e intentaba comprender quienes eran los que estaban fuera de mis barrotes.

Ellos eran de mi misma especie, pero por dentro parecían muy distintos.

—Triste, pero feliz, doloroso como cariñoso, cómo debe ser, ¿no es así?

Aunque me he sentido tan cansado de este largo viaje en estos días...

Alina me preguntó al escucharme, mientras sacaba un trozo de chocolate de su bolso no acorde a su vestido.

— ¿El largo viaje que ha recorrido tu cuerpo o el que has tenido dentro de ti este último tiempo?

Le respondí con sinceridad.

—El que he tenido dentro de mí.

Alina respiró profundamente y me dio con cariño una mirada que se quedaría en mi corazón, quizás, hasta después que el invierno acabara, ayudándome conciliar cada noche mis sueños.

—Todos nuestros arduos viajes los hacemos dentro de nosotros mismos — comentó.

— ¿Cómo es eso? —inquirí mirándola directamente a sus labios, con el cantar

de un ave detrás de nosotros tarareando una canción sobre la ira, la felicidad y la tristeza que existe en cada momento.

—Unas palabras hirientes podrían cansarte y adormecer tu cuerpo por días, meses o años, sea si estuvieses descansando o haciendo nada, como teniendo un largo día de trabajo. Tal como unas felices palabras pueden hacer que tu caminar por las tierras más largas que hayas recorrido con anterioridad, solo sea un cansancio de quizás unos minutos u horas.

Pensé en ello. Pensé en dejar fluir a Marie de mis pensamientos, porque sus recuerdos eran como una soga sostenida por mucho tiempo con tal fuerza que provocaba heridas en mis manos, amoratándola y provocando que sangraran.

Pero debía dejarla ir, ceder y soltar aquella soga...

Procedí a preguntarle.

— ¿Y el suyo, lady Alina?

—Te lo contaré cuando lleguemos al establo —me dijo tan seria que no pude descifrar lo que había en su mente.

Luego de largos minutos de cabalgata, llegamos al establo y dejamos a *Aricin* y *Esperanza* en ellos. Alina me dijo, después de ello, con tranquilidad, como si nos conociéramos desde niños:

—Ven... acompáñame adentro.

Y así lo hice, entrando a aquella pequeña cabaña algo estrecha.

—Espérame un momento —señaló mientras se marchaba a buscar cosas fuera de ella.

Y me sentí como si mi silencioso entorno tocara una canción, un arpa y una guitarra, junto a una voz que me hablaba sobre interrogantes, el amor y el presente. No era sobre el pasado o el futuro, todo se trataba del presente, de siempre hacer un lindo presente, porque así no habría que preocuparse por lo que pudiese suceder algún día.

Tardó algunos minutos en volver, y luego de que ella llegara, me indicó que nos sentáramos en el suelo, mientras traía leña e intentaba prenderla.

Al sentarme junto a ella, en frente de la chimenea, y ver como no lograba encenderla, su rostro comenzó a tornarse de una forma que me hacía reír, pero mudamente, ya que no quería que ella me viera.

— ¿De qué te ríes, mmm? —me dijo.

—De nada —le respondí preocupado por su enojada voz. Y a los segundos tornó su cara aún más amurrada a propósito y se carcajeó al mismo tiempo en que prendió la fogata.

Se sentó con satisfacción y añadió:

—Ahora responderé a tu pregunta.

—Está bien —proseguí mientras veía cómo me entregaba una gran manta para

protegerme del gélido frío que asediaba nuestro alrededor, que olía a algodón y al aroma que se percibe luego de caer la lluvia en el bosque.

—Primeramente, querrás saber dónde nos encontramos. ¡Y bueno! —dijo carcajeando, y después tornándose totalmente seria—. Estamos algo lejos de *Samara*, no más ni menos que ello te podré decir. Y respecto a tu segunda pregunta... —pensó un poco mirando el oscuro techo de madera, mientras observaba su delicado rostro con el fuego iluminando su piel y esclareciendo esos ojos tan salvajes y elegantes, tan feroces, pero tiernos—. Tan solo recuerda el soleado cielo de tu niñez y verás como era propicio para mí el exponerme a él para que me enseñase algo que la luna jamás pudo explicarme. O quizás... ve una noche con la luna llena, donde las raíces se expanden y los brotes viven como nunca antes, provocando que los hombres que duermen bajo su luz, tengan intranquilos sueños, o haga que aquellos oníricos momentos sean aún más vividos, como a las mujeres con una vida en camino es capaz de perjudicarles. Luego de ello, cierra tus pequeños y suaves párpados, siente las hojas y verás qué familia de plantas yo observaba en mi niñez y cómo intentaba ayudar a mi familia en sus enfermedades con ellas, ¿o eran tan solo sus enfermedades un mal sentimiento? Muchas alternativas y ninguna diferencia que no pueda curar una sincera compañía. Pero te darás cuenta que para ello no necesitas ser alguien con una importancia social para los demás. Tan solo necesitas ser importante para ti y creer en quien eres, creer en tus palabras, En fin, esa era yo en mi niñez y adolescencia.

—Jamás había tenido un viaje con una voz que me guiase, como jamás me habían contado un cuento de aquella forma. ¿Algún día podré volver a ese mágico lugar que me has enseñado? —dije algo serio luego de oír esas palabras. Arropándose más cerca del fuego mencionó mientras le veía:

—A ese y otros lugares si es lo que deseas. Pero depende de algo.

— ¿De qué? —ansió saber, curioso.

—De que siempre seas honesto conmigo.

—Está bien —le respondí sin dudarle, cuando me observaba en silencio, como si quisiera adentrarse en lo que yo estuviese pensando, o tan solo quisiera meditar mis palabras y las suyas.

Luego de unos minutos de silencio y paz, en los cuales descansamos el uno junto al otro, le comenté casi adormecido.

—Desearía que este día jamás terminase.

Con su voz casi desvanecida, al estar cansada, declaró:

—Si ralentizas tu respiración y tus pensamientos, guiándolos solo al presente, el tiempo irá más lento.

Al escuchar sus palabras, respiré lentamente, y solo viví el presente, el cantar de

los pájaros, el fuego calentando nuestros cuerpos, y la canción de nuestros corazones latiendo, liberando sus sonidos en una respiración.

Ya no había pensamientos sobre lo que sucedería más tarde, o qué podría salir mal. Tan solo disfruté ese momento. Y cuando comencé a hacerlo, ella empezó a dormir. No sentí agitación ni ansiedad, ni el sentimiento de tener contenido todo el mundo en cada segundo. Solo sentí paz, una cálida y reconfortante paz que me llenaba de alegría.

Los minutos pasaron, y sin notarlo, también dormí.

Al despertarme, ella me comentó que debíamos volver a la ciudad, y así se hizo, despidiéndome e intentando comprender todo este onírico día que había transcurrido, como una historia medieval, donde la magia vive tan solo en el presente, en el preciado presente.

En donde Marie no había estado.

El comienzo

23

El atardecer y el anochecer fueron como el respirar en un momento de gozo, y sin darme cuenta, como si yo fuera un bebé en los brazos de mi madre, vi que ya había amanecido, por lo que me sentí completamente renovado y vivaz.

Cuando estuve en la universidad, en el salón de clases, pude escuchar a mi profesor que hablaba con tanto fulgor, como si todo el mundo hubiese despertado feliz, como yo también lo había hecho. ¿O era tan solo que siempre había ocurrido ello en mi entorno y era yo el causante de nunca haber logrado ver que no solo el arte está en la naturaleza y los animales no humanos?

“Hoy es un día tan especial. ¿Por qué?, se preguntarán. Bueno, les contaré que hoy veremos la radiación cósmica para algunos, o rayos cósmicos para otros, cuya gran energía, debido a su velocidad, es tan elevada como la concentración de Mark en este día. Pero a decir verdad, ninguna de las dos se igualan a la de la luz.

Todos comenzaron a mirarme, sonriendo, pero en un gesto de amistad; algo que me sentía feliz de recibir.

Aquello fue tan cálido y severo que al siguiente parpadeo la clase ya se había olvidado de aquello, de mi nombre colocado en aquella oración. Por primera vez sentí un gesto de amistad recíproco en un espacio tan poblado, tan aferrado a lo que ahora no tenía conocimiento. Sentía como si Alina hubiera abierto una puerta enfrente de mí, que nunca había podido abrir por mi cuenta.

¡No sabía qué hacer! Podía ver el cielo dentro de ella, podía ver todo lo magnífico que emergía de su interior. ¿Tendré miedo a la felicidad?, ¿a lo que en realidad jamás he conocido, además de Marie? ¿O será que la felicidad no se trata de un futuro eterno y tan solo de momentos que parecen volverse eternos?

O quizás del presente, como me enseñó Alina.

¿Pero lo hice junto a ti, Marie?

No puedo llamarte más endulzando tu recuerdo, porque el día de ayer me di cuenta que solo amargaste lo que había sentido. Me habías perdido aún más, pero también me hiciste encontrarme. Fuiste como un sueño, algo que aun necesito palpar, como *Nikola Tesla* se obsesionó con traer sus sueños al mundo sin un plan muy definido del cómo. Tan solo con una idea que emergía de sus pensamientos.

¿Cómo te encontraré?, me pregunté ya caminando lejos de la universidad, extrañando el rozar de mi cuerpo con el de Alina y el de nuestras palabras al conocerse aún más las unas a las otras.

Sin entenderlo, me encontraba ya en la casa de Alina, en un horario donde el señor Thompson no se hallaba en el hogar, pero ella sí. ¡Qué alegría y paz sentía en ese instante! Además de tranquilidad y felicidad.

Toqué a la puerta y apareció el pequeño Adrián mirando hacia arriba, exclamando:

— ¡Woahhh!

— ¡Hola muchacho! —le dije sonriendo. Pero al expresar ello fue corriendo en busca de Alina, y para mi sorpresa, a los segundos apareció ella con un vestido nuevo, pero en el que ahora habían flores adornándolo, amarillas y rosadas, las que combinaban con el pequeño verdor de sus ojos.

El comienzo del atardecer se posó en sus labios, consiguiendo que con ellos me mirara fugazmente, como el maíz revoloteando en el viento.

— ¡Qué sorpresa caballero, Mark! ¿A qué se debe que mi esclavo haya ido en mi ayuda?

— ¡Le contaré a papá que me dijiste eso! —le gritó el pequeño Adrián, mientras ella se reía.

—Quería ver cómo estabas, tan solo eso.

— ¿Tan solo eso? —me miró entristecida y me dio su mano, guiándome por fuera de su casa, a una caminata donde el asfalto, como los lugares abandonados parecían siempre tener un murmullo reconfortante en ellos.

Cada vez que me rozaba con su piel o se apoyaba en mí, sentía que a mi cuerpo se le iban todas sus fuerzas.

Alina entrecruzó su brazo, tomándome por la cadera, provocando que yo hiciera aquella misma acción, cuando el atardecer se instauró en nuestro entorno. Algo dentro de mí me provocaba querer sonreír débilmente, querer gritar, elevarme hacia los aires, pero a su misma vez, disfrutar de la quietud de ese pacífico instante, y dormir en sus brazos.

Lentamente, vi las hojas caer de los árboles...

En ese instante, ella me pareció un paisaje que no quería dejar de ver, de tocar, y de unirme con él para escapar de lo que sería el despertar en mi realidad. En un lugar que estuviera alejado de Marie...

Estaba comenzando a alejar mi ansiedad, mi tristeza. ¿Qué debía hacer?

— ¿Mark, estás bien? —me preguntó, rozando su aperlada mano como granizo por mi pecho, y adormeciéndolo al igual que el hielo lo hace sobre la piel.

Le dije, respirando profundamente, al no sentir mis pulmones en aquel lugar:

—Sí, lo estoy, solamente...

— ¿Solamente?

No pude continuar y me alejé de ella mientras exclamaba:

— ¡Mark!

Sin caer en aquel adormecimiento al no poder mirarla a los ojos le respondí:

—Debo buscar a una persona, a alguien con quien debería estar...

Alina corrió y tomó mis manos, preguntándome entristecida y preocupada, mientras el viento del anaranjado día mecía su cabello, haciendo que el aroma de su cuerpo llegara a mí.

— ¿A quién?, ¿estás enamorado de ella?

Sentí como si cayera en un pozo muy hondo, hasta que me volvió a decir, como si luchara por no dejar caer sus lágrimas, y sonriera con una fuerza admirable.

—Si así es, ¡te ayudaré a encontrarla! Solo debes dejarme...

Respiré profundamente, cerrando mis ojos, y sentí el aroma de las naranjas, el del asfalto y el de una lágrima que está por venir hacia el cruel mundo.

Vi en la oscuridad como, quizás, el mundo no era el cruel, sino que yo lo era...

Cuando me iba a dejar caer en esa tormenta, una presión rodeó mi cuerpo cálidamente, abrí mis ojos y la luz me cegó. Alina me estaba abrazando con todas sus fuerzas. ¿Qué podía hacer más que decirle que olvidase todo lo que le había dicho con anterioridad? Pero no lo hice, sino que tomé su mano y me despedí sin que ella dijera palabra alguna, con su vestido hondeando a través del atardecer.

Cuando caminé sin verla, sentí como si hubiese dejado todo lo que había sido mi ser algún día, detrás de mí. Tenía miedo, estaba aterrorizado de perderme una vez más en mis sentimientos, en mis pensamientos. Pero es que había deseado tanto tiempo volver a sentirme así, que en el momento en que lo palpé con mis manos, sentí el deseo de volver al misterio al estar perdido en el mar de preguntas que conlleva a la soledad.

¿Sería Marie la respuesta para este instante de incertidumbre?

Mis manos temblaron mientras removía un sudor que no existía en mi frente. Luego de ello, solo sentí cansancio, demasiado cansancio...

Un abrazo entre la neblina.

24

Escuché una neblina aullar entre las montañas. Caminé haciendo que las ramas en la oscuridad, sin una luna sobre mi cabeza, crujieran una y otra vez y sin un fin alguno. Luego estaba en una cuna, y sin previo aviso, desperté.

No pude hallar una especie de respuesta para lo que me había encontrado al despertar.

Alina yacía durmiendo en el suelo sobre algunas sábanas y ocupando su abrigo como almohada.

Me levanté de mi cama con un fuerte dolor de cabeza, pero... ¿Qué habría sucedido? Escuché que alguien comenzaba a golpear fuertemente la puerta de mi hogar, por lo que me puse de pie, descalzo, sin saber qué hacer. Alina, por su parte, comenzó también a despertar cuando la puerta se escuchaba más fuerte, uno... dos... tres... hasta que oí:

— ¡Mark!, ¿estás en casa?

Me quedé mudo por otros segundos, y mi mente logró encontrar una pequeña respuesta. Esa voz era parecida a la de Sophia, debía ser ella, por lo que caminé sin hacer ruido hacia el umbral y pregunté:

— ¿Quién es?

Se escuchó un silencio y luego una fuerte voz.

— ¡Un ladrón! —me respondieron a través de ella.

— ¡Sophia! —exclamé, abriendo la puerta y abrazándola.

Tras ella se encontraba su abuelo con galletas recién horneadas para mí. Lo recibí con un gran abrazo, mientras los invitaba a pasar al hogar más vacío, pero aun así el más desordenado de *Samara*

Al entrar, Sophia junto a su abuelo vieron a Alina sentada en el suelo, sobre las sábanas, y me miraron, observando mi cabello desordenado y mi abrigo sin lavar, como una gran atracción de un museo abstracto.

— ¡Oh! —exclamó el abuelito de Sophia, mientras ella solo sonreía y me preguntaba con su mirada si ella era Marie, por lo que tan solo pude indicarle que no, meciendo mi cabeza.

Al quedar todos en silencio, mirándose los unos a los otros, los tres comenzaron a observarme. Reí nerviosa y mudamente, totalmente incómodo por aquella situación. Miré mis pies y vi que estaban descalzos, ¡santa madre! Alina aún

seguía sentada sobre las sábanas y el abuelito de Sophia estaba parado, esperando alguna respuesta junto a su nieta.

— ¡Les presento a Alina Thompson! Es una gran amistad la que me une a ella, quien me ayudó en tiempos de apuros.

Alina se levantó y fue a saludar a Sophia y a su abuelito, y de inmediato sentí algo cálido en esa acción, como una pintura que surge de un cambio y termina mezclándose con un suceso de recuerdos, mejorando drásticamente.

— ¡¿Quién quiere galletas?! —preguntó el abuelito, provocando que todos dijéramos ¡yo! tranquilamente, a excepción de Sophia.

Cuando nos sentamos en mi extravagante mesa de madera, llamada así por el peculiar orden de no tener nada sobre ella —a diferencia del resto de las cosas de mi hogar—, el abuelito me dijo:

—Te hemos extrañado, Mark, ha sido un largo tiempo desde que no tenemos un paseo junto a ti.

Aquellas palabras me hicieron sentir feliz, y creo que aquel lado vacío dentro de mí alcanzó a iluminarse también por algunos segundos.

—También he extrañado eso... ¡y las galletas, por supuesto! ¿Las cocinó su esposa?

—Ella y Sophia madrugaron cocinándolas para ti —me respondió bondadosamente.

Mi corazón agradeció aquello.

Alina disfrutó el gran banquete de galletas recién horneadas, junto a Sophia y su abuelito. Al pasar cerca de veinte minutos, cuando terminarnos las galletas, decidieron irse, no sin antes decirme que esperaban volver a verme, dado mi concurrido ambiente de no presentarme en mi propio hogar durante el día.

Cuando estuvimos solos, junto Alina, le pregunté, mientras ella sentada miraba algunos pequeños trozos de galletas sobre la mesa:

— ¿Qué sucedió ayer?

Cansadamente me miró y respondió:

—Comenzaste a desvanecerte de la nada y tuve que traerte a tu hogar.

Me quedé con numerosas preguntas que tuve que hacérselas al mismo tiempo.

—Pero... ¿Por qué no te fuiste?, ¿has dormido en el suelo?, ¿y tu familia?

— ¡Está todo bien! Debo irme a mi hogar. Gracias por las galletas, estaban deliciosas.

— ¡Alina! —la llamé mientras desaparecía por la puerta, hacia la calle.

Al intentar seguirla sentí que mi mundo se movía hacia mi izquierda, por lo que tambaleé, cayendo al suelo con mi cuerpo adormecido, hasta que solo vi oscuridad.

Mi padre ya no estaba, junto a otras personas, haciendo sus entrevistas rutinarias,

sino que me levantaba esta vez desde la cuna. ¡Cuando lo hizo pude sentir que volaba por los aires de la habitación! Y asimismo, vi como un rayo de luz cruzaba por la ventana, por lo que me sentí como un planeta en la órbita del sol. Cuanto amor había en ese momento...

Como un ave ve un mundo sin humanos y no tiene miedo a descender a ella. Me sentía seguro.

Pude constatar que era mediodía y todo giraba en torno a mí, hasta que mi navegar se detuvo, como si hubiese reposado en una nube sobre el cielo para descansar.

Mientras estuve en el cielo recostado, vi aún más arriba de lo que ven los que yacían debajo de mí. Pude ver a mi padre sonreír, con su largo bigote esgrimiéndose en cálidos colores. Pude ver a mi madre al lado de él, hasta que besó mi frente y me dijo:

— *¿Por qué me has olvidado?*

Desperté bañado en sudor y con un fuerte dolor adormecido que presionaba aquel lugar, como si una pequeña roca, pero muy pesada se posara en mi frente. Extrañé a mis padres...

Cuando me senté en mi cama me pareció que yo era un fósforo cuya cabeza prendida por tanto tiempo empezaba a apagarse y a desatar el humo de la confusión que desencadena cuando no puede actuar más su combustión. ¿Podría continuar mi vida sin encontrar el paradero de Marie, queriendo tan solo verla una vez más para entender que ella era real?

Sentí tras mi almohada el revólver aun cargado que me había regalado Sophia, un recordatorio de quien era y cual era mi sentido en este mundo. Y comencé a escribir en ese momento con tinta sobre el papel, quizás un poema, o lo que naciera de mis preguntas que intentaban tener alguna respuesta. Solo extrañé a mi madre y a nadie más en ese instante crucial.

Los sueños son un recordatorio de quienes debemos ser, de quienes somos, de nuestros peligros y de qué debemos cuidarnos. Por ello nuestro cuerpo nos cobija, nos repara como lo hace una madre a su pequeño hijo. Una pequeña historia cada anochecer.

Una mentira o quizás una verdad, o un poco de ambas.

Pero otras veces, aquella madre no consigue encontrar más historias y mezcla sucesos de su pasado o presente, o de la propia vida del pequeño ser que no tuvo conocimiento de lo que sucedió alguna vez en su vida.

¡Muchas veces nuestra madre siente miedo! Siente la soledad de vivir en nuestro mundo, y para tranquilizarse ella misma, intenta confesarnos sus temores, en los cuales nuestro peligro y soledad residen.

También ella añora el intentar enseñarnos pistas, alternativas para poder

guiarnos a un cómodo futuro.

Para nosotros nuestra querida madre es un ser celestial que jamás podremos comprender. Pero tras un largo tiempo de silencio y atención, y dejar de escuchar a todos los demás que opinan sobre ella, podremos comprender que es tan solo como nosotros. Necesita cuidado y cariño para abrazar sus historias con aun más sentido y amor. Y en el instante que nos demos cuenta de ello, será cuando conozcamos sus palabras, sus historias, a ella misma y a nosotros.

Una sonrisa lastimada

25

Desperté contemplando aquel cielo que parecía adentrarse por mi ventana como un gran mar, sus nubes eran tan grandes como los glaciares con los que soñé navegar un día.

La teoría de Marie, quizás, me llevaría a su lado, pero si ella se encontraba con vida, ¿no sería la falta de su amor lo que impediría que ello algún día se cumpliera?

Me vestí y salí de mi hogar encontrando a Sophia descalza en las escaleras, donde el sol acariciaba sus pies y la punta de sus dedos. Se veía tan triste como un animal abandonado.

— ¡Sophia!, ¿dónde está *Pelusas*?

— Está dentro — me dijo sin ningún ánimo de verme.

— Pero...

Y antes de poder decir algo más, mencionó con un tono elevado, sin mirarme, y entregándome el diario de hoy.

— ¡Te vas con Alina! No debe importarte que ocurre con *Pelusas*, conmigo, mis abuelitos o inclusive con Marie. Por lo que sé, Alina es más que una amiga para ti, y de todos modos dejas los asesinatos sin resolver, me abandonas por algo que...

Antes de procesar la ira en sus palabras, leí el diario que decía: “*Tercer asesinato en las afueras de la ciudad*”.

— ¡Dios mío, Sophia!, ¡ve a buscar tu boina y a *Pelusas*, él nos acompañará! — comenté desesperado, cuando ella preguntaba y corría dentro de su hogar.

— ¿Dónde, Mark?

— ¡Sin más preguntas, detective Sophia!

Y así volvió con su boina y se colocó sus zapatos, mientras *Pelusas* y ella estaban emocionadas al ir al bosque en tal travesía.

En el momento en que estuvimos ahí, nos dirigimos al lugar en el que estuve con Marie, encontrándonos con numerosos detectives revisando el área. Nos escondimos detrás de un arbusto, cosa que *Pelusas* pudo hacer muy bien, meneando su cola como lo hace un felino. De pronto, escuchamos atentamente a un detective.

— ¡Encontré algo! ¡Vengan!

En ese instante, todos los detectives corrieron hacia aquella voz, y al llegar hallaron una pulsera azul, junto a restos de cabellos, los que guardaron cuidadosamente dentro de una bolsa hermética.

A pesar de que registraron aquel perímetro con mucha audacia, decidieron partir a los alrededores en busca de más pistas. Cuando se dispersaron, avanzamos los tres a ese lugar, pero ya se habían llevado todo lo necesario para encontrar al asesino, hasta que Sophia me dijo en un murmullo:

— ¡Mark, mira! ¡Un cabello puede sernos útil!

Le contesté sin querer romper sus esperanzas de detective.

—Ya se han llevado, prácticamente, la mayoría y han registrado todo, creo que debemos irnos.

— ¡No, mira! Hay algunos cabellos largos y una identificación.

¡Sophia tenía razón! En la tierra se encontraba la identificación de un hombre, por lo que la tomé, observándola detenidamente.

—Memoriza toda su información y luego se la entregas a aquellos hombres, ¿entendido?

Con determinación y seriedad me respondió.

— ¡Entendido, detective Mark!

Eso hizo, leyendo en su propio camino mientras corría sigilosamente y entregaba la identificación a los detectives que se encontraban lejos del nuestro.

Recogí los cabellos y los contemplé en la gentil sombra de un arce que comenzaba a brotar.

Caminé en otra dirección sin rumbo alguno para ir hacia la luz del sol, y entre dos árboles, con el resplandor posándose sobre mi mano, vi dos relucientes cabellos cobrizos. Luego, no escuché ya más la sinfonía de las hojas al moverse con el viento.

El escultor detuvo su obra y el pintor soltó un momento su pincel con el que daba color a todo lo que acontecía en mi presente.

Respiré el olor de la pintura secándose, como el del alcohol sobre la madera con una infusión de uvas evaporándose en el aire. Percibí cada músculo dentro de mí y el sonido que emitían al desplazarse de un lugar a otro, hasta que todo enmudeció como una canción dentro de un frío glaciar. Y hasta que sentí que algo me elevaba por mis clavículas y comenzaba a oprimir mis pensamientos.

Desenfundé el revólver cargado y decidí ascenderlo sin poder pensar en mi futuro, más que con Marie esperándome en otro lugar que no encontraría ya en esta realidad.

Cuando estuve a punto a apretar el gatillo, algo me tiró de mi abrigo por mi espalda, y me di cuenta, al darme vuelta, que era Sophia con una gran sonrisa en su rostro por haber logrado su misión de detective.

Tragué saliva y bajé el revólver antes de que ella lo viera, diciéndole con miedo y titubeo en mi voz:

—Necesitamos irnos, Sophia.

— ¡Asesino, baja el arma de inmediato! —escuché entre los arbustos.

Las lágrimas que habían comenzado a descender por mis párpados se congelaron, y Sophia le miró con tanto miedo que quedó paralizada. Vi como todo se ralentizó y cada respiración pareció durar tantos segundos...

El detective miró hacia un costado, donde estaban sus compañeros para guiarlos con su vista mientras apretaba el gatillo de su pistola sobre mi pecho. Percibí que era el momento de dejar este mundo, pero algo me abrazó en ese instante, alguien lo hizo...

¡Era Sophia! ¡Las últimas caricias verdaderas que recibía eran las suyas! ¡Cuánto cariño sentí en ese instante, olvidándome totalmente de las preocupaciones, de Marie... del olvido del cariño de Alina y tan solo del deseo de protección y la visualización de ver sonreír a aquel ser querido!

¡Cuánto amé la vida en ese momento!

Antes de que mis lágrimas se descongelaran, aquel hombre con su vista, guiando el camino de sus pares, terminó de apretar el gatillo, y el sonido hizo que todo el bosque se exaltara por los cielos, como a su vez lo hizo mi corazón.

Sophia estaba tendida, inconsciente en mis brazos, tenía la tela rota de su abrigo en su cuello y la sangre se desparramaba por mi camisa y mis manos.

Todo el mundo detuvo su curso en ese instante.

Miré sin poder creer lo que también veía aquel detective frente a mí, y con su gorra cayéndose a la tierra, y su cuerpo temblando del miedo a punto de colapsar comenzó a correr hacia la espesura del bosque.

Pude escuchar de nuevo, pude sentir los latidos en mi pecho y el aire entró a mis pulmones, con el tiempo volviendo a su curso natural. Pero algo sucedió... Con mi boca abierta miré a Sophia y le grité entre lágrimas:

— ¡Despierta! ¡Vamos! ¡Despierta, Sophia!

Caí de rodillas y tuve la sensación de que me ahogaba entre mis lágrimas, por lo que sollocé y le dije:

— ¡No!, ¡pequeña!, ¡debes despertar!!

Acaricié su cabello con tanto deseo de bienestar en ella... Tomé consciencia un momento, viendo a mí alrededor. Luego, la subí a mis brazos y corrí despavorido hacia el hospital, cargándola, junto a *Pelusas*.

Un hombre nos vio y nos llevó en su auto al hospital más cercano, como si ello fuera una intervención celestial. ¿Pero en verdad lo era?

Al llegar, me dijeron que la bala solo había provocado un daño un tanto superficial, consiguiendo que durmiera temporalmente debido al shock del

suceso. ¡Cuánta tragedia y gloria en tan pocas palabras!

La pequeña Sophia estaba con vida y bien... claro está que si esto es algo que debe ser saldado en el futuro –un regalo divino–, seré capaz de pagarlo con cualquier clase de agonía en el transcurso de mi vida.

Al atardecer, cuando los abuelos de Sophia se enteraron, fueron corriendo al hospital en el cual se encontraba, al que decidí acompañarlos. Cuando llegamos, ella ya estaba despierta, y al verme me regaló una bondadosa sonrisa; aunque sentí el dolor en su cuello al hacerlo, ¡lo hizo de todas formas!

Les contó todo y sus abuelos, sin poder mirarme más que a mi cintura, me dijeron que tenía dos días para marcharme del hogar del cual les pagaba y jamás volver a acercarme a Sophia. No pude decirles nada, estaban en todo su derecho, ya que había sido mi culpa el llevar a Sophia a aquel lugar. Luego, al estar en mi habitación, me di cuenta que una parte del revolver sobresalía de mi pantalón. Me senté sin ánimos de nada en mi cama y pensé «¿creerían que aquella habría sido la pistola con la cual fue herida Sophia? ¿Qué tan ingenuo e imbécil podría llegar a ser yo?»

Sé que no es difícil juzgar a una persona querida por actos que no cometió, cuando en el transcurso de su vida los que se amaron lograron defraudar hasta el último atisbo de esperanza en la persona, pero el camino para encontrar la verdad siempre será uno de los más difíciles de seguir.

La verdad es dolorosa, a veces no tanto por su contenido, sino por el camino que se necesita para cruzar y así hallarla, desentrañando todas las interrogantes que antes hubo.

Y no sé si querrán optar por atravesar aquel camino, luego del dolor vivido ya en sus vidas.

La teoría de Marie

26

A la mañana siguiente, observé mis manos pensando en que aún no había tomado una decisión. Fue así que salí de mi hogar y contemplé los escalones vacíos. Extrañé con todo mi corazón a Sophia, y al bajar, en ellos vi un diario que ella leería si la hubiese cuidado mejor.

Lo tomé, observando con detenimiento y asombro, viendo en él sus palabras impresas:

“Autor de los asesinatos es encontrado luego del hallazgo de su identificación en el lugar de los hechos.”

Estuve a punto de correr hacia el hospital y entregarle el periódico en sus manos a Sophia, para ver su sonrisa esclarecerse en su rostro por haber hallado al malhechor, como lo hubiese llamado ella. Pero debía hacer caso de las palabras de su abuelo y no acercarme más...

Aun así, rozaba con mi imaginación su felicidad florecer, tan solo para verla y entregarle aquel diario... Era algo que no podría suceder el día de hoy o en algún día cercano, pero que, ciertamente, ocurría al cerrar mis ojos.

A pesar de que el tiempo transcurrió, seguí con mis párpados cerrados; su sonrisa estaba allí y gracias a ello también sonreí, imaginando cómo se sentiría un abrazo de ella una vez más. Entendí también que era mi último día en aquel lugar, pero ¿cómo podría resolver mi futuro sin todo lo que me hacía feliz? Leí otra vez la primera hoja y en ella se relataba cómo el asesino de los hombres había confesado de que aquella pulsera azul era de él. Pero nada se hablaba de mi dulce Marie, dejando una ventisca en mis latidos. Una ventisca que me ayudaba a recordar qué dirección debía seguir para poder llegar a sus brazos.

Salí a caminar sin importarme ya lo que sucediese conmigo. Pasé fuera del hogar del señor Thompson, y tras unos minutos de pensar si golpear o no la puerta, pateé una pequeña roca en aquel mediodía, hacia el pavimento.

Golpeé dos veces, entre el hermoso canto de los pájaros sobre los árboles, y ahí estaba Alina, sonriente, viendo mis ojeras magulladas y mi abrigo que hondeaba por no haber querido comer ese día.

— ¡Mark! ¡Qué grata sorpresa! Me estaba arreglando para ir hacia el parque con

mi hermanito pequeño, ¿nos acompañas?

Me quedé en silencio y tan solo le respondí:

—No puedo, Sophia está en el hospital. Ayer fue herida cuando estábamos en el bosque buscando al asesino de las personas.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber, desvaneciéndose en la puerta, entristecida.

—Sí, está bien. Solamente no puedo ir a verla, sus abuelos me dijeron que no debía volver a verla jamás y que me debía ir de mi hogar. Tan solo quería saber si podías ir a visitarla y entregarle este diario; y además, decirle cuanto la quiero. ¿Puedes hacerlo, por favor?

Alina tomó el periódico, comenzó a leerlo y me respondió:

— ¡Los detectives lo encontraron! ¿Y qué sucedió con aquella chica?

Sus labios se humedecieron al formulármelo, mi corazón latió y fue como si ellos me hubiesen atraído lentamente, mientras cerraba mis ojos. Pero respiré profundamente y apreté mis manos, contestando a su pregunta.

—Marie aún no ha sido encontrada, pero nosotros encontramos al asesino antes que ellos. Sophia se pondrá feliz cuando se entere de que todo quedó resuelto.

—Lo haré... —respondió tan seria y misteriosa como la Alina del bosque de la cual podía aprender tanto.

Luego de un cómodo silencio, ella me dijo, mientras caminaba y me abrazaba lentamente, pero con una fuerza con la que me hizo sentir que jamás se desprendería de mí. Fue como uno de esos momentos, cuando acercaba mi mano hacia una fogata en una fría y tenebrosa noche y todo mi interior se regocijaba, viviendo un pequeño placer que jamás desaparecería de mis recuerdos.

—Puedes vivir con nosotros si eso es lo que hace falta para que no te alejes de *Samara*, o puedes vivir en la cabaña, cerca de los establos, en el bosque.

Su cuerpo era tan confortante que podría descansar en él años sin querer separarme por un momento de ella.

Le respondí con sinceridad.

—No podría causarte tantas molestias.

Alina se separó y me miró a los ojos con la misma bondad que había visto en el rostro de mi madre, en mis sueños. Su sonrisa tenía pequeñas arrugas que antes no había visto, como el doble de su hermoso vestido que el viento hace mecer, al igual que lo hace con su cabello para pintar a su alrededor algo que propiamente nuestro Dios estaría celoso y maravillado de ver.

Me hacía sentir querido, protegido y en paz, como me sentía junto a mis padres y con Sophia. Era algo extraño de explicar.

Posteriormente, puso su mano sobre mi pecho y tocó mi corazón, cuando mis latidos se adherían a su gentil palma, mencionándome con sinceridad:

—Yo cuidare de ti, Mark. Tranquilo.

Mis latidos se aceleraron, y al darse cuenta de ello, entreabrió su boca.

—Gracias —le mencioné sin más palabras, mientras separaba mi mano de su pecho.

—Llevaré esto con Adrián, luego de que pasemos por el parque —comentó.

—Está bien.

Me miró, dándome pequeños golpecitos en mi hombro de consuelo, y me preguntó de nuevo, como si no lo hubiese hecho antes:

— ¡Hey!, ¿quieres acompañarnos? Será divertido. Y adivina.

La contemplé sabiendo que tramaba algo con su chocolate y mango.

— ¿Llevarás chocolate con mango? —inquirí.

— ¡Brujo! —exclamo Alina, carcajeando, cuando detrás de ella aparecía el pequeño Adrián, añadiendo:

—El peor brujo del mundo, ¡todos saben que mi hermana come chocolate con mango, inclusive en la cena!

—Hola, pequeño Adrián.

Me vio y respondió:

—Hola, Mark, ¿nos acompañas?

— ¿Qué tal si los acompaño tan solo al parque y voy hacia donde debo ir?

—Está bien —expresaron ambos a coro.

La caminata fue tan corta y fugaz, a mi parecer, que me enojé un poco con el tiempo.

Pero no podía hacerlo por mucho, a pesar de que alejaba mis hermosos recuerdos, también los sanaba y me permitía tener otros nuevos, como los de Alina y su familia.

Al despedirme de ellos, comencé a caminar sin dirección alguna. Sin notarlo los minutos pasaron y también las horas. De pronto, ya me encontraba acariciando la arena bajo mis pies, en el río *Volga*, rodeado por una acústica, de variados susurros; entendí inmediatamente que la vida me aproximaría algo.

Me sentí tan pequeño en ese momento, pero tan... inmortal.

Creí por largos minutos que si *Dios* escucharía alguna plegaria, sería en aquel lugar, por lo que ocupé la energía de mis rezos para orar por el bienestar de Sophia, no para permitirme verla una vez más; aquello ya no tenía importancia, cuando su salud y felicidad se convertían en una prioridad.

Recé en tranquilidad por la familia Thompson, y por la gentil y cariñosa Alina. También lo hice por el alma de mi dulce Marie, y luego de pensar en ella sentí una gran energía y pasión, la cual usé para llegar a un solitario lugar, donde se podía escuchar al río, murmurar su sentir.

podía percibir el frío aire hondeando mi abrigo, y cuando subí a través de unas rocas, ¡*Dios!*, no pude describirlo con otra palabra, al ver gran parte de esa

naturaleza en aquella nublada tarde, que no era triste para nada.

Luego de observarla por numerosos minutos, me senté en los bordes de piedra y solo pensé, con mis ojos cerrados y con *Dios* a mi lado, como un día pensé que la bondad y la maldad no tenían importancia para la vida, y que ello era un concepto inventado por los humanos. Pero al darme cuenta en este instante que un individuo, desde el más básico cuerpo de la naturaleza hasta el más avanzado necesita amor y bondad para sobrevivir, todo cambio, lo comprendí. ¿Qué sería de mí sin el cariño de Sophia, el de sus abuelos, los Thompson y el de Alina? ¿Y el de... mi dulce Marie?

Un humano, como un animal que no lo es, necesita esperanza en su corazón, despejar la tristeza para poder sobrevivir, ya que el ser que pierde esa cualidad es escéptico a encontrar la razón en sus días, y por consecuencia, no teme a la muerte.

La tristeza evita al ser alimentarse correctamente y a tener cuidado en su vida, como también lo es el tomar con seriedad el arrebatar la vida de sus pares.

¿Si el amor es cuidado, por qué me has abandonado mi dulce Marie?

El amor es el centro de esta teoría. Quien encuentre esa razón, encontrará el destino, y quien encuentre ello, encontrará en él el amor.

Aquella panacea mantiene el equilibrio de las cosas y las hace no colapsar. Aquella que me llevará algún día junto a ti, mi dulce Marie.

Creo que los deseos pueden trascender a la muerte. Pueden crear un universo de ilusión, donde la muerte es solo una puerta al mundo que siempre amamos y tuvimos la esperanza en el cual estar. Donde el alma descansa, luego de un largo camino.

Creo que la esperanza del amor nos puede llevar a ese instante, antes de seguir su camino a otros lugares. Creo que de alguna forma te encontraré mi dulce Marie, inclusive si ello nos lleva a un plano lejos de nuestro universo, donde las ilusiones son reales y la mundana realidad es una prisión que puede desvanecerse como un mal pensamiento.

Quizás, mi teoría tenga una escasa realidad física y sea simple literatura fantástica, pero acaso, ¿nosotros no lo somos? ¿El universo y sus teorías no son también más que una fantasía?

La realidad la definen los humanos que se aferran a su rol en la tierra, la fantasía de quienes se intentan desapegar de ella, pero el cosmos y la cascada lejos de él se rigen por algo que está muy lejos de nuestras creencias, aquella ventisca que me llevará a abrazarte una vez más.

¡Oh! ¡Cuán bello sería! ¡Cuánto drama y pasión conlleva la historia de nuestra creación!

Aquel escritor del cual sus palabras cobran vida y sus personajes se aferran a la

realidad que él ha creado en su propia fantasía.

Te lo digo ahora como un personaje de tu historia, ¿podrías ayudarme a encontrar a mi querida Marie?

Me levanté del hermoso piso de piedra y miré el cielo, diciéndome a mí mismo: ¡Apodérate del control de tu vida, Mark! ¡Porque todo se marchitará y volverá a ser polvo una vez más!

Pero como el polvo puede tomar otras formas, nuestra alma también lo puede hacer.

Pude sentir mi fe como nunca antes, por lo que cerré mis ojos con una energía tan positiva, y con la manifestación de *Dios* rodeando mi entorno, apreté mis manos, sin poder evitar sonreír en mi interior.

El aire meciendo el agua, hizo que respirara felicidad.

Cuando abrí mis párpados, sentí que el viento había atraído hacia mí el aroma de mi dulce Marie, además de los frutos rojos, las manzanas, y un bosque encantado...

Con mi boca entreabierta y mi corazón llorando de felicidad, caminé sin poder creer lo que estaba presenciando. Aquel aroma se había introducido en mí, consiguiendo que sintiera como si Marie acariciara mi rostro, hablándome a través del viento, alzando su cabello por los aires, como una fogata bajo el orden de una única deidad.

“¡Tranquilo mi amado Mark! ¡Aquí estoy, y jamás, jamás me iré de tu lado!”

¡Oh!, dije dentro de mí, ¡yo también, jamás lo haré, ni me rendiré con nuestro amor!

Miré hacia mi izquierda, donde sentía que aquel aroma se había ido, y a mis espaldas presencié su cariñosa bufanda, la que rozó mis pómulos y se adhirió a mi cuello. ¡Era la misma que había encontrado en el bosque, pero esta vez era real!

La acaricié con mis manos, temblando, y no pude evitar llorar en ella. ¡No pude! Fue todo tan... celestial.

Sentí la lana raspando cariñosamente las yemas de mis dedos, al igual que en aquella noche. Me sentí en el paraíso en aquel momento, y simplemente la abracé con fuerza.

¿Habría sido un regalo de *Dios*? O quizás, ella... ¡se encontraba aquí!

Caminé lo más rápido que pude por la arena y las rocas, he intenté buscarla por todos los lugares, pero no la encontraba, ¡no lo hacía! ¿Habría sido mi ángel guardián? Luego de hacerme aquella pregunta, me senté muy cansado otra vez a ver la ciudad de *Samara* desde lo alto de aquel lugar.

Lo vi todo con mis ojos marchitados, como si fuera el último atardecer, el último momento de mi vida.

Debía disfrutar de todo esto, antes de, quizás, irme del país o simplemente lejos de Sophia, Alina y Marie... pero ¿podría hacerlo sin la esperanza de volver a abrazarlas en un futuro cercano?

Si mi teoría era correcta, podría sostener a Marie con mis ojos y a su alma esta noche, y danzar junto a ella de una forma que jamás este universo haya visto. No como en el teatro, tampoco como en mis sueños, sino de la verdadera forma en la que yo la he amado.

Quizás, esta noche presenciaré lo que he anhelado con tanto fervor ver este último tiempo.

¿Acaso, el hombre no veía lo que deseaba ver con todas sus ansias?

Extrañé a Sophia con su boina, como también extrañé el no poder ver más a *Pelusas* descansando bajo los rayos de sol en la calle. Y respiré como si fuera la última vez, esperando, con mis ojos cerrados, que aparecieras de tu escondite y me besaras como el día en que nos conocimos.

Quise que me siguieras contando sobre tu vida, tu niñez y tu presente. Quise que me contaras una historia, que solo me hablastes de lo que tu alma quisiera compartir conmigo.

Quería llorar en tus hombros, y saber que luego de aquella tristeza, al abrir mis ojos, ibas a estar ahí para mí. Pero solo el aire con tu aroma rozó mis labios, y una lágrima volvió algo salado aquel gusto de tus labios.

Me entristecí demasiado, Marie...

Eres todo mi mundo.

Caminé de vuelta a mi hogar, y los infinitos escalones para bajar golpearon en mi interior como si fueran gotas de lluvia cayendo sobre un antiguo pozo. Como un "te extraño" en una cueva donde no se escucha respuesta, solo una y otra vez el pasado repitiendo la añoranza del interior.

En el momento en que salí de la gran catedral vi tantas parejas y familias juntas, lo que me hizo sentir mortal e insignificante. Pero reflexioné. Quizás, yo podría ser la entidad invisible en la sociedad, llevar el entendimiento más profundo del entorno que en otras ocasiones. ¡Y así podría encontrar una forma de seguir resolviendo casos junto a Sophia!

Al llegar a mi hogar, y como mi última noche en él decidí mirar las paredes y todo a mí alrededor, despidiéndome de él con una sonrisa.

Ahora que lo pienso, esta teoría algún día se cumplirá, llevándose consigo todo este dolor que revivo cada día al extrañarte mi dulce Marie. Es una condena... ¡pero es una que cumpliré por ti!, ¡por verte un momento más!

Donde el amor trasciende.

Quizás, no escriba por algún largo tiempo. Dejaré la pluma tras estas palabras y cerraré este diario para intentar encontrarte, tal vez, más profundamente entre

actos que no se escriban más que por el cielo y mis acciones. Pero de igual forma hay vacíos que debo llenar y que la escritura no logra satisfacer. Algo que tampoco puedo comprender, pero que debo hallar, como la promesa de poder encontrarte.

Dormiré esta noche sin saber cuándo escribir de nuevo, solamente... Espérame, mi ángel, espérame en aquel lugar tan fervientemente, como yo he anhelado encontrarte con vida.

Creo que... estoy harto de la ciencia. Estoy harto de tener toda la magia lejos de mi alcance. Necesito palpar el universo, necesito la magia en mis manos. Tan solo te necesito a ti, pero si no te encuentras en este mundo, estas palabras no tendrán un "ir" en el flujo de las mareas que fluyen entre el carmesí océano que nos separa.

¿Y sabes, mi amor? Si en aquel bosque diste tu último latido, te seguiré... como si cada paso en el camino al retorno de mi mundana vida estuviera en llamas bajo las plantas de mis pies. Pero si aún estás con vida, mi mariposa, en el desierto, si aún sigues en este mundo, te deseo una hermosa vida, a pesar de que te hayas alejado de mí. Como también el que jamás debas extrañar, como yo lo he hecho contigo.

Si algún día deseas llorar, hazlo en el lugar donde nos besamos por primera y última vez, porque que ahí estaré, para consolar tu malestar. Y si algún día debes amar, hazlo con cada parte de ti, observando el danzar del presente y sintiendo como la primera vez, porque un día desearás volver a ese instante.

Lo harás, mi dulce amor, lo desearás tanto que serás capaz de escalar hasta la más alta montaña para acariciar las nubes y las estrellas. Y así tan solo suspirar un segundo el aroma que en aquel instante te adormeció.

Si algún día te sientes triste, acogeré tus lágrimas en mi eterna espera para que entiendas que cuando decidiste hacer arder el paraíso que habías creado en mí, fue cuando viví por primera vez.

Y si algún día debes morir, hazlo, entendiendo que ahí estaré para juntar nuestras manos en la eternidad del cariño que te tengo. Y del que siempre te tendré.

Te quiere y te ama, tu valiente Mark.

Una escritora misteriosa.

27

Mi valiente Mark.

Hay cosas que parecen tener un sentido divino, ¿no es así? Como esta hermosa coincidencia de toparme con la entropía de tus palabras en esta noche. Como la que hoy sentimos en el río Volga

Pero debes entender que no quería que tu corazón se sumergiera en una ilusión, como el acero posee al corazón en la venganza, y un abrazo lo hace en la oscuridad, ya que luego de ello, no hubieras logrado diferenciar entre el cielo y el infierno.

Siento haber dejado escapar mi bufanda que tomé de tu hogar, no fue un plan ideado el que me recordaras hoy de aquella forma.

He intentado cuidarte en este largo tiempo, y veo que te ha gustado la pulsera que hice para ti. Solo he esperado tan solo que mi recuerdo y tus penas se fueran con el viento.

Esperé en tu soledad y tristeza, como en tus sonrisas y alegrías que disfrutaste con alguien más. Pero a pesar de ello, te vi perdido, te contemplé añorando el cielo y las estrellas.

Sentí lo mismo una vez, querido mío.

La vela junto a esta última página de tu diario, llevará estas letras al cielo, y a nosotros también.

Pudiste ser un gran físico o un gran artista, pero en vez de eso, te convertiste en el más hermoso arte que alguien pudo haber creado... El arte que creó el amor que se escapó de las manos.

No una simple pintura, ni una teoría que explicara el porqué de algo entre los planetas.

Sino que fue como un sueño, como en el cual ahora te encuentras, y del cual jamás despertarás.

Mientras sostengo tu hermoso diario se humedecen las páginas con mis lágrimas, y veo que mi cabello ya no es tan cobrizo, sino algo más oscuro, como el de la sangre luego de posarse unos minutos en él.

¿No ves como tus palabras contagiaron las mías?

Te quise y te amé a mi propia manera, como sé que quisiste a muchas de tus teorías y como también quisiste con fervor a Alina. Pero hubo una teoría en

especial, una de la cual jamás te rendiste, una que amaste hasta aferrar tu vida a ella, y que por hermosa casualidad tenía mi nombre.

Hubo muchos hombres en mi vida, pero uno en especial que solía llevar una pulsera azul, al que amé de una manera como solo tú lo hiciste conmigo. Aquel ser me dañó de una forma que deseé que jamás sintieras en tus días, pero aun así sé que lo provoqué en ti...

Quité la vida de esos hombres porque no eran buenos, y condené al que amé a un sufrimiento en vida que nunca olvidará tras las rejas.

Pero luego... algo ocurrió.

Debo confesar que jamás creí que encontraría a uno que lo fuera.

No puedo condenarte a esta tortuosa vida de añoranza y falsas esperanzas, sabiendo ahora al leerte, lo que sientes y lo que en verdad eres. Es por eso que te daré el mayor regalo que he recibido por no haber logrado amarte en vida.

Espero que tu bella teoría nos una esta noche, mi querido y dulce Mark.

Se despide, enlazando nuestras cálidas manos y durmiendo para siempre junto a tu lado, para que en nuestro despertar nos encontremos el uno al otro en paz y armonía como creíste con tus últimas esperanzas.

Confía en ti.

Tu dulce Marie.

Segunda parte.

¿Qué es lo que merezco?

28

26 de febrero. 1973

Sin notarlo me he convertido en un ave enjaulada, aunque puedo irme cuando lo desee aun así reclamo mi libertad a las nubes, de una condena que yo misma emití.

Gracias a Dios que he comenzado a escribir recientemente, porque hay noches, hay tantas madrugadas en que mis parpados se han cerrado y mi cuerpo se ha convertido en hierro, pero mi mente no ha logrado descansar mucho que digamos.

A pesar de ello, hay mañanas en que sonrío con el sol que se presentara en mi morada, entonces salgo con *Pelusas* a dar una vuelta mientras la nieve cae por las calles.

Si no te hubieras ido, no sería tan fuerte como lo hice luego de tu partida.

¿Me podrías explicar cómo el amor y el sufrimiento son las causas por la que nos podemos fortalecer como con ninguna otra ocasión más?

El amor es una fortaleza ilusoria, y el sufrimiento una fortaleza que no se desvanece con nada. Pero es extraño el querer ser fuerte para soportar situaciones, cuando la vida te enseña que el vivir esas experiencias es el único camino para llegar a ello.

El hondo y oscuro pasillo que recorría mi mente por los pasillos del hospital, parpadeando y las enfermeras viéndome mientras dormía, eso es el único

recuerdo de aquella noche.

El sol parecía caer como nieve en el amanecer de hoy.

Me sentí cansada a pesar de que no lo estaba, pero aun así, fue extraño.

Era como si fuera un globo aerostático. ¿Cuándo me desplomaría?.

Me sentí débil, pero tan alta que no entendí lo que sucedía conmigo.

Decidí levantarme y darme una larga ducha, por lo que luego fui a tocar el violín a resguardarme entre las notas de *Bach*, y un poco de música gaélica.

Es un secreto, y te lo contare: suelo bailar mientras la toco, como los irlandeses románticos por la noche.

No lo sé...

Ha pasado tanto tiempo de que puedo escribir sobre mí, y más cosas que nadie más que mis ojos han visto.

Cada vez que salimos a pasear con *Pelusas*, el mira a tu balcón moviendo su colita, y ese gato que tanto te coqueteaba, *Mofletes*, aunque no lo creas... le he visto sonreír al ver los nuevos inquilinos abrir las ventanas de tu hogar.

No sé si estas palabras de alguna forma o en algún lugar serán leídas por ti, o serán meramente ayuda propia.

Pero tú me enseñaste a perseverar, y el creer en algo, aunque la única quien lo haga sea yo, porque aquel día en que tu hogar se incendió, pude verte en mis sueños, y como me dabas un último abrazo, hablándome del comienzo del universo, y como detectives que éramos, debíamos resolver el caso de nuestra felicidad.

¿lo recuerdas tontito?.

Y a pesar de que Marie nunca apareció. El día en que recibí la noticia, estaba aún en el hospital, y me sentí algo desorientada, pero segura de que había algo inconcluso, y creo que debo continuar esta búsqueda por ti, conocerla a ella, y quizás tú puedas escuchar, lo que tanto deseabas saber.

Debo contarte que tras todos estos años, *Pelusas* ha envejecido bastante mal, tiene dificultades para caminar, y sus dientes se han caído, por lo que lo alimento, con comida suave como a los bebés, y lame mi mano absorbiendo todo como una gran aspiradora o quizás una esponja, pero en realidad lo considero masajes gratis, de alta calidad.

¡Hubiéramos hecho de esto un gran negocio, con cupones de descuento también!.

Sé que te reirías de esto.

El comienzo.

29

30 de febrero

Te escribo desde el tren que en este momento viaja a *Polonia*. El aire aquí dentro es algo templado, pero los abrigos no dejan de abundar, ya que recién comienza el invierno.

Me encanta el sonido del tren en este lugar, desearía que pudieras escucharlo unos segundos.

Mientras más vivo, viajo, y conozco nuevas personas, me doy cuenta de que la vida es más que un pequeño sitio donde refugiarse.

Pelusas se encuentra con los equipajes en su jaula, ya que por suerte he conocido a quien los recibe, y ha sido un hombre muy amistoso, me ha contado que ha cuidado de él, y ha sido todo un caballero.

El paisaje que veo ahora es asombroso, hay un poco de neblina, pero todo es inmensamente verde, aún más que en *Rusia*, pero no es tan grande la diferencia, porque solo hace un poco de menos frío, y los inviernos no son tan duros como en nuestro hogar.

El tren se detendrá en dos horas más, y cuando lo haga llegaremos a nuestro destino.

Pero antes de que lleguemos, quiero escribir que puede que hayas estado en una encrucijada similar a la que yo tuve que sentir cuando el día de tu partida llego. No se si fuiste tú el que causo el incendio, o solo fue un accidente.

Y no te culpo si has tomado la otra opción, he sufrido bastantes guerras en estos años, y he entendido que no debes culpar a quien decide irse cuando cree que es necesario.

Ya que todos lo consideramos más de alguna vez en nuestras vidas, ¿y quién somos para decidir por otros y obligarlos a sentir, y vivir en la perspectiva que tenemos nosotros en ese momento?.

En estos días aun así, la lluvia que desciende de mis parpados al secarse, crean un gran arcoíris de esperanza, y más de un motivo por el cual ser feliz.

Si estas páginas de verdad nos conectan el uno al otro, espero que me escribas o me enseñes algo, alguno de estos días.

¡Tengo tantas cosas que decirte!.

Algunas pequeñas cosas

30

5 de marzo

El sol hoy sigue posándose sobre Pelusas, y lo ha hecho cada día aunque este tras las nubes.

¿Cómo se podría explicar que la luz siempre este sobre el?, ¡creo que *Einstein* y *Tesla* se volverían locos resolviendo este problema!

Pero siendo seria, intento pensar con fuerza el cómo volver el tiempo de estas letras, hacia su lugar con anterioridad, pero solo logro volver al mismo tiempo. A veces ocupo mi cámara de video de mi abuelito, que es bastante grande y pesada, pero aunque esta averiada, puede grabar momentos y paseos junto a *Pelusas*.

Por momentos rebobinó los videos y puedo viajar al pasado repitiendo todos esos momentos, una y otra vez.

¿te imaginas algún día en que las cámaras sean tan realistas que no puedas diferenciar si es la vida en realidad, o una simple pantalla?, ¿podremos algún día introducirnos en grabaciones y mantenernos vivos en máquinas, para rebobinar una y otra vez, esas grabaciones sin descanso alguno. Vivir en ellas, en lo que nunca queremos que pase, y aun así detener esos momentos.

Vivir nuestro primer amor, acariciar a nuestras mascotas para siempre, y nunca más estar arrepentido de no haber vivido los mejores momentos.

No leas estas estupideces... lo siento aun soy una niña dentro de mí, te seguiré escribiendo cuando llegamos a la estación.

Semanas más tarde.

31

23 de marzo

Tengo una pequeña habitación en una ciudad como la nuestra, ya que tiene un bosque a las afueras de ella, antes de partir fui a visitar al hombre condenado por el asesinato que habíamos resuelto, ¿sabes lo que me dijo?.

Prepárate porque es algo terrorífico decirlo... incluso aquí.

Pero agradezco a Dios por tener la fortaleza de escucharme, de entenderme y haber hecho que pudiera conocer en algo más a Marie.

Y no Mark, nunca estuviste loco, y menos demente.

Te lo diré mientras camino hacia mi hogar, cruzare por una calle con productos artesanales de esta región, donde el hablar de las personas me hará sentir en compañía, y algo menos invernal.

Bien, creo que es tiempo, comienzo a ver las manzanas, y algunas telas...

Uno, dos tres...

Marie...

Marie no es lo que creías o crees que piensas, no es que el hombre encarcelado me haya dicho que no existía, es tan solo que estuviste solo tanto tiempo, que puedo comprender como ello ha podido perjudicarte, quizás imaginar cosas que no estaban allí, ¡porque yo lo sentí!, tantos meses y años.

Esta mañana tuve que ir a un nuevo trabajo en el periódico, me necesitaban unas semanas aquí, pero es un secreto.

Lo que no lo es, es el que más tarde fuimos al bosque y *Pelusas* insistió en querer comer cada hongo que encontraba entre los árboles.

¿Sabías que los hongos lejanos a los árboles, se adhieren a las raíces de los árboles y se comunican con ellos, para poder crear su vida en la parte baja de ellos?

También otras especies, se comparten nutrientes cuando sus pares lo necesitan, pero solo a algunos.

Y también, cuando él se acercaba a uno le estornudaba de frente, e iba al siguiente.

Era gracioso.

En el momento en que salíamos del bosque, nos encontramos con un hombre, de quizás tu edad o algo más joven, él tenía el cabello claro, con cejas algo más oscuras, en fin no te preocupes, no era un asesino ni un hombre fofo cazando ardillas.

Pero me dio una nota, y ella decía.

Mañana llevare información a la oficina para el periódico, sé que te interesara.

Luego de tu partida no quise el tener ninguna conexión con nadie por algún tiempo, pero como dice mi abuelita, lo que pensamos está muy por debajo a lo que sentimos con nuestro corazón.

¿Y sabes porque?, Porque él es quien recibe el cariño, el dolor e interpone sus latidos cuando los pensamientos se nublan. Él siempre estará ahí, el siempre será honesto, como también tu pequeña compañía y el único con la valentía que te defenderá.

No como nuestra mente que muchas veces nos traiciona, y nos deja de lado cuando aún nuestro corazón sigue latiendo.

Y cuando te digo que me importas.

Lo digo de verdad.

Con mi corazón.

Algo que te interesara.

32

24 de marzo

Mientras traspasaba una noticia sin importancia, escuche que golpearon la puerta de mi oficina, por lo que pregunte:

—¿Quién es?.

—el hombre de la noticia.

Me puse a pensar, y le deje entrar.

El acomodo su abrigo y parecía algo más descuidado respecto a su aspecto que antes.

—es usted es Sophia?

—dígame en que puedo ayudarlo. —Le dije sin entender su seriedad al mirarme de aquella forma.

—dígame que no le entregara a nadie estos documentos, mas que a una sola persona. Debe jurármelo.

—¿Por qué?, apenas lo conozco. —Le dije algo asustada.

—porque son de gran importancia para mí, usted conoce a Mark Evenson.

Sus ojos comenzaron a verse algo húmedos, y creo que también los míos...

El continúo:

—necesito entregarle estos documentos de suma importancia, nadie más los puede ver.

he tenido información de que usted ha sido la persona más cercana a Mark en sus últimos días, por favor señorita, le pagare la cantidad que usted estime necesaria, para obtener aunque sea un grano de arena en esta montaña que deberé escalar para encontrarlo.

—lo siento, pero Mark Evenson se encuentra fallecido.

El trago saliva y continuó, —eso no puede ser posible, no lo es, por eso vengo a usted a saber la verdad.

Mi sangre se congeló, y mi corazón también, no pude mover mi rostro y tampoco decirle nada.

Pero junte fuerzas, y le dije:

—le pediré que se retire por favor.

Si usted sabe dónde está Mark, dígame que mi padre fue un hombre muy cercano a su padre, y él le ayudó cuando más lo necesitaba, su nombre era Leonard.

Note que su voz se hizo algo más aguda, pero no menos varonil que antes.

¿Vera los dos eran científicos, tan solo guárdelo hasta que él pueda verlo, ¿me lo promete?.

—le asentí con mi cabeza, y cuando comenzó a marcharse, acaricie la carta con las manos.

Esta estaba bastante amarillenta, y en su exterior solo se señalaba una palabra y un nombre que heló mi sangre...

Para Mark Evenson.

Quise abrirla, pero...

Mi corazón latió.

Una, dos y tres veces, hasta que al cuarto latido la abrí quedándome sin aire.

Querido hijo.

Han estado experimentando en ti y en nosotros.

Conseguí que te liberaran con la condición de revelar todos los datos de nuestra investigación junto a mi querido amigo Leonard.

El estará libre, pero yo y tu madre no.

Tu madre no se encuentra bien para escribir, como yo tampoco lo estoy.

Si algún día sientes en tu edad adulta, los síntomas de las sesiones que aplicaron en ti.

Acude con Leonard por favor.

No dejes pasar más de algunas semanas con los síntomas.

El te entregara esta carta cuando tengas la edad suficiente para entenderlo.

Solo puedo decirte que nuestra percepción de la realidad y nuestros sueños son más profundos de lo que llegarás a entender.

Ellos pueden convertirse con los ajustes correctos en un arma de manipulación sin reversa alguna.

Espero que cuando hayas leído esto seas un joven feliz.

Y deseo de corazón que tengas una vida sana y normal

Te amamos infinitamente.

Tus padres.

Natasha Sereda y Niels Thompson

El aroma de las galletas resurge

27 de septiembre

He vuelto a *Rusia*.

Lo siento por no escribir en tanto tiempo...

Pero creo que entenderás el porqué.

Esta mañana recibí una carta bajo mi puerta, era un extraño día soleado, ya que las calles estaban muy frías.

La carta venía cerrada con un suave pegamento, y al cerrar la puerta decidí leerla caminando luego sola por las calles.

Su escritura era suave y delicada. Por ello puedo inferir que la escribió una mujer, porque los hombres suelen presionar con más fuerza los bolígrafos en el papel.

*Nos vemos a las 6pm en el parque Druzhby
No vengas acompañada, por favor.*

Me vestí con la ropa más abrigada que había encontrado, lleve el revólver por si algo ocurría.

Sabía que era sobre mi viejo amigo, pero era imposible que fuera Marie o Alina, debía ser alguien más...

Al llegar a aquel parque, me senté en un banco de madera, y espere en el lugar principal.

Las aves volaban y emitían sonidos, fue algo que me hizo pensar en la vida.

Al sentarme en la banca vi aproximarse a Alina con un vestido, y un abrigo.

No pudimos evitar sonreír al vernos.

Y tan pronto como nos abrazamos comenzamos a hablar sobre nuestras vidas.

Alina comenzó a hablar sobre lo que ocultamos todos los humanos, precisamente lo que ocultabas tu, y que quizás no sabías.

Le dije a Alina:

—creo que todos tenemos nuestra pequeña libreta de conocimientos en algún lugar, algunos bajo llave, y otros que dejan que el viento elija que paginas revelar.

—¿tú tienes una?

—algo así, aún no sé lo que es en realidad, puede que sean tan solo conocimientos como teorías, pero si algunas vez te atreves a verlas, solo

encontraras pensamientos pasajeros, o conversaciones con alguien que no he querido olvidar.

—pero Sophia todo es pasajero, incluso los pensamientos que cambiaron el mundo en el que vivimos hoy en día. Imagina las ideas que pudieron haberse originado en la mente de Mark...

El silencio se apodero de nosotras, y Alina apoyo su cabeza en mi hombro con sus ojos cerrados.

Mire hacia el horizonte, viendo en él un copo de nieve que cayó lentamente como si fuera una hermosa pluma dejándose llevar por el viento...

Quizás al igual que las páginas de mi pequeña libreta...

Imagine a los padres de Mark, junto a otras numerosas familias, y a mi pequeño Mark...

qué cosas habrán ocurrido en tu mente?

Alina se separó de mí y el calor que dejo su cuerpo junto al mío permaneció largos segundos en él. Pero el tiempo transcurrió y esa sensación se comenzó a ir.

Alina me miro y comenzó a decir:

—Creo que Mark debió haber descubierto algo asombroso, ya que jamás lo había visto tan emocionado por algo, pero estoy segura que no fue por Marie, sino que las emociones que ella hizo nacer en él, las ganas de aventurarse, poder encajar respuestas como nunca antes, y tantas cosas que se fueron con él.

Ella cerró sus ojos y me sonrió apenadamente diciéndome:

—a aquel lugar...

¡No podía verla así!, no aguante, tuve que abrazarla sabiendo dentro de mí que ella sentía algo tan cercano al amor por él.

—se está haciendo tarde, y me siento algo cansada.

Le asentí con mi cabeza notando que se acercaba el anochecer y la luna ya se veía en el cielo, en aquel ultimo destello de luz, sentí tristeza por ella, ya que hubiera hecho una hermosa pareja junto a Mark.

Conocimientos de tu padre.

34

4 de octubre

No puedo encontrar las palabras...

Hoy desperté con una extraña sensación de querer hablar con alguien, pero ese alguien jamás ha existido.

O quizás eras tú.

Me levante solo con la idea de releer la tercera anotación sobre los sueños, en el habían numerosas entrevistas a hombres que eran ciegos, sordos, como también personas que no lo eran.

¿no es algo maravilloso?.

Al cambiar la hoja, me percate que ella raspo mis dedos donde el sol del

amanecer daba en su esquina, rompiéndose desprovistamente helándome el corazón con un escalofrío.

Decidí dejarlo en el mismo lugar mientras pensaba en como tu padre había enfocado su vida tanto a lo que no podía entender, como si tuviese una obsesión que no le permitía disfrutar la vida en todo su gozo, tan solo vivir...

¿Pero y si su felicidad eran las respuestas a todas sus preguntas?, ¿habrías sido tu de esa manera?.

Pero... no, no lo creo.

¡No, no lo sé! Este hombre era más complicado que cien mujeres en una tienda de ropa en oferta.

¿Su padre habrá sido así?.

A veces me lo imagino más serio y algo más varonil, con voz ronca, algo un poco distinto a Mark... a ese detective que siempre busco la luz.

La escritura de su padre, contradice en ciertos puntos a mis sueños premonitorios, por considerarlos solo una condición de probabilidad y parte de la evolución, como protección al cuerpo humano.

Quizás las personas no nos vemos como creemos, y toda esta historia está en la mente de una niña que quiso alejar su realidad.

O tan solo debería tomar algo de té con galletas, y dormir, ¡si!, creo que eso es, porque *Pelusas* es real, su fragancia a queso francés es auténtica.

—no es cierto *Pelusitas*?.

El batió su cola de lado a lado, y me sonrió antes de volver a dormir, con su estómago hacia arriba.

A veces me pregunto qué piensa el de mí. Y como el percibe el mundo sin medir el tiempo que transcurre a través de su vida.

El miedo de los segundos, de las horas, o de los años que transcurren.

No hay temor en su mirada, solo vida. ¿No es algo bello?.

Mi corazón sonríe al pensar en ello, tan solo al saber que él es feliz...

Ya todo ha pasado, nada queda, o quizás para lo que quiero permitirme ver.

Alina me ha confirmado lo que más había temido sobre ti, ¿porque he desconfiado de ti Mark?

A pesar de que nuestra amistad siempre se basó en nuestra confianza, tu mente nunca estuvo bien asentada, y tus temores crearon algo que no estaba allí, por lómenos en la realidad que muchos de nosotros coincidíamos. Pero aun así, para tu realidad no fue de aquella forma.

Me es difícil convencerme de que ya todo ha acabado, tan solo me siento... libre.

Este amanecer mientras en mi cama escribo este diario, sonrió con algo de tristeza. *Pelusas* me mira acostado sobre mis pies, y el sol se posa sobre él, como

aquel amanecer, ¿lo recuerdas?.

Que sucedería si aparecieses ahora diciéndome que jamás te has marchado, y que este mundo... es tan solo un jardín, que vive duras y cálidas estaciones, y no hay demasiado que hacer.

Encontrándonos con ese tiempo libre, solo para solo crear sonrisas...

No dolor como las demás personas.

El padre de Alina le conto que quizás pudieses tener algún tipo de esquizofrenia, o un trastorno que se desarrolló en aquel día que conociste a Marie.

Pero no le he contado nada sobre la carta, y los documentos de tus padres.

Tu secreto morirá conmigo.

Y si tu corazón se rompió, sucediese lo que sucediese, te entiendo mi querida alma del bosque.

Las ventanas de estas calles, las puertas, el suelo y todo, todo ello cuenta una historia, y en ella estás tú.

Pero lo más importante, es que las flores y los arboles, se las cuentan a ellos mismos una y otra vez, al esconderse el sol.

En como existió un hombre que jamás encajo entre sus pares.

Creo que tendré bañar a Pelusas, su fragancia me está haciendo escribir cosas fuera de mi mente.

Te deseo una buena noche.

Y no olvides que si quieres conversar con alguien, aquí estaré yo y *Pelusas*.

Te quiero...

Gorriones.

35

5 de octubre

He dejado algo que escribí para ti en cerca del río *Volga*.
Cuando la luna salga, ya no estará más que en nuestras mentes.

Quizás me recuerdes a los gorriones.

*Tal vez porque pareces desaparecer entre los días de nieve,
Incluso en el sol de primavera.*

Has creado un imperio en mí.

*Y tú, como su único arquitecto, eres el único que puede destruirme y construirme
cuantas veces quieras.*

Tal vez a veces tu distancia me hace querer dar un último suspiro.

*Pero cuando empiezo a respirar, veo a los gorriones en mi ventana y te recuerdo
otra vez.*

Hay noches en las que pienso en lo mucho que te perjudico al escribirte.

El que me conozcas, mi tristeza, mi inmadurez.

¿Entonces por qué involucrarte en esto?

Hoy el día estaba soleado, y las flores aun tenían sus pétalos.

*De repente empezó a llover, los gorriones se alejaron del jardín, y la lluvia se
convirtió en un aluvión en mis ojos.*

¿Puedes explicarme cómo sucedió aquello?

Si tan solo pudieras resolver casos de nuevo junto a mí...

*Tal vez hoy en mis ojos caiga nieve, dándome cuenta de que es tan solo un
sueño, pero tal vez, pueda recordar con ello la felicidad de un día nevado*

*junto a ti.
Cómo lo hiciste tú en mí un día.
Me recuerdas sinceramente a los gorriones.
Un poco, tal vez...
O algo más.
Porque estás ahí, siempre estás ahí para mí
Como yo lo estoy para ti.*

Una noticia alarmante.

36

9 de noviembre

Luego del trabajo en la oficina de *Samara* decidí regalarme a mi misma unas hojas de periódicos antes de salir.

No sé porque, pero siempre se me han hecho algo atractivas, quizás porque ello haya marcado una experiencia que jamás olvidare en mi vida, al igual que los más grandes acontecimientos en el mundo, se han dado a conocer en hojas y letras impresas de periódicos.

—es hora de salir, señorita Sophia.

Dijo el guardia en su turno nocturno.

Me acomode mi cabello de manera algo torpe, ya que había olvidado cepillarlo hace bastante tiempo, y le respondí.

—Lo siento, los periódicos me traen recuerdos, y usted sabe que me encanta leerlos.

El hombre se sonrojó, y me dijo, —a mí también me gustan, ¿cuál ha sido su historia favorita?.

De improvisto tuve que abrir el periódico, intentando hacerle pensar que tan solo recordaba mi noticia favorita del día.

Así fue cuando leí.

Desaparición de hombre causa revuelo en Syzran, y revive el ambiente de los asesinatos ocurridos hace 7 años.

Oleg, un joven estudiante de medicina fue encontrado la mañana del pasad...

Mire al guardia y le dije con mis ojos abiertos y sorprendida:

—¡la desaparición!, ¿no es interesante saber quién pudo haber hecho eso?.

—oh, claro señorita Sophia, concuerdo con usted. —Me dijo totalmente aterrorizado por mi rostro, he interesado en mis palabras.

Y así salí de mi trabajo con el periódico en mi mano, viendo a una mariposa nocturna y siguiéndola por las calles.

El aleteo de sus alas, emitía el mismo sonido de las hojas del periódico al momento en que uno cambia sus hojas, pero un poco más despacio, algo más tranquilo.

Quizás las historias que contaban las páginas que cambiaba con cada aleteo eran más silenciosas, algo melancólicas y más cálidas... más felices.

No todo podía ser oscuridad...

Camine sobre algunos charcos de agua que había dejado la lluvia en el día, mire hacia abajo, el suelo tenía un aroma liberador, que al subir mi mirada me hizo encontrarme con que no había nadie por las calles, y el farol sobre mí, que alumbraba ese momento, dejó ver a aquella mariposa perderse entre la noche.

¿Qué es lo que estaría pensando esa mariposa?, ¿qué es lo que soñara esta noche?, es algo que se preguntaría Mark, pero ahora mismo lo hago yo.

Es un poco extraño, en cómo nos vamos convirtiendo en las personas que añoramos, a medida que transcurre el tiempo, quizás es porque queremos sentir las más cerca, queremos escuchar que es lo que dirían, el sonido de su voz, la forma de hacer sus cosas, la forma en la que pensarían, como en la que lo harías tú.

Quizás tu nunca amaste dar una caminata por las calles de noche, y me decías lo

peligroso que era, y me hace sonreír algo... un poquito.

La mariposa volvió a surgir de la oscuridad mientras me iba a mi hogar, y a pesar de que nadie jamás lo creerá, sé que tu si lo harías

Syzran

37

10 de noviembre

No me creerás, pero por la noche he viajado a Syzran, coloque mi boina sobre mi cabello como lo hacía cuando era tan solo una niña, ¿y sabes que hare?, saldré a buscar pistas, resolver este misterio.

No más cobardía, porque el amor esta hecho de valentía.

En este momento salgo con una pequeña libreta para tomar notas y un revolver que es a fogueo, ya que el de nosotros se ha perdido, y también con *Pelusas*, que al parecer ama como se ve mi cabello algo dorado en la luz del sol, con mi nuevo vestido y suéter.

Cuando salimos de la habitación, bajamos por unas grandes y frías escaleras de metal, al bajarlas vi a dos mujeres, una baja y otra algo más grande, que si no se hubieran movido, hubiese creído que eran legendarias *Matrioshkas*.

Les escuche hablar sobre los tiempos soviéticos, y como se ocupaba el mismo cerrojo en todos los hogares.

¿Es una locura no lo crees?

Al caminar por las calles, investigue el lugar donde había sido encontrado el cuerpo.

Fue algo relativamente fácil, luego de algunas preguntas a ciertas personas, ya que había viajado en mi infancia con mis abuelitos aquí.

Porque ellos tenían algunos parientes lejanos...

Aunque el lugar había sido registrado completamente, seguía la estela que había dejado el cuerpo.

Pude sentir la energía que había en el suelo de aquel lugar.

Sentí una fiebre momentánea que se incrementaba a cada paso al dirigirme a donde estuvo el cuerpo.

Vi la casi difuminada aura que había dejado su cuerpo, y esta no era de tristeza, ni de odio, era de...

—¿Quién es?

Dije al sentir las hojas crujir detrás de mí.

Mi fiebre desapareció y de pronto, una voz salió de sus labios.

—soy Marie, Marie Mercier.

Vi directamente a sus dorados y azules ojos, y el cobrizo cabello del cual me había hablado Mark tantas veces, era ella.

Mi corazón latía con fuerza, sentí la piel de mi pecho ardiendo con cada latido.

¿Era esto lo que vivió Mark?.

—debo hablar contigo. —Me dijo con algo de pena en su rostro, pero a la vez dejando un gran pesar atrás en su vida.

El lugar en el que nos encontrábamos estaba completamente desierto, una parte de mí quiso sacar la pistola de mi pantalón y hacer que bajara su guardia, para de alguna forma detenerla por mis propios medios.

Pero no pude...

—¿qué es lo que quieres hablar conmigo?, ¿no te conozco!

Ella trago saliva, y me dijo:

—es algo complicado, solo déjame hablar contigo.

La idea de que una persona que pensaba que estaba muerta, me hablara en un instante, era algo de lo cual no podía asimilar.

¿Podrías hacer lo mismo Mark?

Tan solo un segundo...

Saque mi revolver de un impulso de mi vestido, y le apunte a su rostro, queriendo borrarlo de la faz de la tierra.

—¡dímelo ahora!, ¿o también me asesinaras como a los demás?, ¿Cómo a Mark?.

Al decir esas palabras, comencé a llorar, mi cuerpo temblaba, no podía... no podía controlarlo y le grite.

—¡Dímelo!, ¡dime que lo mataste maldita asesina!.

—Sophia, no asesine a Mark.

Sentí un vacío en mi pecho al escuchar eso, tan profundo... creí por unos segundos que mi corazón y el tiempo se habrían detenido, baje mi arma con mis brazos cansados, prácticamente ya no podía moverlos.

Comenzó a acercarse, y me abrazo mientras ella también dejaba escapar algunas lágrimas.

Mi cuerpo se entumeció, y el revólver cayó de mi mano hacia el suelo. Podía sentir sus ojos cerrados y como las lágrimas humedecían mis mejillas. —Yo no mate a Mark, lo prometo... —me dijo separándose lentamente de mí. —dímelo entonces todo, sin ninguna mentira... sin esconder nada, tal y como sucedió.

Marie trago saliva, y comenzó a caminar extendiéndome su mano en señal de que la siguiera.

La mire, y camine con las manos dentro de mi suéter, pensando que quizás este sería el último día en el que estaría con vida, o quizás el último de ella.

El paisaje era de bastante césped y helechos, solo los árboles se enseñaban a lo lejos.

—Bien, —Dijo cruzando sus brazos, y con su mirada perdida.

—Mark... yo a él lo conocí en el año 65, luego de conocernos en el teatro de *Samara* en aquellos tiempos. Yo trabajaba allí vendiendo boletos, y él se acercó a comprarlos, en ese momento vi en su mirada algo triste y perdido, como también su aura me lo demostraba, fue entonces cuando me acerque a hablarle, de lo que luego surgió una larga conversación y día, aquel fue el primer día en que nos besamos. Tuvimos una relación de un año, o quizás un poco de menos tiempo, no lo recuerdo muy bien...

Ella hizo una pausa, y respiro como si el aire que respiraba ardiera dentro de ella.

— Pero luego de estar tanto tiempo con él, yo empecé a estar con alguien más... Mark lo descubrió el día en que rompió conmigo, aunque él hizo aquello, jamás pudo aceptarlo.

Aquella tarde, lo vi tan entristecido.

Pero se marchó, entre lágrimas por el bosque...

El día de la noticia, me sentí tan devastada, y quizás no me recuerdes, pero una vez te vi de muy lejos, cuando lo acompañe a su hogar.

Marie parecía decir la verdad, pero nada de eso concordaba con lo que me había dicho inclusive el solo me había mencionado que la había conocido el mismo día en que se alejó...

—¿y qué hay de los Asesinatos?

—yo no tuve nada que ver con ello.

—Mark me dijo que ustedes estuvieron la noche de los asesinatos en el bosque, no me mientas.

—¡no lo hago!, no he tenido nada que ver con ello, aunque no sé porque él te habrá dicho eso, solamente sé que él estaba totalmente desequilibrado luego de escuchar que tenía a alguien más.

—fue como si sus pensamientos se hubiesen bloqueado, y tuviera una especie de

devoción que distorsionaba su realidad respecto a la verdad.

Recordé la carta, y los experimentos realizados...

Creí fervientemente que ello había sido en Alemania, cuando se desmoronaba el alma del país. Por lo que las únicas pruebas de que alguna vez eso sucedió, estaría en la carta que me fue entregada.

Respire cerrando mis ojos, con mi vestido flameando en aquel atardecer, escuche los árboles y sus hojas, como si estas fueran olas en un vasto océano.

—Sophia, yo creo que las personas cambian drásticamente su personalidad con el pasar de los años, para bien o para mal, y he descubierto algo, y esto es que debemos escapar del laberinto en el cual vivimos, en orden para entendernos a nosotros mismos y ser felices.

—¿Cuál laberinto?, ¿de qué hablas Marie?

Nos sentamos en un tronco que había caído hacia el suelo, alejado ya del sitio en el que estábamos, y ella continuo.

—en el cual se rige este universo, nuestro instinto es el que reitera que todo se repita una y otra vez, y es por eso que nada cambia, todo permanece igual, es un ciclo, ¿no te has dado cuenta?, todos creemos romperlo durante nuestras vidas, pero somos tan soberbios que no lo hacemos del todo.

—creo que entiendo.

Le dije mirándola con algo de mejor ánimo, dándome cuenta que era lo que mi instinto hacia como si todo estuviera predestinado.

—¿te gustaría contarme algo más sobre ustedes dos?

—Sí, no te he contado algo, —me dijo ella mirando a sus zapatos. Y continuo: El novio que tuve cuando termino todo con Mark, ha sido el que cometió los asesinatos, estaba desquiciado, fue algo que nunca supe hasta que termine con él. Pero él está en la cárcel en estos momentos y el asesinato que se cometió en este lugar mencionado en el periódico especificaron que habían sido ahorcado y enterrado, como los que había cometido el.

La mire directamente a sus ojos que parecían no tener sentimientos, más que el de solo e vagar por una tierra que ya no espera nada de ella.

—Marie, es por eso que has venido a este lugar.

—si...

Le pregunte observando su cara que estaba algo apenada ahora, —¿entonces no tienes idea de cómo ha sucedido?

—el solo me confesó que lo habían obligado, porque ellos estaban vinculados a una causa. Pero no me quiso decir a cual.

Nos quedamos en silencio largos minutos... hasta que comencé a recostarme a mirar el cielo que oscurecía cada vez más, mientras veía que ella tan solo comenzaba a dormir también.

No aguante más y mis parpados comenzaron a ceder, pero me resistí con mis últimas fuerzas para ver a Marie.

Ella no parecía ser ese monstruo sádico que tenía en mi mente, y menos una asesina.

Se veía frágil y cansada, pude percibir mirándola mientras respiraba, como sus palabras parecían ser solo verdad, y una sensación, algo, ¡no lo sé!, pero puedo quizás entender que ella estuvo arrepentida por lo que le hizo a Mark, y que jamás volvería hacer eso.

Quizás las personas si cambien con el tiempo, porque a pesar de que Mark ya no se encuentre aquí, vi en su alma que le extraña, añora su compañía y la calidad de su sinceridad. Como él decía... el amor verdadero es como el de los perros y sus amos. En donde lo que más importa es tenerse el uno al otro, aunque sea en la lejanía de sus miradas, porque eso provoca mayor felicidad que el resto de las distracciones en este mundo.

Me di cuenta que no podía quedarme dormida de noche en este lugar, quizás serían las 9 de la noche por el tiempo que paso, pero tampoco podía dejar de pensar en Marie y Mark, y porque él me habrá mentido o quizás...

Todo lo que me conto fue su realidad.

El viento se hacía fuerte, y Marie movía un poco sus labios y sus parpados como un reflejo, saque mi suéter y lo coloque sobre la parte superior de su cuerpo.

No era correcto el solo pensar en mí y mis tristezas, ella también tenía una, y ya no podía hacer nada por reparar ese momento y volver en el tiempo.

¿o sí lo era?

El olor frutal de su perfume me hizo sentir más cansada aun.

Mis parpados...

Creyente

38

11 de noviembre

Desperté con bastante frío, me sentí algo resfriada, por lo que estornude algunas veces, pero me di cuenta que Marie ya no estaba en aquel lugar, ¿Dónde estaría?, Su abrigo estaba junto a mi suéter sobre mí, por lo que me lo coloqué, y mire hacia el horizonte dándome cuenta que aún era de madrugada, pero el amanecer estaba a minutos de acontecer.

—Sophia traje algunas bayas, —escuche tras de mí.

Me quede sin palabras y respire tranquilamente después de ello.

—¿viste a algún fantasma?

—no, solo pensé que...

¿Que debía decirle?, ¿Qué pensaba que había sido todo un sueño o parte de mi imaginación?.

Antes de entrar en razón, recordé algo, pero no había imágenes en mi mente de ello.

El amanecer ya estaba a todo nuestro entorno.

¿Todo esto has sentido Mark?.

Era como si algún día esto ya lo hubiese vivido, aquel olor frutal, Marie, el césped, y el amanecer...

¿Cómo esto era posible?, es como si yo fuera...

—¿Sophia, estas bien?.

Marie coloco su brazo en torno al mío, y comenzó a caminar junto a mí, luego le dije mientras avanzábamos hacia la carretera.

—Sí, si lo estoy, gracias.

Entendimiento

39

11 de noviembre

Al llegar a al hotel ella se recostó sobre el único sofá que había, y me agradeció por dejarle que se hospedara en la habitación.

Ella durmió hasta el atardecer, al despertarse en la tarde, decidimos tomar el tren hacia *Samara* que partía en una hora.

Cuando ya estuvimos sobre él, el sol pareció abrazar a los árboles en el camino. Ello me brindo paz en mi pensar.

Marie iba concentrada en mirar el paisaje, hasta que toque su hombro tímidamente y le dije:

—Marie, he pensado algo.

—ella giro su cabeza con cansancio y me miro con una sonrisa, me era extraño verla así, tan en calma y al parecer algo feliz.

—dime.

Empecé a jugar con mis dedos, sin que ella se diera cuenta, y le respondí mirando hacia la ventana y el resplandor naranja que empañaba el interior del tren.

—cuando desperté en las afueras del bosque sentí una sensación de haber vivido todo ello con anterioridad, el aroma, el extrañar, ¡pero no era yo!.

Me quede sin aire y con la mirada perdida, mientras todo el tren ya se oscurecía, y también el paisaje fuera de nosotras.

Marie también miro por la ventana, y dijo con una voz perdida.

—es como si fueras otra persona y hayas recordado eso, o quizás recordaste el futuro.

¿Otra persona?, ¿y si me he estado convirtiendo en la persona que he estado añorando por tanto tiempo?.

—quizás tu y yo seamos la misma persona.

Marie me miro seriamente, y yo también lo hice con ella luego de decirle ello.

Pero finalmente nos reímos adormecidas, por el cansancio que había conllevado todo el trayecto y lo que habíamos vivido, por lo que solo descansamos.

La vista hacia el rio Volga

40

12 de diciembre

Al llegar a *Samara* la idea de que yo quizás podía ser Mark recordando su vida, o escribiendo una historia, no dejaba de rondar mi mente, pero era algo fantasioso, alejado de toda la realidad.

El cielo era lindo, y Marie se despedía de mí, dejándome el número de teléfono de su hogar, para que preguntara por ella.

—Sophia en caso de que no esté en esta ciudad, mi madre te entregara otro número para que me encuentres, ¿está bien?.

—sí, ¿pero a dónde iras?.

—no lo sé, *Samara* ya no me hace bien para mi vida, o quizás es que la última guerra dejó tanta tristeza en este país, que aun nuestra sociedad no está preparada para una sonrisa cálida.

Eso era cierto, desde mi infancia en las calles solo se ha demostrado una cara seria en todo momento, incluso yo lo hacía, pero es algo que ha cambiado un poco, y espero que con los años cambie para mejor.

—Cuídate por favor. —Le dije dándole un fuerte abrazo y despidiéndome de ella.

—tú también, y cualquier cosa que necesites, estaré para ti, puedes confiar en mí. Experimente un vacío en el instante en que ella comenzó a marcharse lejos de mí.

Y otra vez comencé a sentir esa sensación que ya había tenido antes...

Pensé en que quizás Marie estaba tan arrepentida de las decisiones que tuvo con Mark, que...

—Disculpe señorita. —me dijo un apuesto hombre con traje color sepia y un mostacho que le sentaba muy bien.

—¿sí?, —le dije como una dama de ostentosa reputación.

—tiene restos de bayas y césped en la parte trasera de su vestido, y algo de barro.

Luego de escuchar eso me quede en blanco y le agradecí avergonzada.

Llegue a mi hogar cansada junto a *Pelusas*, mis abuelitos estuvieron contentos de verme otra vez, y me quite el vestido para cambiarlo por un baño y ropa holgada.

Antes de dormir, quise leer el manuscrito del padre de Mark, quería entender un poco sobre las emociones que había sentido hoy...

La policía Sophia

41

17 de noviembre

y me puse mi chaqueta y mis pantalones ajustados.

Una sola misión rondaba este atardecer, y era la de encontrar toda la información posible sobre los padres de Mark.

Fui a la central de policía donde guardaban todos los expedientes de los ciudadanos del país.

Al revisar completamente los registros gracias al respeto que causaba el nombre de mi padre, pude encontrar un expediente.

Abrí el primer expediente, sellado de lado a lado, junto a muchos otros que estaban cerca a ser desechados, para hacer espacio a los demás, y comencé a leer.

Natasha sereda – nacionalidad rusa.

Casada con:

Niels Evenson - nacionalidad canadiense.

Edad...

Al leer eso mi cuerpo se sintió congelado, y observe como un aura blanca y celeste cubría mis manos, hasta que no pude moverlas más, los papeles se cayeron de mis manos, y cuando aquella estela desapareció, mi cabeza dolía y me sentí mareada.

Mi corazón estaba tan lento...

Solo alcance a leer, que la causa de su muerte, fue una desaparición en tiempos de guerra.

Su cuerpo jamás fue hallado...

Escuche a mi instinto decirme que me alejara de estos, pero en otra parte pude

escuchar al padre de Mark hablarme para que tomara los papeles y arrancase de ese laberinto.

Los tome y comencé a llorar no sé por qué, pero... ¡mi pecho comenzó a doler tanto!,

Mi vista se había tornado nublosa, y perdí mi consciencia.

Desperté y me encontré en una habitación que jamás había visto antes.

Dentro de ella había un gran reloj.

Me levante y vi a Alina durmiendo en la silla que yacía al lado de la cama.

—¿Alina?.

Dije escuchando pequeños ecos, y observando el vidrio que tenía aquel gran reloj, donde se posaba la azulada luz del nublado amanecer.

El frio causaba una cierta renovación en mis pensamientos al respirarlo.

Y el baño en oro de las manecillas me impedía mover mi mirada de ese lugar.

Ella despertó con su rostro adormecido, respirando profundamente y diciendo:

—¡Sophia!, por fin despertaste...

—¿Marie se encuentra aquí?.

—¿Qué hablas Sophia?, ¿te encuentras bien?

Alina coloco su mano en mi espalda y me recostó, para luego abrir la ventana, que volvió todo aún más gris y azulado.

Luego de unos segundos, solo me miró fijamente, y no aguante más el tener aquel caos en mi mente, y le pregunte, —¿Qué ha sucedido?.

—perdiste la conciencia, pero el porqué, eso no lo sé... solo te deshidrataste y tu presión se elevó por los cielos, —¿has comido algo, pequeña detective?.

Alina me entrego mi boina que había lavado, y continuo.

—tuve que tejerla porque tenía algunos bordes sueltos.

Le sonreí a duras penas, porque al recostarme otra vez, volví a perder todas mis energías que sentía al estar de pie.

Mire el hermoso techo que estaba sobre mí, y le dije:

—viaje a Syzran a investigar un nuevo asesinato, conocí a Marie, y el padre de Mark, se llama *Niels*, su madre se llama *Natasha*, pero no hay mas información...

No habrá más.

Alina cruzo las piernas con su largo vestido, y me pregunto.

—¿y ocurrió algo más importante que eso?, ¿también conociste a Jesús?

—¡no te burles!, es verdad...

Me sonrió pensativamente, pero aun así, dijo algo más importante que ello.

—has estado dormida hace muchos días, me llamo tu abuelo de la estación de policía, porque él tenía amigos allí que le comunicaron a el primero lo sucedido, y él sabe que los médicos no te iban a tratar con verdadero cuidado, porque...

Bueno, porque mi padre me enseñó todo lo que él sabía, y he aprendido más por mi cuenta.

Alina me dio pequeñas palmaditas en la rodilla, y me dijo:

—Ahora no estás bien, no has comido en bastantes días, y cuando llegaste aquí eras un saco de huesos, quizás tuviste distintos sueños... ha pasado un largo tiempo. Ahora solo descansa.

Levantándose de la silla algo seria, se marchó de la habitación.

No quise y no pude decirle nada, mis pensamientos estaban demasiado entumecidos,

Cuando volví a despertar era de noche, y me vestí para partir a mi hogar en silencio, pero no sin antes dejarle una nota a ella, ya que ello podría hacerla más feliz y sería una mejor forma de decirle gracias por todo lo que ha hecho ella y su familia por mi...

Porque las palabras emitidas con nuestra voz solo son viento.

Lo que aparentamos...

Pero las palabras que son escritas, son todo lo que somos.

Al llegar a mi casa, note que mis abuelitos habían despertado, por lo que mi abuelita salió con sus pantuflas hacia la entrada de nuestra casa, y me dijo:

—¿mi pequeña, como te encuentras?.

—bien abuelita, ya he sanado, ¿Cómo está mi abuelito?.

—¡aquí estoy detective Sophia!.

—¿y cómo esta *Pelusas*?.

—woof woof. —dijo él moviendo su colita e intentando saltar, a pesar de que no podía.

Más tarde comimos algo, y dormimos con nuestro estomago feliz.

Pequeñas preguntas

42

¿Si lo que viste es una realidad, existirá una en la que todavía duermas esperando a Marie?.

Dímelo, dame una señal, porque me volveré loca tan solo para creerlo.

Fuiste un artista mi pequeño.

El amar es un arte, el más hermoso de todos, inclusive más que las obras dejadas por grandes pintores o músicos, más que la ciencia...

El amor es el arte que casi nadie sabe apreciar, y pocos artistas logran efectuar sinceramente a alguien durante toda su vida.

El amor es para los valientes, como tú, quien supo que la mejor soga para controlar el dedo de jalar el gatillo, o cometer un terrible acto contra sí mismo,

Es que el ser sea amado, nada mas puede evitarle y ensuciar su consciencia que defraudar a quienes le han cuidado con sinceridad.

Es por eso, que viviste tus últimos días haciendo nada contra ti mismo.

Pero... ya no estás.

¿Y si el provocho el incendio?, creyendo que era otra persona.

Quizás Marie...

Mi pobre Mark...

¿Cómo es posible que aunque te hayas ido para siempre, en verdad jamás lo has hecho?

Una pequeña despedida en el atardecer

43

1 de diciembre

Decidí irme de este país.

No creo que vuelva por algunos años, o nunca más.

Estas cartas que he escrito han sido para ti Mark, se que las has leído cada día mientras las he escrito.

Quizás vuelva a escribirte cuando llegue a *Polonia*.

Pero viajare un día en barco hacia el polo norte como tú lo querías hacer, y llevare mi diario por si quieres venir junto a mí.

Gracias por todo lo que me has enseñado.

Intente aprovechar cada momento junto a ti en vida... ¿lo sabes?.

Y te prometo con todo, ¡con todo mi corazón!, que no me arrepiento de haberte conocido y haber vivido todos nuestros momentos.

A pesar de que no compartimos la misma sangre, ni otro vinculo que las personas denominan con nombres.

Tuvimos el vínculo más fuerte de todos.

El de la honestidad.

Fuimos y seguiremos unidos como las raíces de los árboles a la tierra lo están.

Ahora siento que ningún hombre en mi vida sobrepasara la emoción que tengo por adquirir nuevos conocimientos, por lo que espero que mi corazón no actué tan jovialmente como lo hizo este último tiempo.

Pero no podemos engañar al destino.

No he querido abrir el poema que mis abuelitos escribieron para mi cumpleaños.

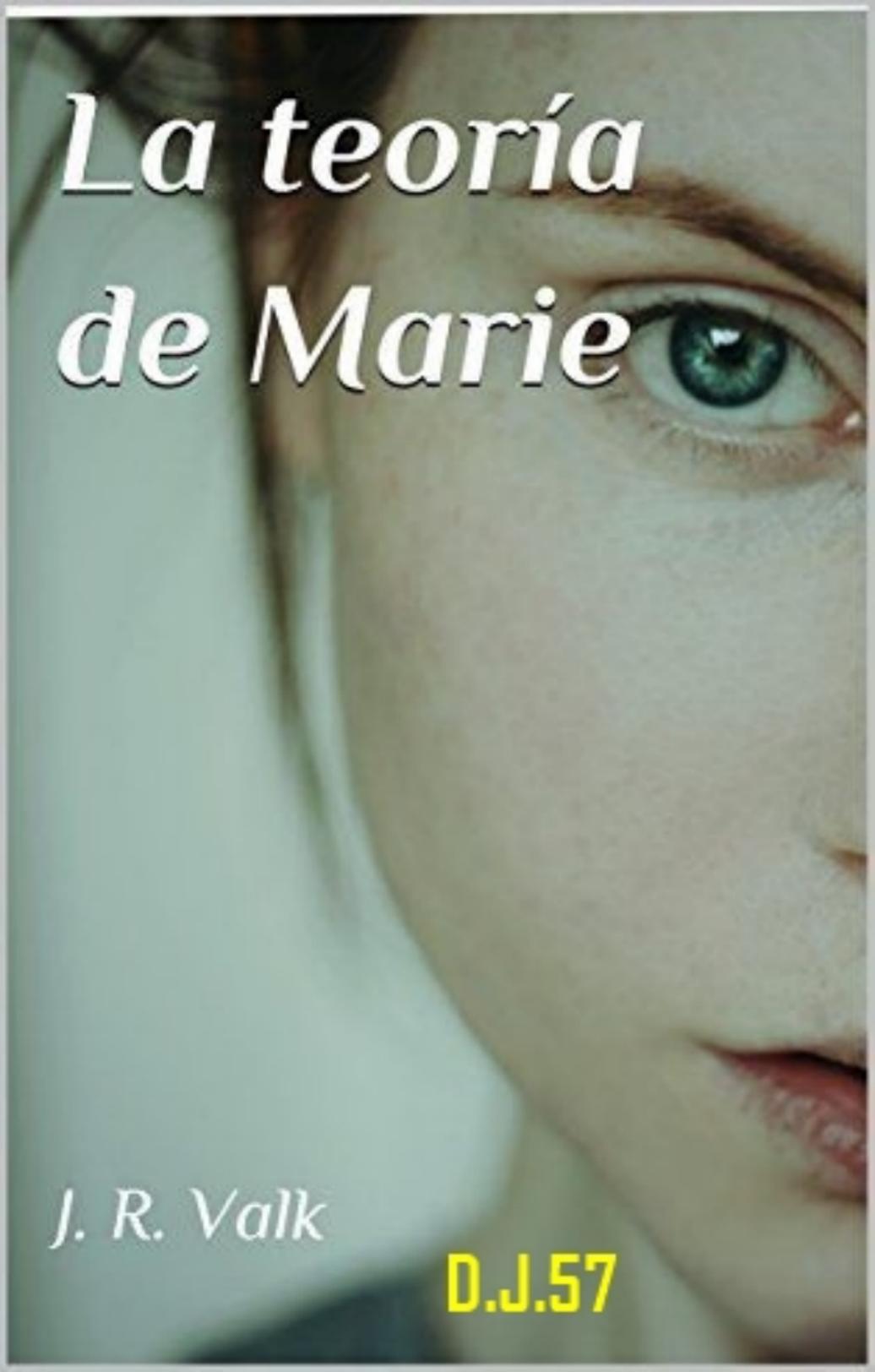
Pero debo hacerlo antes de partir de esta ciudad.

Mi estómago se siente a mil revoluciones.

Cierro mis ojos.

Y el viento en la estación se hace cada vez más fuerte.

Respiro tranquilamente el aire de *Samara*.

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her green eyes and the right side of her face. The lighting is soft and natural. The text is overlaid on the image.

La teoría de Marie

J. R. Valk

D.J.57

Cuanto te extrañare *Pelusas*, abuelitos, Alina, y a todos.
El tren esta pronto a partir, y debo dejar este sentimiento en este lugar.
Tengo un nudo en mi garganta...
Lo siento.
Quizás algún día sea lindo volver a sentir esta ciudad.
Pero no mas por ahora...
Y jamás dejare de escribir.
Jamás dejare de ser quien soy en realidad, lo que yo creo dentro de mí, como tú lo hiciste.
¿Si no intentamos vivir por lo que nos hace feliz, entonces para que vivir?.
Porque muchas veces me siento más viva entre mis letras, que entre las voces y promesas, como historias de las personas en la ciudad.
No te preocupes por mí, no estaré sola.
Siempre llevare una libreta y un bolígrafo junto a mí.
Un pequeño amigo como decías tú.
El tren ha llegado, por lo que debo marcharme.
Te quiero, mi eterno compañero.
Sé que nos volveremos a ver algún día.